





LA

ARAUCANA,

POEMA

DE D. ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA,
CABALLERO DE LA ORDEN DE SANTIAGO,
GENTILHOMBRE DE LA CAMARA DE LA MAGESTAD DEL EMPERADOR,

Dirigido á la del Rey D. FELIPE II.

Parte primera.

MADRID, 1828:
IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS.

ADVERTENCIA

SOBRE

LA PRESENTE EDICION.

Muchas se han hecho de esta obra como de todas las clásicas; y asi conviene que sea para que el público se halle bien servido teniendo en donde escoger. Publicó el autor la primera parte sola por el año de 1569; la primera y segunda en 1578; la tercera en 1589, y las tres reunidas en 1590. Despues se han repetido varias por cuenta de los mercaderes: entre ellas hemos visto una de Madrid hecha en 1610, otra en 1630; posteriormente se ha reimpreso algunas veces, y tambien se imprimió en los Paises-Bajos en el tiempo que estuvieron sujetos á la dominacion española durante la dinastía austriaca. Adicionóla luego don Diego de Santisteban y Osorio con las partes cuarta y quinta, y de todas las cinco se hicieron tres ediciones, la última en 1736; pero no

habiendo merecido las dos partes agregadas por Osorio la aceptacion de los inteligentes, volvieron á imprimirse por separado las tres partes de Ercilla, que son y que serán siempre buscadas y leidas con empeño por los amantes y conocedores de la buena poesía; en lo cual, mas que en la narracion histórica, consiste su verdadero mérito y estima. En 1776 publicó ya el laborioso don Antonio de Sancha otra buena edicion de estas tres partes, que va haciéndose rara: repitióse otra á principios de este siglo en la imprenta de Repullés; y recientemente se ha publicado otra en Barcelona en 1827 por Juan Francisco Piferrer. La edicion de Sancha está conforme con la de Osorio, la de Piferrer con la de Sancha, y la de Osorio con la de 1610 por la cual se hizo. Para hacer recomendable la referida de Sancha se dijo en los principios que *en la correccion se habia puesto la posible diligencia; por cuya razon* (se añade) *parece debe preferirse esta impresion á cuantas la han precedido.* Estas mismas palabras se apropia para la suya el último impresor catalan; añadiendo ademas

en un nuevo prólogo suyo, que se habia servido de la de Sancha *con la sola variacion de arreglarla á la ortografia mas moderna de la lengua castellana, y darle una puntuacion que hiciese su lectura mas clara, mas fija y menos fatigosa.* Sin que se entienda que tratamos de desairar ni desestimar la diligencia y conato empleado para dichas ediciones, afirmaremos confiadamente que el que nosotros hemos puesto no cede á ninguno: que nuestra primera solicitud fue proveernos de las ediciones hechas en tiempo y á vista del autor, y corregidas por él mismo: que, para dar á la narracion la division de cláusulas y períodos competente por medio de la puntuacion y demas notas ortográficas, descuidadas generalmente y aun desusadas cuando el autor vivia, hemos tenido que estudiar y analizar no sin detencion y penuria cada una de sus octavas y hasta de sus períodos y versos, y que con no poca frecuencia nos hemos desviado de dichas recientes ediciones: que habiendo encontrado muy viciadas y alteradas aun en la narracion textual todas las posteriores á

la de 1578, hemos tenido por muy conducente restaurar la obra á su esclarecido mérito y primitiva genuinidad. El acierto ó desacierto que en esta restauracion hayamos podido tener solo podrán advertirlo los lectores que se tomen la escabrosa fatiga de cotejar escrupulosamente todas las ediciones con la presente, pues que sería obra en extremo prolija el individualizarles este punto. Mas como dicha fatiga y las proporciones que para ella se requieren son para pocas personas, podemos asegurar á los demas lectores que carezcan de ellas, sin recelo de pasar por presumidos, que no se hallarán desaventajados con la edicion que les presentamos; la cual hemos excusado adornar con retrato, estampas ni mapa en obsequio de la economía, y persuadidos de que nada contribuyen estos meros adornos á aumentar el crédito de una obra apreciada, buscada y leida solamente por la grandiosidad y magnificencia de su narracion. Hemos tenido igualmente por oportuno omitir el elogio del autor escrito por el licenciado Mosquera, y los seis sonetos de poco

mérito en alabanza de la obra que han acompañado á las ediciones posteriores á su primitiva publicacion, como agregado inútil que empezó á usarse y estuvo en boga solamente en los tiempos de mal gusto; y hemos preferido insertar únicamente el soneto que tenia la edicion mas clásica de 1578. Tambien hemos copiado la dedicatoria que puso Ercilla al presentar por primera y segunda vez su obra á la magestad de Felipe II como mas adecuada que la posterior que han copiado todos los editores desde 1590, la cual, haciendo referencia á la primitiva que los lectores no conocian y ahora reproducimos, era ininteligible y aun extravagante para los mas. En todo hemos procurado el acierto para mejor servicio del público, y mayor provecho y satisfaccion nuestra; que será cumplida cuando la aceptacion general nos dé muestras de haberlo conseguido.



NOTICIAS
DEL AUTOR
DE ESTA OBRA.

Don Alonso de Ercilla y Zúñiga nació en Madrid á 7 de agosto de 1533, pero traía su origen de Bermeo, cabeza del Señorío de Vizcaya, de donde era natural *Fortun García de Ercilla* su padre, eminente jurisconsulto que murió en Valladolid á 29 de setiembre de 1534 á los 40 de su edad. Fué tambien de Bermeo *Martin Ruiz de Ercilla*, Señor de la Torre de Ercilla, abuelo de nuestro don Alonso. Su madre fué *doña Leonor de Zúñiga*, Señora de Bovadilla, cuya villa, muerto Fortun García, fué incorporada en la Corona, y ella nombrada guarda-damas de la emperatriz doña Isabel. Procrearon estos nobles casados tres hijos: *don Francisco de Zúñiga*, que murió mozo en Madrid á 28 de julio de 1545: *don Juan de Zúñiga*, abad de Hormedes, limosnero mayor de la reina doña Ana de Austria, y Maestro del príncipe don Fernando, el cual murió en Almaraz á 28 de agosto de

Milman says 7th March [illegible]

1580; y nuestro Don Alonso, que desde sus tiernos años se crió en palacio en calidad de paje del príncipe don Felipe, hijo del emperador Cárlos V, y á la sombra de su madre doña Leonor. Era de ingenio vivo, naturalmente culto, de atinado juicio, y de espíritu belicoso: prendas que mejoró con el estudio de las buenas letras, y perficionó con las varias peregrinaciones que hizo por Europa y América; porque siguió á Felipe II en cuantas jornadas hizo por mar y tierra, corriendo una y otra vez todas las provincias que contiene España, Italia, Francia, Inglaterra, Flandes, Alemania, Moravia, Silesia, Austria, Ungría, Stiria y Carintia. Y como siempre fué inclinado y amigo de inquirir y saber, segun confiesa él mismo (1), adquirió grande caudal de noticias y de prudencia, viendo, como otro Ulises, tanta diversidad de naciones y de humanas costumbres.

El año de 1547 acompañó al príncipe don Felipe, que, llamado de su padre el emperador, pasó á Bruselas y tomó posesion del ducado de Brabante. Llegó á aquella capital de Flandes, atravesando la Italia, la Alemania, y el ducado de Luxemburgo, y el año de 1551 se restituyó á España, desandando el mismo camino. El coronista Juan Esteban Cal-

(1) Canto XXXVI.

vete, que refiere este viage, llama á nuestro Ercilla *don Alonso de Zúñiga*, usando del segundo apellido.

Siguió tambien Don Alonso al mismo príncipe cuando el año de 1554 pasó á Inglaterra á casarse con doña María, heredera de aquel reyno. En esta sazon llegó á Londres la noticia del levantamiento del Estado de Arauco. Y hallándose en aquella córte Gerónimo de Alderete, que habia venido del Perú, le nombró el rey capitan y adelantado de aquella tierra, con cargo de pacificarla. Partió pues de Londres Alderete llevando en su compañía á Don Alonso de edad de 21 años, siendo esta la primera vez que ciñó espada, como él dice (1). Pero muriendo el adelantado en Taboga cerca de Panamá, continuó Ercilla su viage á Lima, capital del Perú. Era virey de aquel reyno don Andres Hurtado de Mendoza, Marques de Cañete, y con noticia de la muerte del Adelantado, y en virtud de sus facultades, nombró á su hijo don García por capitan general de Chile, á donde le envió con una lucida escuadra para sujetar á los inobedientes Araucanos. Pasó pues Don Alonso á Chile, incorporado en esta escuadra, como él asegura (2), y lo confirma el Coronista Herrera.

---

(1) Canto XIII.
(2) En el mismo canto.

Entonces dió principio Don Alonso á las reñidas y sangrientas guerras del Arauco, obrando en el discurso de ellas mas proezas con la espada de las que escribió con la pluma, como dice el *Licenciado Oña* (1); pues, como del otro Troyano cantó Virgilio, fué nuestro Don Alonso gran parte de ellas, siendo Chile el teatro en donde hizo alarde de las primicias de su valor y de su ingenio. Hallóse en siete batallas campales, tolerando con heroico esfuerzo todas sus calamidades y riesgos de la vida: y no contento con estas empresas, acompañó á su general don García Hurtado de Mendoza á la conquista de la última tierra que por el estrecho de Magallanes estaba descubierta hasta el valle de Chile; aunque él pasó adelante, y seguido de otros diez soldados, venciendo dificultades insuperables y atravesando dos veces en piraguas el peligrosísimo desaguadero del Archipiélago de Ancudbox, entró la tierra adentro, y para testimonio de la intrepidez de su corazon, en la corteza del arbol mas robusto que vió alli grabó con un cuchillo la siguiente octava (2):

Aqui llegó, donde otro no ha llegado,
don Alonso de Ercilla, que el primero
en un pequeño barco deslastrado,
con solos diez, pasó el desaguadero;

(1) *Arauco domado*; canto VI.
(2) Canto XXXVI.

el año de cincuenta y ocho entrado
sobre mil y quinientos, por hebrero;
á las dos de la tarde el postrer dia,
volviendo á la dejada compañía.

Volvió en efecto despues de varias fortunas y peligros á la ciudad de la Imperial, en donde estuvo á riesgo de perder entre los suyos la vida, que supo libertar en tantas ocasiones del poder de sus enemigos. Porque concurriendo á la sazon en la ciudad, dice el mismo Ercilla (1), gran número de gallardos jóvenes, concertaron una justa y desafio, en donde mostrase cada cual su valor y destreza. El doctor Cristobal Suarez de Figueroa, dice (2): que estas fiestas las mandó celebrar don García para solemnizar la noticia que se recibió en Chile de la coronacion del rey Felipe II, en virtud de la renuncia que en Bruselas hizo en él el emperador Carlos V su padre. «Hubo (añade Figueroa) entre »otros regocijos Estafermo, á que salieron »muchos armados. Sobre quién habia »herido en mejor lugar hubo diferen»cia entre *don Juan de Pineda* y *don »Alonso de Ercilla*, pasando tan ade»lante que pusieron mano á las espadas. »Desenvaináronse en un instante infini-

(1) En el mismo canto XXXVI.
(2) *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, cuarto Marques de Cañete*, pág. 103 y 104.

»tas de los de á pie, que sin saber la
»parte que habian de seguir, se confun-
»dian unos con otros, creciendo el albo-
»roto con extremo. Esparcióse voz que
»habia sido deshecha para causar motin,
»y que ya los fingidos émulos le tenian
»meditado, por haber precedido algunas
»ocasiones aunque ligeras. Prendiéronse
»por órden del general, que para infun-
»dir temor entre los demas, los conde-
»nó á degollar, sabiendo ser cualquier
»severidad eficacísima para asegurar la
»milicia. Sosegóse el tumulto, y hecha
»informacion, y hallado que habia sido
»caso improviso de los dos, se revocó la
»sentencia, &c."

Hace mencion de este suceso el mismo Ercilla, y dice expresamente que fue sacado á la plaza á degollar (1):

Turbó la fiesta un caso no pensado,
y la celeridad del juez fue tanta,
que estuve en el tapete, ya entregado
al agudo cuchillo la garganta:
el enorme delito exagerado,
la voz y fama pública lo canta,
que fue solo poner mano á la espada,
nunca sin gran razon desenvainada.

y lo confirma en otro lugar hablando del mismo caso (2):

Ni digo como al fin por accidente
del mozo capitan acelerado

(1) Canto XXXVI. (2) Canto XXXVII.

fuí sacado á la plaza injustamente
á ser públicamente degollado; etc.

de modo que, segun esta relacion, revocó don García la sentencia estando para ejecutarse. Siguióse despues tener gran tiempo preso á Don Alonso, para enmendar con este el primer yerro, como él asegura (1), succediendo á la prision un trabajoso destierro; mas no por eso faltó en ninguna accion ni asaltos de plazas que despues se ofrecieran. Pero estimulado del agravio que sufrió en la Imperial, salió de Chile y llegó prósperamente al Callao de Lima, en donde estuvo hasta que llegaron las noticias de las crueldades que ejercia en Venezuela Lope de Aguirre; y determinándose de ir contra él, llegó á Panamá, en donde supo que habian ya desbaratado y quitado la vida á aquel rebelde (2). Era Lope de Aguirre un güipuzcoano, natural de Oñate, que, viviendo en Lima, fue uno de los cuatrocientos hombres que bajo el mando del capitan Pedro de Ursúa fueron enviados el año de 1559 por el Marques de Cañete, virey del Perú, á la conquista de los Omeguas; pero rebelándose Aguirre contra su capitan, le quitó la vida y se hizo reconocer por caudillo de la gente, ejecutando tales crueldades, que justamente le compara Ercilla á

(1) Canto XXXVI. (2) En el mismo canto.

Herodes y á Neron, pues no perdonó á su propia hija. Desbaratóle en Tocuyo Diego García de Paredes, y cortándole la oabeza le descuartizaron el año de 1561. Por este tiempo padeció Ercilla una larga y extraña enfermedad, convalecido de la cual, tocando en las Terceras, se restituyó á España á los 29 años de su edad; de donde á breve tiempo salió para correr la Francia, Italia, Alemania, Silesia, Moravia y Panonia (1). Pero hallándose en Madrid el año de 1570 contrajo matrimonio con doña María Bazan, hija de Gil Sanchez Bazan y de doña Marquesa de Ugarte, dama de la reina doña Isabel de la Paz, la cual y el emperador Rodulfo fueron sus padrinos, como dice Esteban de Garibay, citado por don Luis de Salazar (2). Hace mencion Don Alonso en su *Araucana* de esta señora, alabándola sobre todas las que, arrebatado en sueños por Belona, vió juntas en un ameno prado; y deseando ocuparse en canciones amorosas, me sentí, dice (3)

con gran gana y codicia de informarme
de aquel asiento y damas tan hermosas,
en especial y sobre todas una,
que ví á sus pies rendida mi fortuna.

(1) Canto XXXVI.
(2) *Adverténcias históricas*, pág. 13.
(3) Canto XVIII.

Era de tierna edad, pero mostraba
en su sosiego discrecion madura,
y á mirarme parece la inclinaba
su estrella, su destino y mi ventura:
yo, que saber su nombre deseaba,
rendido y entregado á su hermosura,
vi á sus pies una letra que decia:
DEL TRONCO DE BAZAN DOÑA MARIA.

Si es verdad que DON ALONSO casó por enero de 1570, como asegura Garibay, no pudo ser su madrina la reina doña Isabel de la Paz, que murió á 4 de octubre de 1568 (1). Acaso quiso decir doña Ana de Austria, cuarta muger de Felipe II, y hermana de los Príncipes Rodulfo y Ernesto, que se criaban en Madrid: de donde llamó al primero Maximiliano II, su padre, el año de 1572, para coronarle rey de Ungría: el siguiente de 1573 fue coronado rey de Bohemia en Praga, y el de 1576 succedió á su padre en el imperio bajo el nombre de Rodulfo II (2). De este emperador fue gentilhombre DON ALONSO DE ERCILLA, y acaso le acompañó en sus viages en Alemania. Pero por los años de 1580 parece vivia retirado en Madrid su patria, aunque altamente quejoso de la fortuna. Porque, sin embargo de los

(1) Cabrera *Historia de Felipe II.*
(2) Rodrigo Mendez de Silva *Vida de la Emperatriz Doña Maria*, pág. 26.

continuos y penosos servicios que hizo en la milicia y en la Casa real: sin embargo de sus estimables prendas de calidad, de estudios y de ingenio, nada parece medró en la milicia ni en palacio, de lo cual se queja abiertamente al mismo rey diciendo que tuvo siempre la desgracia de navegar contra la corriente de la fortuna; que fueron siempre infructuosos los inmensos trabajos que padeció en su servicio; que el disfavor le tenia arrinconado y reducido á la miseria suma; pero que á lo menos habia corrido con honor la carrera de su vida; y aunque destituido de premios, tenia la gloria de haberlos sabido merecer, que es en lo que verdaderamente consisten(1). En los *Avisos para palacio* (2) se refiere este caso de nuestro Ercilla: «Hablando algunas veces á Felipe II Don »Alonso de Ercilla y Zuñiga, siendo »muy discreto hidalgo, que compuso el »poema *la Araucana*, se perdió siem»pre, sin acertar con lo que queria de»cir, hasta que conociendo el rey por la »noticia que tenia de él, que su turbacion »nacia del respeto con que ponía los ojos »en la magestad, le dijo: *don Alonso, »habladme por escrito.* Así lo ejecutó, »y el rey le despachó é hizo merced."

Si Don Alonso recibió esta merced, no

(1) Canto XXXVII. (2) Impresos á continuacion de la *Carta y Guia de casados*, fol. 194.

parece fue suficiente para desarmarle de las razones de sus quejas. Desahuciado finalmente de las esperanzas humanas, recurre á Dios, protestando que habia dado sin rienda al mundo el tiempo mas florido de su vida (1). Entre otras flaquezas que le remorderían á Don Alonso serian sin duda aquellas mocedades de que fueron fruto varios hijos que tuvo fuera de matrimonio (pues legítimo no tuvo ninguno), y que con toda expresion refiere don Luis de Salazar, con autoridad de Esteban de Garibay (2): de los cuales la mas notable fue doña María Margarita de Zúñiga, dama de la emperatriz doña María, que casó altamente, pues fue su marido don Fadrique de Portugal, Señor de las Baronías de Orani, caballerizo mayor de la misma emperatriz, hijo de los Condes de Faro y Mira.

No sabemos cuando murió Don Alonso de Ercilla. El año de 1596 le supone vivo el licenciado Mosquera, pues entonces decia que estaba ocupado en escribir con felicidad las victorias de don Alvaro Bazan, marques de Santa Cruz, cuyo poema no sabemos si la muerte le dió lugar de finalizar (3).

Fue Don Alonso de Ercilla soldado tan valeroso, que sin el auxilio de las le-

(1) Canto XXXVII.
(2) *Advertencias históricas*, pág. 14.
(3) *Comentario de disciplina militar*, pág. 175.

tras propias, sustentaría en la posteridad la opinion de sus heróicos hechos; pero floreció tanto en ellas, que parece no necesita de la recomendacion de sus proezas para ocupar un lugar distinguido entre los mas famosos españoles: ó antes bien él solo se basta á sí mismo para hacerse inmortal con la espada y con la pluma, siendo á un mismo tiempo el héroe y el poeta: mas dichoso en esto que Aquiles y Alejandro, á quien poco hubieran aprovechado sus heroicidades si Homero y los historiadores griegos y latinos no las hubieran trasladado á la memoria de los hombres, y solo comparable con César, historiador de lo mismo que obraba. Vése esto en su *Araucana*, poema heróico, que Miguel de Cervantes gradúa de uno de los mejores que hay escritos en lengua castellana y de una de las mas ricas prendas de poesía que tiene España (1): poema por el cual el humanista Juan de Guzman llama á Don Alonso el *Homero Hispano y Príncipe de los poetas españoles* (2): cuyo libro, dice Andres Escoto, que leían muchos con asombro, y nunca lo dejaban de las manos (3); y de cuyo autor dijo Vicente Espinel (4):

---

(1) *Historia de Don Quijote*, tom. 1, cap. 6.
(2) *Convite de Oradores*. Conv. VI. y VIII.
(3) *Bibl. Hisp*. verb. *Fortunius Garcia*.
(4) *Casa de la Memoria*.

Que en el heroico verso fué el primero
que honró á su patria, y aun quizá el postrero.

Consta este Poema de tres partes, que compuso, como él dice, escribiendo de noche lo que obrada de dia. Es su argumento las guerras que con obstinacion temeraria sustentaron los araucanos para defender su rebelion contra su rey don Felipe II, en cuya relacion guardó don Alonso la mas escrupulosa puntualidad; porque se propuso caminar siempre por el rigor de la verdad, como él advierte (1). Y como las batallas y sucesos de la guerra son tan parecidos, solo la fuerza de su invencion pudo lograr referir con grata variedad unos sucesos uniformes, y dar bulto y cuerpo agigantado á unos acaecimientos cuyos autores, especialmente de parte de los Araucanos, eran unos personages particulares, desconocidos y agrestes.

(1) Prólogo de la parte II.

SONETO

DEL DUQUE DE MEDINACELI.

¿Quién jamas vió caber en un sugeto
Tres virtudes heróicas sublimadas,
Como se ven en vos hoy colocadas
Con provechoso fruto y raro efeto,
En que os habeis mostrado tan discreto
Cuanto vos las teneis mas adornadas,
Con dulcísimo son comunicadas
Mas al que en juicio fuere mas perfeto?
Asi en Virgilio y Livio no se vieron
Ni en el divino Julio esclarecido,
Que su fama hasta vos han sustentado.
Déseos la palma, pues habeis subido
Donde pocos al fin hasta hoy subieron,
Y os han Marte y las Musas consagrado.

Primera Dedicatoria del Autor al Sr. Rey D. Felipe II.

S. C. R. M.

Bien sé que es mayor atrevimiento dirigir á V. M. mis obras, que sacarlas al juicio de un mundo como el que hoy tenemos: mas, como en mí no hay parte que no esté ofrecida á V. M., como á fin donde todos los mios van enderezados, oso ponerle delante este pequeño tributo. Suplico

falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños que apenas cabian seis versos; que no me costó despues poco trabajo juntarlos; y por esto, y por la humildad con que va la obra, como criada en tan pobres pañales, acompañándola el celo y la intencion con que se hizo, espero que será parte para poder sufrir quien la leyere las faltas que lleva. Y si á alguno le pareciere que me muestro algo inclinado á la parte de los araucanos, tratando sus cosas y valentías mas extendidamente de lo que para bárbaros se requiere; si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicio della, veremos que muchos no les han hecho ventaja, y que son pocos los que con tal constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles. Y cierto es cosa de admiracion que no poseyendo los araucanos mas de veinte leguas de término, sin tener en todo él pueblo formado, ni muro, ni casa fuerte para su reparo, ni armas, á lo menos defensivas, que la prolija guerra y españoles las han gastado y consumido, y en tierra no áspera, rodeada de tres pueblos españoles y dos plazas fuertes en medio della, con puro valor y porfiada determinacion hayan redimido y sustentado su libertad, derramando en sacrificio della tanta sangre así suya como de españoles, que con verdad se puede decir haber po-

cos lugares que no estén della teñidos y poblados de huesos; no faltando á los muertos quien les succeda en llevar su opinion adelante; pues los hijos ganosos de la venganza de sus muertos padres, con la natural rabia que los mueve y el valor que dellos heredaron, acelerando el curso de los años, antes de tiempo tomando las armas, se ofrecen al rigor de la guerra: y es tanta la falta de gente por la mucha que ha muerto en esta demanda, que, para hacer mas cuerpo y henchir los escuadrones, vienen tambien las mugeres á la guerra, y peleando algunas veces como varones se entregan con grande ánimo á la muerte. Todo esto he querido traer para prueba y en abono del valor destas gentes, digno de mayor loor del que yo le podré dar con mis versos. Y pues, como dije arriba, hay agora en España cantidad de personas que se hallaron en muchas cosas de las que aqui escribo, á ellos remito la defensa de mi obra en esta parte, y á los que la leyeren se la encomiendo.

DECLARACION
DE ALGUNAS COSAS DE ESTA OBRA.

Porque hay en este libro algunas cosas y vocablos que por ser de Indias no se dejan bien entender, me pareció declararlas aqui para que facilmente se entiendan.

Angol. Valle donde los españoles poblaron una ciudad, y le pusieron por nombre *los Confines de Angol.*

Apó. Señor ó Capitan absoluto de los otros.

Arauco (el Estado de). Es una provincia pequeña de veinte leguas de largo y siete de ancho poco mas ó menos, la cual ha sido la mas belicosa de todas las Indias; y por esto es llamado el *Estado indómito.* Llámanse los indios de él Araucanos, tomando el nombre de la provincia.

Arcabuco. Espesura grande de árboles altos y boscage.

Bohío. Es una casa pagiza grande de sola una pieza sin alto.

Cacique. Quiere decir señor de vasallos, que tiene gente á su cargo. Los caciques toman el nombre de los valles de donde son señores, y de la misma manera los hijos ó succesores que succeden en ellos: declarase esto porque los que mueren en la guerra se oirán despues

nombrar en otra batalla, entiéndase que son los hijos ó succesores de los muertos.

Caupolican. Fué hijo de *Leocan*, y *Lautaro* hijo de *Pillan*. Declaro esto, porque como son capitanes señalados de los cuales la historia hace muchas veces mencion, por no poner tantas veces sus nombres, me aprovecho de los de sus padres.

Cauten. Es un valle hermosísimo y fértil, donde los españoles fundaron la mas próspera ciudad que ha habido en aquellas partes, la cual tenia trescientos mil indios casados de servicio: llamáronla *La Imperial* porque, cuando entraron los españoles en aquella provincia, hallaron sobre todas las puertas y tejados águilas imperiales de dos cabezas hechas de palo, á manera de timbre de armas; que cierto es extraña cosa y de notar, pues jamas en aquella tierra se ha visto ave con dos cabezas.

Coquimbo. Es el primer valle de Chile donde pobló el capitan Valdivia un pueblo que le llamó *La Serena*, por ser él natural de la Serena: tiene un muy buen puerto de mar, y llámase tambien el pueblo Coquimbo, tomando el nombre del valle.

Chaquiras. Son unas cuentas muy menudas á manera de aljofar, que las hallan por las marinas, y cuanto mas menuda, es mas preciada: labran y ador-

nan con ellas sus llautos, y las mugeres sus hinchos, que son como una cinta angosta que les ciñe la cabeza por la frente á manera de bicos ó ciertas puntillas de oro que se ponian en los birretes de terciopelo con que antiguamente se cubria la cabeza: andan siempre en cabello, y suelto por los hombros y espalda.

Chile. Es una provincia grande que contiene en sí otras muchas provincias: nómbrase Chile por un valle principal llamado asi: fue sujeto al Inga rey del Perú de donde le traían cada año gran suma de oro, por lo cual los españoles tuvieron noticia deste valle; y cuando entraron en la tierra, como iban en demanda del valle de Chile, llamaron Chile á toda la provincia hasta el estrecho de Magallanes.

Eponamon. Es nombre qne dan al demonio, por el cual juran cuando quieren obligarse infaliblemente á cumplir lo que prometen.

Jota Véase. *Ojota.*

Llauto. Es un trocho ó rodete redondo, ancho de dos dedos, que ponen en la frente y les ciñe la cabeza: son labrados de oro y chaquira con muchas piedras y dijes en ellos, en los cuales asientan las plumas ó penachos de que ellos son muy amigos: no los traen en la guerra, porque entonces usan celadas.

Mapochó. Es un hermoso valle donde

los españoles poblaron la ciudad de *Santiago*, y llámase asímismo el pueblo Mapochó.

Mita. Es la carga ó tributo que trae el indio tributario.

Mitayo. Es el indio que la lleva ó trae.

Ojota, y por contraccion *Jota.* Especie de calzado que usaban las indias, el cual era á modo de los alpargates de España. Dábalas el novio á la novia al tiempo de casarse: si era doncella se las daba de lana, y si no, de esparto.

Paco. Especie de carnero que se cria en Indias algo mayor que el comun. Son muy lanudos y tienen el cuello muy largo. Son de varios colores, blancos, negros ó pardos. Es animal muy útil y provechoso, porque su carne es sabrosa y mantiene mucho. Sirve para el tráfico y conduccion de las mercaderías y géneros que se llevan de una parte á otra. Los pacos á veces se enojan y aburren con la carga, y échanse con ella, sin remedio de hacerlos levantar.

Pallá. Es lo que llamamos nosotros señora: pero entre ellos no alcanza este nombre sino á la noble de linage, y señora de muchos vasallos y hacienda.

Penco. Es un valle muy pequeño y no llano; pero porque es puerto de mar poblaron en él los españoles una ciudad, la cual llamaron *La Concepcion.*

Puelches. Se llaman los indios serranos, los cuales son fortísimos y ligeros,

aunque de menos entendimiento que los otros.

Valdivia. Es un pueblo bueno y provechoso: tiene un puerto de mar por un rio arriba, tan seguro, que varan las naos en tierra, y está fundado no muy lejos de un gran lago, al cual y á la ciudad llamó Valdivia de su nombre. Entiéndese que cuando se fundaron estos pueblos, era Valdivia capitan general de los españoles, y á él se atribuye la gloria del descubrimiento y poblacion de Chile.

Vicuña. Cabra montés que se cria en Indias: no tiene cuernos y es mas alta de cuerpo que una cabra por grande que sea. Su lana es finísima y nunca pierde el color.

Villa-rica. Es otro pueblo que fundaron los españoles á la ribera de un lago pequeño cerca de dos volcanes, que lanzan á tiempos tanto fuego y tan alto, que acontece llover en el pueblo ceniza.

Yanacónas. Son indios mozos amigos que sirven á los españoles, andan en su trage, y algunos muy bien tratados, que se precian mucho de policía en su vestido: pelean á las veces en favor de sus amos, y algunos animosamente, especial cuando los españoles dejan los caballos y pelean á pie, porque en las retiradas los suelen dejar en las manos de los enemigos, que los matan cruelísimamente.

CANTO PRIMERO.

El cual declara el asiento y descripcion de la Provincia de Chile y Estado de Arauco, con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen. Asimismo trata en suma la entrada y conquista que los españoles hicieron hasta que Arauco se comenzó á rebelar.

No las damas, amor, no gentilezas
de caballeros canto enamorados;
ni las muestras, regalos, ni ternezas
de amorosos afectos y cuidados:
mas el valor, los hechos, las proezas
de aquellos españoles esforzados
que a la cerviz de Arauco, no domada,
pusieron duro yugo por la espada.

Cosas diré tambien harto notables
de gente que á ningun rey obedecen,
temerarias empresas memorables
que celebrarse con razon merecen;
raras indústrias, términos loables
que mas los españoles engrandecen;
pues no es el vencedor mas estimado
de aquello en que el vencido es reputado.

Orlando Furioso – Canto 1º –

Suplícoos, gran Felipe, que mirada
esta labor, de vos sea recibida,
que, de todo favor necesita,
queda con darse á vos favorecida:
es relacion sin corromper, sacada
de la verdad, cortada á su medida;
no desprecieis el dón, aunque tan pobre
para que autoridad mi verso cobre.

Quiero á Señor tan alto dedicarlo,
porque este atrevimiento lo sostenga,
tomando esta manera de ilustrarlo,
para que quien lo viere en mas lo tenga:
y si esto no bastare á no tacharlo,
á lo menos confuso se detenga,
pensando que, pues va á vos dirigido,
que debe de llevar algo escondido.

Y haberme en vuestra casa yo criado,
que crédito me dá por otra parte,
hará mi torpe estilo delicado,
y lo que va sin órden lleno de arte:
asi, de tantas cosas animado,
la pluma entregaré al furor de Marte;
dad orejas, Señor, á lo que digo,
que soy de parte de ello buen testigo.

Chile, fértil provincia, y señalada
en la region Antártica famosa,
de remotas naciones respetada
por fuerte, principal y poderosa:
la gente que produce es tan granada,
tan soberbia, gallarda y belicosa,
que no ha sido por rey jamas regida,
ni á extrangero dominio sometida.

Es Chile Norte Sur de gran longura,
costa del nuevo mar del Sur llamado,
tendrá del Este al Oeste de angostura
cien millas, por lo mas ancho tomado:

bajo del polo Antártico en altura
de veinte y siete grados prolongado;
hasta do el mar Océano y Chileno
mezclan sus aguas por angosto seno.

Y estos dos anchos mares, que pretender
pasando de sus términos, juntarse,
baten las rocas y sus olas tienden;
mas esles impedido el allegarse:
por esta parte al fin la tierra hienden
y pueden por aqui comunicarse;
Magallanes, Señor, fue el primer hombre
que, abriendo este camino, le dió nombre.

Por falta de piloto, ó encubierta
causa, quizá importante y no sabida,
esta secreta senda descubierta
quedó para nosotros escondida:
ora sea yerro de la altura cierta,
ora que alguna isleta removida
del tempestuoso mar y viento airado,
encallando en la boca, la ha cerrado.

Digo que Norte Sur corre la tierra,
y baña la del Oeste la marina;
á la banda del Este va una sierra
que el mismo rumbo mil leguas camina:
en medio es donde el punto de la guerra
por uso y ejercicio mas se afina:
Venus y Amor aqui no alcanzan parte;
solo domina el iracundo Marte.

Pues en este distrito demarcado,
por donde su grandeza es manifiesta,
está á treinta y seis grados el Estado
que tanta gente extraña y propia cuesta:
este es el fiero pueblo no domado
que tuvo á Chile en tal estrecho puesta,
y aquel que por valor y pura guerra
hace en torno temblar toda la tierra.

Es Arauco, que basta, el cual sujeto
lo mas de este gran término tenía,
con tanta fama, crédito y conceto
que del un polo al otro se extendia:
y puso al español en tal aprieto
cual presto se verá en la carta mia:
veinte leguas contienen sus mojones
poséenla diez y seis fuertes varones.

De diez y seis caciques y señores
es el soberbio estado poseido,
en militar estudio los mejores
que de bárbaras madres han nacido:
reparo de su patria y defensores,
ninguno en el gobierno preferido;
otros caciques hay, mas por valientes
son estos en mandar los preeminentes.

Solo al señor de imposicion le viene
servicio personal de sus vasallos,
y en cualquiera ocasion cuando conviene
puede por fuerza al débito apremiallos;
pero asi obligacion el señor tiene
en las cosas de guerra doctrinallos,
con tal uso, cuidado y disciplina,
que son maestros despues de esta doctrina.

En lo que usan los niños en teniendo
habilidad y fuerza provechosa,
es que un trecho seguido han de ir corriendo
por una áspera cuesta pedregosa;
y al puesto y fin del curso revolviendo
le dan al vencedor alguna cosa:
vienen á ser tan sueltos y alentados
que alcanzan por aliento los venados.

Y desde la niñez al ejercicio
los apremian por fuerza y los incitan,
y en el bélico estudio y duro oficio,
entrando en mas edad, los ejercitan:

si alguno de flaqueza dá un indicio,
del uso militar le inhabilitan;
y al que sale en las armas señalado
conforme á su valor le dan el grado.

Los cargos de la guerra y preeminencia
no son por flacos medios proveidos,
ni van por calidad, ni por herencia,
ni por hacienda y ser mejor nacidos;
mas la virtud del brazo y la excelencia,
esta hace á los hombres preferidos;
esta ilustra, habilita, perficiona
y quilata el valor de la persona.

Los que están á la guerra dedicados
no son á otro servicio constreñidos,
del trabajo y labranza reservados
y de la gente baja mantenidos:
pero son por las leyes obligados
de estar á punto de armas proveidos,
y á saber diestramente gobernallas
en las lícitas guerras y batallas.

Las armas dellos mas ejercitadas
son picas, alabardas y lanzones,
con otras puntas largas enhastadas
de la faicion y forma de punzones:
hachas, martillos, mazas barreadas,
dardos, sargentas, flechas y bastones,
lazos de fuertes mimbres y bejucos,
tiros arrojadizos y trabucos.

Algunas destas armas han tomado
de los cristianos nuevamente agora,
que el continuo ejercicio y el cuidado
enseña y aprovecha cada hora;
y otras, segun los tiempos, inventado;
que es la necesidad grande inventora,
y el trabajo solícito en las cosas,
maëstro de invenciones prodigiosas.

Tienen fuertes y dobles coseletes,
arma comun á todos los soldados,
y otros á la manera de sayetes,
que son, aunque modernos, mas usados:
grevas, brazales, golas, capacetes
de diversas hechuras encajados,
hechos de piel curtida y duro cuero,
que no basta á ofenderle el fino acero.

Cada soldado una arma solamente
ha de aprender y en ella ejercitarse,
y es aquella á que mas naturalmente
en la niñez mostráre aficionarse:
desta sola procura diestramente
saberse aprovechar, y no empacharse
en jugar de la pica el que es flechero,
ni de la maza y flechas el piquero.

Hacen su campo, y muéstranse en formados
escuadrones distintos muy enteros,
cada hila de mas de cien soldados,
entre una pica y otra los flecheros,
que de lejos ofenden desmandados
bajo la proteccion de los piqueros,
que van hombro con hombro, como digo,
hasta medir á pica al enemigo.

Si el escuadron primero que acomete
por fuerza viene á ser desbaratado,
tan presto á socorrerle otro se mete,
que casi no dá tiempo á ser notado:
si aquel se desbarata, otro arremete;
y estando ya el primero reformado,
moverse de su término no puede
hasta ver lo que al otro le sucede.

De pantanos procuran guarnecerse
por el daño y temor de los caballos,
donde suelen á veces acogerse,
si viene á suceder desbaratallos:

allí pueden seguros rehacerse,
ofenden sin que puedan enojallos;
que el falso sitio y gran inconveniente
impide la llegada á nuestra gente.

Del escuadron se van adelantando
los bárbaros que son sobresalientes,
soberbios cielo y tierra despreciando,
ganosos de extremarse por valientes:
las picas por los cuentos arrastrando,
poniéndose en posturas diferentes,
diciendo: Si hay valiente algun cristiano
salga luego adelante mano á mano.

Hasta treinta ó cuarenta en compañía
ambiciosos de crédito y loores,
vienen con grande orgullo y bizarría
al son de presurosos atambores:
las armas matizadas á porfía
con varias y finísimas colores;
de poblados penachos adornados
saltando acá y allá por todos lados.

Hacen fuerzas ó fuertes cuando entienden
ser el lugar y sitio en su provecho,
ó si ocupar un término pretenden,
ó por algun aprieto y grande estrecho,
de do mas á su salvo se defienden,
y salen de rebato á caso hecho,
recogiéndose á tiempo al sitio fuerte,
que su forma y hechura es desta suerte:

Señalado el lugar, hecha la traza,
de poderosos árboles labrados
cercan una cuadrada y ancha plaza
en valientes estacas afirmados,
que á los de fuera impide y embaraza
la entrada y combatir, porque, guardados
del muro los de dentro, facilmente
de mucha se defiende poca gente.

Solian antiguamente de tablones
hacer dentro del fuerte otro apartado,
puestos de trecho á trecho unos troncones
en los cuales el muro iba fijado
con cuatro levantados torreones
á caballero del primer cercado,
de pequeñas troneras lleno el muro,
para jugar sin miedo y mas seguro.

En torno desta plaza poco trecho
cercan de espesos hoyos por defuera:
cual es largo, cual ancho, y cual estrecho;
y así van, sin faltar desta manera,
para el incauto mozo que de hecho
apresura el caballo en la carrera
tras el astuto bárbaro engañoso,
que le mete en el cerco peligroso.

Tambien suelen hacer hoyos mayores
con estacas agudas en el suelo,
cubiertos de carrizo, yerba y flores,
porque puedan picar mas sin recelo:
allí los indiscretos corredores,
teniendo solo por remedio el cielo,
se sumen dentro y quedan enterrados
en las agudas puntas estacados.

De consejo y acuerdo una manera
tienen de tiempo antiguo acostumbrada;
que es hacer un convite y borrachera
cuando sucede cosa señalada:
y así cualquier señor que la primera
nueva del tal suceso le es llegada,
despacha con presteza embajadores
á todos los caciques y señores;

Haciéndoles saber como se ofrece
necesidad y tiempo de juntarse,
pues á todos les toca y pertenece;
que es bien con brevedad comunicarse:

segun el caso, así se lo encarece,
y el daño que se sigue dilatarse;
lo cual, visto que á todos les conviene,
ninguno venir puede que no viene.

Juntos, pues, los caciques del senado,
propóneles el caso nuevamente;
el cual por ellos visto y ponderado,
se trata del remedio conveniente;
y resueltos en uno, y decretado,
si alguno de opinion es diferente,
no puede en cuanto al débito eximirse,
que allí la mayor voz ha de seguirse.

Despues que cosa en contra no se halla,
se vá el nuevo decreto declarando
por la gente comun y de canalla
que alguna novedad está aguardando:
si viene á averiguarse por batalla,
con gran rumor lo van manifestando
de trompas y atambores altamente,
porque á noticia venga de la gente.

Tienen un plazo puesto y señalado
para se ver sobre ello y remirarse,
tres dias se han de haber ratificado
en la definicion sin retractarse:
y el franco y libre término pasado,
es de ley imposible revocarse;
y asi como á forzoso acaecimiento
se disponen al nuevo movimiento.

Hácese este concilio en un gracioso
asiento en mil florestas escogido,
donde se muestra el campo mas hermoso
de infinidad de flores guarnecido;
allí de un viento fresco y amoroso
los árboles se mueven con ruído,
cruzando muchas veces por el prado
un claro arroyo limpio y sosegado,

Do una fresca y altísima alameda
por orden y artificio tienen puesta
en torno de la plaza, y ancha rueda
capaz de cualquier junta y grande fiesta,
que convida á descanso, y al Sol veda
la entrada y paso en la enojosa siesta:
allí se oye la dulce melodía
del canto de las aves y armonía.

Gente es sin Dios ni ley, aunque respeta
á aquel que fue del cielo derribado,
que como á poderoso y gran profeta
es siempre en sus cantares celebrado:
invocan su furor con falsa seta
y á todos sus negocios es llamado,
teniendo cuanto dice por seguro
del próspero suceso ó mal futuro.

Y cuando quieren dar una batalla
con él lo comunican en su rito,
si no responde bien, dejan de dalla,
aunque mas les insista el apetito;
caso grave o negocio no se halla
do no sea convocado este maldito;
llámanle *Eponamon*, y comunmente
dan este nombre á alguno si es valiente.

Usan el falso oficio de hechiceros,
ciencia á que naturalmente se inclinan,
en señales mirando y en agüeros,
por las cuales sus cosas determinan:
veneran á los necios agoreros
que los casos futuros adivinan;
el agüero acrecienta su osadía,
y les infunde miedo ó cobardía.

Algunos de estos son predicadores,
tenidos en sagrada reverencia,
que solo se mantienen de loores,
y guardan vida estrecha y abstinencia:

estos son los que ponen en errores
al liviano comun con su elocuencia,
teniendo por tan cierta su locura
como nos la evangélica escritura.

Y estos que guardan orden algo estrecha
no tienen ley, ni Dios, ni que hay pecados;
mas solo aquel vivir les aprovecha
de ser por sabios hombres reputados:
pero la espada, lanza, el arco y flecha,
tienen por mejor ciencia otros soldados;
diciendo que el agüero alegre ó triste
en la fuerza y el ánimo consiste.

En fin, el hado y clima de esta tierra,
si su estrella y pronóstico se miran,
es contienda, furor, discordia, guerra,
y á solo esto los ánimos aspiran:
todo su bien y mal aquí se encierra;
son hombres que de súbito se airan,
de condicion feroces, impacientes,
amigos de domar extrañas gentes.

Son de gestos robustos, desbarbados,
bien formados los cuerpos y crecidos,
espaldas grandes, pechos levantados,
récios miembros, de nervios bien fornidos;
ágiles, desenvueltos, alentados,
animosos, valientes, atrevidos,
duros en el trabajo, y sufridores
de frios mortales, hambres y calores.

No ha habido rey jamas que sujetase
esta soberbia gente libertada,
ni extrangera nacion que se jactase
de haber dado en sus términos pisada;
ni comarcana tierra que se osase
mover en contra y levantar espada:
siempre fue exenta, indómita, temida,
de leyes libre y de cerviz erguida.

El potente rey Inga, aventajado
en todas las antárticas regiones,
fue un señor en extremo aficionado
á ver y conquistar nuevas naciones;
y por la gran noticia del estado
á Chile despachó sus Orejones;
mas la parlera fama de esta gente
la sangre les templó y ánimo ardiente.

Pero los nobles Ingas valerosos
los despoblados ásperos rompieron,
y en Chile algunos pueblos belicosos
por fuerza á servidumbre redujeron:
á do leyes y edictos trabajosos
con dura mano armada introdujeron,
haciéndoles con fueros disolutos
pagar grandes subsidios y tributos.

Dado asiento en la tierra y reformado
el campo con ejército pujante,
en demanda del reino deseado
movieron sus escuadras adelante:
no hubieron muchas millas caminado,
cuando entendieron que era semejante
el valor á la fama que alcanzada
tenia el pueblo araucano por la espada.

Los Promaucaes de Maule, que supieron
el vano intento de los Ingas vanos,
al paso y duro encuentro les salieron,
no menos en buen órden que lozanos;
y las cosas de suerte sucedieron
que, llegando estas gentes á las manos,
murieron infinitos Orejones
perdiendo el campo y todos los pendones.

Los indios Promaucaes es una gente
que está cien millas antes del estado,
brava, soberbia, próspera y valiente,
que bien los españoles la han probado:

pero con cuanto digo, es diferente
de la fiera nacion, que, cotejado
el valor de las armas y excelencia,
es grande la ventaja y diferencia.

Los Iugas, que la fuerza conocian
que en la provincia indómita se encierra,
y cuán poco á los brazos ganarian
llevada al cabo la empezada guerra;
visto el errado intento que traían,
desamparando la ganada tierra,
volvieron á los pueblos que dejaron,
donde por algun tiempo reposaron.

Pues don Diego de Almagro, adelantado,
que en otras mil conquistas se habia visto,
por sabio en todas ellas reputado,
animoso, valiente, franco y quisto,
á Chile caminó determinado
de extender y ensanchar la fé de Cristo;
pero en llegando al fin de este camino
dar en breve la vuelta le convino.

A solo el de Valdivia esta victoria
con justa y gran razon le fue otorgada,
y es bien que se celebre su memoria,
pues pudo adelantar tanto su espada:
este alcanzó en Arauco aquella gloria,
que de nadie hasta allí fuera alcanzada;
la altiva gente al grave yugo trujo,
y en opresion la libertad redujo.

Con una espada y capa solamente,
ayudado de industria que tenia,
hizo con brevedad de buena gente
una lucida y gruesa compañía;
y con designio y ánimo valiente
toma de Chile la derecha via,
resuelto en acabar de esta salida
la demanda difícil ó la vida.

Vióse en el largo y áspero camino
por la hambre, sed y frio en gran estrecho;
pero con la constancia que convino
puso al trabajo el animoso pecho:
y el diestro hado y próspero destino
en Chilé le metieron, á despecho
de cuantos estorbarlo procuraron,
que en su daño las armas levantaron.

Tuvo á la entrada con aquellas gentes
batallas y rencuentros peligrosos,
en tiempos y lugares diferentes,
que estuvieron los fines bien dudosos;
pero al cabo por fuerza los valientes
españoles, con brazos valerosos,
siguiendo el hado y con rigor la guerra,
ocuparon gran parte de la tierra.

No sin gran riesgo y pérdidas de vidas
asediados seis años sostuvieron,
y de incultas raices desabridas
los trabajados cuerpos mantuvieron;
do las bárbaras armas oprimidas
á la española devocion trujeron,
por ánimo constante y raras pruebas
criando en los trabajos fuerzas nuevas.

Despues entró Valdivia conquistando
con esfuerzo y espada rigurosa,
los Promaucaes por fuerza sujetando,
Curios, Cauquenes, gente belicosa;
y, el Maule y raudo Itáta atravesando,
llegó al Andaliën, do la famosa
ciudad fundó de muros levantada,
felice en poco tiempo y desdichada.

Una batalla tuvo aqui sangrienta
donde á punto llegó de ser perdido:
pero Dios le acorrió en aquella afrenta;
que en todas las demas le habia acorrido:

otros dello darán mas larga cuenta,
que les está este cargo cometido;
alli fue preso el barbaro Ainavillo,
honor de los Pencones y caudillo.
De alli llegó al famoso Biobio,
el cual divide á Penco del estado,
que del Nibequeten, copioso rio,
y de otros viene al mar acompañado;
de donde con presteza y nuevo brio,
en orden buena y escuadron formado
pasó de Andalican la áspera sierra,
pisando la araucana y fértil tierra.
No quiero detenerme mas en esto,
pues que no es mi intencion dar pesadumbre;
y asi pienso pasar por todo presto,
huyendo de importunos la costumbre:
digo con tal intento y presupuesto
que antes que los de Arauco á servidumbre
viniesen, fueron tantas las batallas,
que dejo por prolijas de contallas.
Ayudó mucho el ignorante engaño
de ver en animales corregidos
hombres que por milagro y caso extraño
de la region celeste eran venidos:
y del súbito estruendo y grave daño
de los tiros de pólvora sentidos,
como á inmortales dioses los temian,
que con ardientes rayos combatian.
Los españoles hechos hazañosos
el error confirmaban de inmortales,
afirmando los mas supersticiosos,
por los presentes los futuros males:
y asi tibios, suspensos y dudosos,
viendo de su opresion claras señales,
debajo de hermandad y fe jurada
dió Arauco la obediencia jamas dada.

Dejando alli el seguro suficiente
adelante los nuestros caminaron;
pero todas las tierras llanamente,
viendo Arauco sujeta, se entregaron;
y reduciendo á su opinion gran gente
siete ciudades prósperas fundaron,
Coquimbo, Penco, Angol y Santiago,
la Imperial, Villa-rica, y la del Lago.

El felice suceso, la victoria,
la fama y posesiones que adquirian
los trujo á tal soberbia y vanagloria,
que en mil leguas diez hombres no cabian;
sin pasarles jamas por la memoria
que en siete pies de tierra al fin habian
de venir á caber sus hinchazones,
su gloria vana y vanas pretensiones.

Crecian los intereses y malicia,
á costa del sudor y daño ageno,
y la hambrienta y mísera codicia
con libertad paciendo iba sin freno:
la ley, derecho, el fuero y la justicia
era lo que Valdivia habia por bueno,
remiso en graves culpas y piadoso,
y en los casos livianos riguroso.

Asi el ingrato pueblo Castellano,
en mal y estimacion iba creciendo,
y siguiendo el soberbio intento vano
tras su fortuna prospera corriendo:
pero el Padre del cielo soberano
atajó este camino, permitiendo
que aquel á quien él mismo puso el yugo
fuese el cuchillo y áspero verdugo.

El estado Araucano acostumbrado
á dar leyes, mandar y ser temido,
viéndose de su trono derribado,
y de mortales hombres oprimido;

de adquirir libertad determinado,
reprobando el subsidio padecido,
acude al ejercicio de la espada,
ya por la paz ociosa desusada.
Dieron señal primero y nuevo tiento
(por ver con qué rigor se tomaría)
en dos soldados nuestros, que á tormento
mataron sin razon y causa un dia:
disimulóse aquel atrevimiento,
y con esto crecióles la osadía;
no aguardando á mas tiempo, abiertamente
comienzan á llamar y juntar gente.
Principio fue del daño no pensado
el no tomar Valdivia presta enmienda
con ejemplar castigo del estado;
pero nadie castiga en su hacienda:
el pueblo sin temor desvergonzado
con nueva libertad rompe la rienda
del homenage hecho y la promesa,
como el segundo canto aquí lo expresa.



CANTO II.

Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la eleccion de capitan general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casa fuerte de Tucapél, y la batalla que con los españoles tuvieron.

Muchos hay en el mundo que han llegado
á la engañosa alteza desta vida,
que Fortuna los ha siempre ayudado
y dádoles la mano á la subida,
para, despues de haberlos levantado,
derribarlos con mísera caïda,
cuando es mayor el golpe y sentimiento,
y menos el pensar que hay mudamiento.

No entienden con la próspera bonanza
que el contento es principio de tristeza,
ni miran en la súbita mudanza
del consumidor tiempo y su presteza:
mas con altiva y vana confianza
quieren que en su fortuna haya firmeza;
la cual, de su aspereza no olvidada,
revuelve con la vuelta acostumbrada.

Con un revés de todo se desquita,
que no quiere que nadie se le atreva,
y mucho mas que dá siempre les quita,
no perdonando cosa vieja ó nueva:

de crédito y de honor los necesita,
que en el fin de la vida está la prueba,
por el cual han de ser todos juzgados,
aunque lleven principios acertados.

Del bien perdido al cabo ¿qué nos queda
sino pena, dolor y pesadumbre?
Pensar que en él Fortuna ha de estar queda,
antes dejará el Sol de darnos lumbre:
que no es su condicion fijar la rueda,
y es malo de mudar vieja costumbre.
El mas seguro bien de la Fortuna
es no haberla tenido vez alguna.

Esto verse podrá por esta historia:
ejemplo dello aquí puede sacarse,
que no bastó riqueza, honor y gloria,
con todo el bien que puede desearse,
á llevar adelante la victoria;
que el claro cielo al fin vino á turbarse,
mudando la Fortuna en triste estado
el curso y órden próspera del Hado.

La gente nuestra ingrata se hallaba
en la prosperidad que arriba cuento,
y en otro mayor bien, que me olvidaba,
hallado en pocas casas, que es contento:
de tal manera en él se descuidaba
(cierta señal de triste acaecimiento)
que en una hora perdió el honor y estado
que en mil años de afan habia ganado.

Por dioses, como dije, eran tenidos
de los indios los nuestros; pero olieron
que de muger y hombre eran nacidos,
y todas sus flaquezas entendieron:
viéndolos á miserias sometidos,
el error ignorante conocieron,
ardiendo en viva rabia avergonzados
por verse de mortales conquistados.

No queriendo á mas plazo diferirlo,
entre ellos comenzó luego á tratarse
que, para en breve tiempo concluirlo
y dar el modo y orden de vengarse,
se junten á consulta á difinirlo,
do venga la sentencia á pronunciarse,
dura, ejemplar, cruël, irrevocable,
horrenda á todo el mundo y espantable.

Iban ya los caciques ocupando
los campos con la gente que marchaba,
y no fue menester general bando,
que el deseo de guerra los llamaba
sin promesas ni pagas, deseando
el esperado tiempo, que tardaba,
para el decreto y áspero castigo,
con muerte y destruccion del enemigo.

De algunos que en la junta se hallaron
es bien que haya memoria de sus nombres,
que, siendo incultos bárbaros, ganaron
con no poca razon claros renombres:
pues en tan breve término alcanzaron
grandes victorias de notables hombres,
que de ellas darán fe los que vivieren,
y los muertos allá donde estuvieren.

Tucapél se llamaba aquel primero
que al plazo señalado habia venido;
este fue de cristianos carnicero,
siempre en su enemistad endurecido:
tiene tres mil vasallos el guerrero,
de todos como rei obedecido.
Ongol luego llegó, mozo valiente;
gobierna cuatro mil, lucida gente.

Cayocupil, cacique bullicioso,
no fue el postrero que dejó su tierra;
que allí llegó el tercero, deseoso
de hacer á todo el mundo él solo guerra:

tres mil vasallos tiene este famoso
usados tras las fieras en la sierra.
Millarapué, aunque viejo, el cuarto vino,
que cinco mil gobierna de contino.
  Paicabí se juntó aquel mismo dia,
tres mil fuertes soldados señoreä.
No lejos Lemolemo dél venia,
que tiene seis mil hombres de peleä.
Mareguano, Gualemo y Lebopía
se dan prisa á llegar, porque se vëa
que quieren ser en todo los primeros;
gobiernan estos tres tres mil guerreros.
  No se tardó en venir, pues, Elicura,
que al tiempo y plazo puesto habia llegado,
de gran cuerpo, robusto en la hechura,
por uno de los fuertes reputado:
dice que estar sujeto es gran locura
quien seis mil hombres tiene á su mandado.
Luego llegó el anciano Colocolo;
otros tantos y mas rige este solo.
  Tras éste á la consulta Ongolmo viene,
que cuatro mil guerreros gobernaba.
Purén en arribar no se detiene,
seis mil súbditos éste administraba.
Pasados de seis mil Lincoya tiene,
que bravo y orgulloso ya llegaba,
diestro, gallardo, fiero en el semblante;
de proporcion y altura de gigante.
  Peteguelén, cacique señalado,
que el gran valle de Arauco le obedece
por natural Señor, y asi el estado
este nombre tomó, segun parece,
como Venecia, pueblo libertado,
que en todo aquel gobierno mas florece:
tomando el nombre de él la Señoría,
asi guarda el estado el nombre hoy dia.

Este no se halló personalmente,
por estar impedido de cristianos;
pero de seis mil hombres que él valiente
gobierna, naturales araucanos,
acudió desmandada alguna gente
á ver si es menester mandar las manos.
Caupolican el fuerte no venia,
que toda Palmaiquen le obedecía.

Tomé y Andalican tambien vinieron,
que eran del araucano regimiento,
y otros muchos caciques acudieron,
que por no ser prolijo no los cuento.
Todos con leda faz se recibieron,
mostrando en verse juntos gran contento.
Despues de razonar en su venida
se comenzó la espléndida comida.

Al tiempo que el beber furioso andaba,
y mal de las tinajas el partido,
de palabra en palabra se llegaba
á encenderse entre todos gran ruïdo:
la razon uno de otro no escuchaba:
sabida la ocasion do habia nacido,
vino sobre cual era el mas valiente
y digno del gobierno de la gente.

Asi creció el furor, que derribando
las mesas, de manjares ocupadas,
aguijan á las armas, desgajando
las ramas al depósito obligadas;
y dellas se aperciben; no cesando
palabras peligrosas y pesadas
que atizaban la cólera encendida
con el calor del vino y la comida.

El andaz Tucapél claro decia
que el cargo de mandar le pertenece,
pues todo el universo conocia
que si va por valor que lo merece:

ninguno se me iguala en valentía;
de mostrarlo estoy presto, si se ofrece,
(añade el jactancioso) á quien quisiere;
y aquel que esta razon contradijere....
Sin dejarle acabar, dijo Elicura:
á mí es dado el gobierno desta danza,
y el simple que intentáre otra locura
ha de probar el hierro de esta lanza.
Ongolmo, que el primero ser procura,
dice: yo no he perdido la esperanza
en tanto que este brazo sustentáre
y con él la ferrada gobernáre.
De cólera Lincoya y rabia insano
responde: tratar de eso es devanéo,
que ser señor del mundo es en mi mano,
si en ella libre este baston poseo.
Ninguno, dice Ongol, será tan vano
que ponga en igualárseme el deseo,
pues es mas el temor que pasaría
que la gloria que el hecho le daría.
Cayocupil furioso y arrogante
la maza esgrime, haciéndose á lo largo,
diciendo: yo veré quien es bastante
á dar de lo que ha dicho mas descargo:
haceos los pretensores adelante,
veremos de cual de ellos es el cargo;
que de probar aqui luego me ofrezco
que mas que todos juntos lo merezco.
Alto, sús, que yo aceto el desafio
(responde Lemolemo), y tengo en nada
poner á nueva prueba lo que es mio,
que mas quiero librarlo por la espada:
mostraré ser verdad lo que porfio
á dos, á cuatro, á seis en la estacada;
y si todos cuestion quereis conmigo,
os haré manifiesto lo que digo.

Purén, que estaba aparte, habiendo oido
la plática enconosa y rumor grande,
diciendo, en medio de ellos se ha metido,
que nadie en su presencia se desmande;
y ¿quién á imaginar es atrevido
que donde está Purén mas otro mande?
La grita y el furor se multiplica,
quién esgrime la maza y quién la pica.

Tomé y otros caciques se metieron
en medio de estos bárbaros de presto,
y con dificultad los despartieron,
que no hicieron poco en hacer esto:
de herirse lugar aun no tuvieron,
y en voz airada ya el temor pospuesto,
Colocolo, el cacique mas anciano,
á razonar así tomó la mano:

× Caciques, del estado defensores,
codicia del mandar no me convida
á pesarme de veros pretensores
de cosa que á mí tanto era debida:
porque, segun mi edad, ya veis, señores,
que estoy al otro mundo de partida;
mas el amor que siempre os he mostrado
á bien aconsejaros me ha incitado.

¿Por qué cargos honrosos pretendemos,
y ser en opinion grande tenidos,
pues que negar al mundo no podemos
haber sido sujetos y vencidos?
y en esto averiguarnos no queremos,
estando aun de españoles oprimidos:
mejor fuera esa furia ejecutalla
contra el fiero enemigo en la batalla.

¿Qué furor es el vuestro ¡oh Araucanos!
que á perdicion os lleva sin sentillo?
¿Contra vuestras entrañas teneis manos,
y no contra el tirano en resistillo?

× This speech of Colocolo was considered by
Voltaire to be superior to that of -

¿ Teniendo tan á golpe á los cristianos
volveis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido,
no sea en tan bajo estado y abatido.
  Volved las armas y ánimo furioso
á los pechos de aquellos que os han puesto
en dura sujecion, con afrentoso
partido, á todo el mundo manifiesto·
lanzad de vos el yugo vergonzoso;
mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
no derrameis la sangre del estado
que para redimirnos ha quedado.
  No me pesa de ver la lozanía
de vuestro corazon, antes me esfuerza;
mas temo que esta vuesta valentía,
por mal gobierno, el buen camino tuerza:
que, vuelta entre nosotros la porfía,
degolleis nuestra patria con su fuerza:
cortad, pues, si ha de ser desa manera,
esta vieja garganta la primera:
  Que esta flaca persona, atormentada
de golpes de fortuna, no procura
sino el agudo filo de una espada,
pues no la acaba tanta desventura.
Aquella vida es bien afortunada
que la temprana muerte la asegura;
pero, á nuestro bien público atendiendo,
quiero decir en esto lo que entiendo.
  Pares sois en valor y fortaleza;
el cielo os igualó en el nacimiento;
de linage, de estado y de riqueza
hizo á todos igual repartimiento;
y en singular por ánimo y grandeza
podeis tener del mundo el regimiento:
que este precioso dón, no agradecido,
nos ha al presente término traido.

whose in the 1st book of the [illegible]
historia de España [illegible] la poesia [illegible]

En la virtud de vuestro brazo espero
que puede en breve tiempo remediarse,
mas ha de haber un capitan primero
que todos por él quieran gobernarse:
este será quien mas un gran madero
sustentáre en el hombro sin pararse;
y pues que sois iguales en la suerte,
procure cada cual ser el mas fuerte.

Ningun hombre dejó de estar atento
oyendo del anciano las razones,
y puesto ya silencio al parlamento,
hubo entre ellos diversas opiniones:
al fin, de general consentimiento,
siguiendo las mejores intenciones,
por todos los caciques acordado
lo propuesto del viejo fue acetado.

Podria de algunos ser aqui una cosa
que parece sin término notada,
y es que en una provincia poderosa,
en la milicia tanto ejercitada,
de leyes y ordenanzas abundosa,
no hubiese una cabeza señalada
á quien tocase el mando y regimiento,
sin allegar á tanto rompimiento.

Respondo á esto, que nunca sin caudillo
la tierra estuvo electo del senado;
que, como dije, en Penco el Ainavillo
fue por nuestra nacion desbaratado;
y viniendo de paz, en un castillo
se dice, aunque no es cierto, que un bocado
le dieron de veneno en la comida,
donde acabó su cargo con la vida.

Pues el madero súbito traïdo,
(no me atrevo á decir lo que pesaba),
era un macizo líbano fornido,
que con dificultad se rodeaba:

Paicabí le aferró menos sufrido,
y en los valientes hombros le afirmaba
seis horas le sostuvo aquel membrudo,
pero llegar á siete jamas pudo.
Cayocupil al tronco aguija presto,
de ser el mas valiente confiado,
y encima de los altos hombros puesto,
lo deja á las cinco horas de cansado:
Gualemo lo probó, jóven dispuesto,
mas no pasó de allí; y esto acabado,
Ongol el grueso leño tomó luego:
duró seis horas largas en el juego.
Purén tras él lo trujo medio dia,
y el esforzado Ongolmo mas de medio;
y cuatro horas y media Lebopía,
que de sufrirle mas no hubo remedio:
Lemolemo siete horas le traía,
el cual jamas en todo este comedio
dejó de andar acá y allá saltando,
hasta que ya el vigor le fue faltando.
Elicura á la prueba se previene,
y en sustentar el líbano trabaja;
á nueve horas dejarle le conviene,
que no pudiera mas si fuera paja.
Tucapelo catorce lo sostiene,
encareciendo todos la ventaja.
Pero en esto Lincoya apercibido
mudó en un gran silencio aquel ruïdo.
De los hombros el manto derribando
las terribles espaldas descubria,
y el duro y grave leño levantando
sobre el fornido asiento le ponia:
corre ligero aqui y allí, mostrando
que poco aquella carga le impedia:
era de Sol á Sol el dia pasado,
y el peso sustentaba aun no cansado.

Venia aprisa la noche, aborrecida
por la ausencia del Sol; pero Diana
les daba claridad con su salida,
mostrándose á tal tiempo mas lozana;
Lincoya con la carga no convida
aunque ya despuntaba la mañana,
hasta que llegó el Sol al medio cielo,
que dió con ella entónces en el suelo.

No se vió allí persona en tanta gente
que no quedase atónita de espanto,
creyendo no haber hombre tan potente
que la pesada carga sufra tanto:
la ventaja le daban, juntamente
con el gobierno, mando, y todo cuanto
á digno general era debido,
hasta allí justamente merecido.

Ufano andaba el bárbaro y contento
de haberse mas que todos señalado;
cuando Caupolican á aquel asiento
sin gente á la ligera habia llegado:
tenia un ojo sin luz de nacimiento,
como un fino granate colorado;
pero lo que en la vista le faltaba
en la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho,
varon de autoridad, grave y severo,
amigo de guardar todo derecho,
áspero, riguroso, justiciero,
de cuerpo grande y relevado pecho,
hábil, diestro, fortísimo y ligero,
sábio, astuto, sagaz, determinado,
y en casos de repente reportado.

Fue con alegre muestra recibido,
(aunque no sé si todos se alegraron):
el caso en esta suma referido
por su término y puntos le contaron:

viendo que Apolo ya se habia escondido
en el profundo mar, determinaron
que la prueba de aquel se dilatase
hasta que la esperada luz llegase.

Pasábase la noche en gran porfía
que causó esta venida entre la gente;
cual se atiene á Lincoya, y cual decia
que es el Caupolicano mas valiente:
apuestas en favor y contra habia,
otros sin apostar dudosamente
ácia el oriente vueltos aguardaban
si los febeos caballos asomaban.

Ya la rosada Aurora comenzaba
las nubes á bordar de mil labores,
y á la usada labranza dispertaba
la miserable gente y labradores:
ya á los marchitos campos restauraba
la frescura perdida y sus colores,
aclarando aquel valle la luz nueva,
cuando Caupolican viene á la prueba.

Con un desden y muestra confiada,
asiendo del troncon duro y ñudoso,
como si fuera vara delicada,
se le pone en el hombro poderoso:
la gente enmudeció, maravillada
de ver el fuerte cuerpo tan nervoso;
la color á Lincoya se le muda,
poniendo en su victoria mucha duda.

El bárbaro sagaz despacio andaba,
y á toda priesa entraba el claro dia;
el Sol las largas sombras acortaba,
mas él nunca descrece en su porfía:
al ocaso la luz se retiraba,
ni por esto flaqueza en él habia:
las estrellas se muestran claramente,
y no muestra cansancio aquel valiente.

Salió la clara Luna á ver la fiesta
del tenebroso albergue húmido y frio,
desocupando el campo y la floresta
de un negro velo lóbrego y sombrío:
Caupolican no afloja de su apuesta,
antes con nueva fuerza y mayor brio
se mueve y representa de manera
como si peso alguno no trujera.

Por entre dos altísimos egidos
la esposa de Titon ya parecía,
los dorados cabellos esparcidos,
que de la fresca helada sacudia,
con que á los mústios prados florecidos
con el húmido humor reverdecia,
y quedaba engastado asi en las flores
cual perlas entre piedras de colores.

El carro de Faeton sale corriendo
del mar por el camino acostumbrado:
sus sombras van los montes recogiendo
de la vista del Sol; y el esforzado
varon, el grave peso sosteniendo,
acá y allá se mueve no cansado;
aunque otra vez la negra sombra espesa
tornaba á parecer corriendo apriesa.

La Luna su salida provechosa
por un espacio largo dilataba:
al fin turbia, encendida y perezosa;
de rostro y luz escasa se mostraba:
paróse al medio curso mas hermosa
á ver la extraña prueba en qué paraba;
y viéndola en el punto y ser primero
se derribó en el ártico hemisfero;

Y el bárbaro en el hombro la gran viga,
sin muestra de mudanza y pesadumbre,
venciendo con esfuerzo la fatiga,
y creciendo la fuerza por costumbre.

Apolo en seguimiento de su amiga
tendido habia los rayos de su lumbre;
y el hijo de Leocan en el semblante
mas firme que al principio y mas constante.

Era salido el Sol cuando el enorme
peso de las espaldas despedia,
y un salto dió en lanzándole disforme,
mostrando que aun mas ánimo tenia:
el circunstante pueblo en voz conforme
pronunció la sentencia, y le decia:
sobre tan firmes hombros descargamos
el peso y grave carga que tomamos.

Al nuevo juego y pleito difinido,
con las mas ceremonias que supieron
por sumo capitan fue recibido,
y á su gobernacion se sometieron.
Creció en reputacion, fue tan temido,
y en opinion tan grande le tuvieron,
que ausentes muchas leguas dél temblaban,
y casi como á Rey le respetaban.

Es cosa en que mil gentes han parado,
y estan en duda muchos hoy en dia,
pareciéndoles que esto que he contado
es alguna ficcion ó poesía:
pues en razon no cabe, que un senado
de tan gran disciplina y policía
pusiese una eleccion de tanto peso
en la robusta fuerza y no en el seso.

Sabed que fue artificio, fue prudencia
del sabio Colocolo, que miraba
la dañosa discordia y diferencia
y el gran peligro en que su patria andaba,
conociendo el valor y suficiencia
de este Caupolican que ausente estaba,
varon en cuerpo y fuerzas extremado,
de rara industria y ánimo dotado.

Así propuso astuta y sabiamente,
para que la eleccion se dilatase,
la prueba al parecer impertinente
en que Caupolican se señalase,
y en esta dilacion secretamente
dándole aviso, á la eleccion llegase,
trayendo asi el negocio por rodeo
á conseguir su fin y buen deseo.

Celebraba con pompa alli el senado
de la justa eleccion la fiesta honrosa,
y el nuevo capitan, ya con cuidado
de dar principio á alguna grande cosa,
manda á Palta sargento que, callado,
de la gente mas presta y animosa
ochenta diestros hombres aperciba,
y á su cargo apartados los reciba.

Fueron pues escogidos los ochenta
de mas esfuerzo y menos conocidos;
entre ellós dos soldados de gran cuenta
por quien fuesen mandados y regidos,
hombres diestros, usados en afrenta,
á cualquiera peligro apercibidos,
el uno se llamaba Caveguano,
el otro Alcatipay de Talcaguano.

Tres castillos los nuestros ocupados
tenian para el seguro de la tierra,
de fuertes y anchos muros fabricados,
con foso que los ciñe en torno y cierra:
guarnecidos de pláticos soldados,
usados al trabajo de la guerra;
caballos, bastimento, artillería
que en espesas troneras asistia.

Estaba el uno cerca del asiento
adonde era la fiesta celebrada;
y el araucano ejército contento,
mostrando no tener al mundo en nada:

que con discurso vano y movimiento
queria llevarlo todo á pura espada;
pero Caupolican mas cuerdamente
trataba del remedio conveniente.

Habia entre ellos algunas opiniones
de cercar el castillo mas vecino;
otros, que con formados escuadrones
á Penco enderezasen el camino:
dadas de cada parte sus razones,
Caupolican en nada desto vino,
antes al pabellon se retiraba
y á los ochenta bárbaros llamaba.

Para entrar al castillo facilmente
les da industria y manera disfrazada,
con expresa instruccion que plaza y gente
metan á fuego y á rigor de espada;
porque él luego tras ellos diligente
ocupará los pasos y la entrada:
despues de haberlos bien amonestado
pusieron en efeto lo tratado.

Era en aquella plaza y edificio
la entrada á los de Arauco defendida,
salvo los necesarios al servicio
de la gente española, estatuïda
á la defensa de ella y ejercicio
de la fiera Belona embraveeida;
y asi los cautos bárbaros soldados
de feno, yerba y leña iban cargados.

Sordos á las demandas y preguntas,
siguen su intento y el camino usado,
las cargas en hilera y orden juntas,
habiendo entre los haces sepultado
astas fornidas de ferradas puntas;
y asi contra el castillo, descuidado
del encubierto engaño, caminaban,
y en los vedados límites entraban.

El puente, muro y puerta atravesando,
miserables, los gestos afligidos,
algunos de cansados cojeando,
mostrándose marchitos y encojidos;
pero dentro las cargas desatando,
arrebatan las armas atrevidos,
con amenaza, orgullo y confianza
de la esperada y súbita venganza.

Los fuertes españoles salteados,
viendo la airáda muerte tan vecina,
corren presto á las armas, aterrados
de la extraña cautela repentina;
y, á vencer ó morir determinados,
cual con celada, cual con coracina,
salen á resistir la furia insana
de la brava y audaz gente araucana.

Asáltanse con ímpetu furioso,
suenan los hierros de una y otra parte;
allí muestra su fuerza el sanguinoso
y mas que nunca embravecido Marte:
de vencer cada uno deseoso,
buscaba nuevo modo, industria y arte
de encaminar el golpe de la espada
por do diese á la muerte franca entrada.

La saña y el corage se renueva
con la sangre que saca el hierro duro,
y la española gente á la india lleva
á dar de las espaldas en el muro.
Ya el infiel escuadron con fuerza nueva
cobra el perdido campo mal seguro,
que estaba de los golpes esforzados
cubierto de armas, y ellos desarmados.

Viéndose en tanto estrecho los cristianos,
de temor y vergüenza constreñidos,
las espadas aprietan en las manos,
en ira envueltos y en furor metidos:

cargan sobre los fieros araucanos,
por el ímpetu nuevo enflaquecidos;
entran en ellos, hieren y derriban,
y á muchos de cuidado y vida privan.
Siempre los españoles mejoraban,
haciendo fiero estrago y tan sangriento
en los osados indios, que pagaban
el poco seso y mucho atrevimiento:
casi defensa en ellos no hallaban:
pierden la plaza y cobran escarmiento:
al fin de tal manera los trataron
que á fuerza de los muros los lanzaron.
Apenas Cayeguan y Talcaguano
salian, cuando con paso apresurado
asomó el escuadron caupolicano,
teniendo el hecho ya por acabado;
mas viendo el esperado efecto vano,
y el puente del castillo levantado,
pone cerco sobre él, con juramento
de no dejarle piedra en el cimiento.
Sintiendo un español mozo que habia
demasiado temor en nuestra gente;
mas de temeridad que de osadía,
cala sin miedo y sin ayuda el puente,
y puesto en medio del alto decia:
« Salga adelante, salga el mas valiente;
uno por uno á treinta desafio,
y á mil no negaré este cuerpo mio."
No tan presto las fieras acudieron
al bramar de la res desamparada,
que de lejos sin órden conocieron
del pueblo y moradores apartada,
como los araucanos cuando oyeron
del valiente español la voz osada,
partiendo mas de ciento presurosos,
del lance y cierta presa codiciosos.

El comun, siempre amigo de ruido,
la libertad y guerra deseando,
por su parte alterado y removido,
se va con este son desentonando:
al servicio no acude prometido,
sacudiendo la carga y levantando
la soberbia cerviz desvergonzada,
negando la obediencia á Carlos dada.

Valdivia, perezoso y negligente,
incrédulo, remiso y descuidado,
hizo en la Concepcion copia de gente,
mas que en ella en su dicha confiado:
el cual, si fuera un poco diligente,
hallaba en pie el castillo arruinado;
con soldados, con armas, municiones,
seis piezas de campaña y dos cañones.

Tenia con la Imperial concierto hecho
que alguna gente armada le enviase,
la cual á Tucapel fuese en derecho,
donde con él á tiempo se juntase:
resoluto en hacer allí de hecho
un ejemplar castigo, que sonase
en todos los confines de la tierra,
porque jamas moviesen otra guerra.

Pero dejó el camino provechoso,
y, descuidado dél, torció la via,
metiéndose por otro, codicioso
que era donde una mina de oro habia:
y de ver el tributo y don hermoso
que de sus ricas venas ofrecia,
paró de la codicia embarazado,
cortando el hilo próspero del hado.

A partir (como dije) antes, llegaba
al concierto en el tiempo prometido;
mas el metal goloso que sacaba
le tuvo á tal sazon embebecido:

despues salió de allí, y se apresuraba
cuando fuera mejor no haber salido.
Quiero dar fin al canto, porque pueda
decir de la codicia lo que queda.

CANTO III.

Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina á la casa de Tucapel para hacer el castigo. Mátanle los araucanos á los corredores en el camino en un paso estrecho y dánle despues la batalla, en la cual fue muerto él y toda su gente por el grande esfuerzo y valentía de Lautaro.

¡Oh incurable mal! ¡oh gran fatiga!
con tanta diligencia alimentada;
vicio comun y pegajosa liga,
voluntad sin razon desenfrenada;
del provecho y bien público enemiga;
sedienta bestia, hidrópica hinchada,
principio y fin de todos nuestros males.
¡Oh insaciable codicia de mortales!

No en el pomposo estado á los señores
contentos en el alto asiento vemos,
ni á pobrecillos bajos labradores
libres de esta dolencia conocemos:
ni el deseo y ambicion de ser mayores
que tenga fin y límites sabemos:
el fausto, la riqueza y el estado,
hincha, pero no harta, al mas templado.

A Valdivia mirad, de pobre infante
si era poco el estado que tenia,
cincuenta mil vasallos que delante
le ofrecen doce marcos de oro al dia:
esto y aun mucho mas no era bastante,
y asi la hambre alli lo detenia;
codicia fue ocasion de tanta guerra,
y perdicion total de aquesta tierra.

Esta fue quien halló los apartados
indios de las antárticas regiones;
por esta eran sin orden trabajados
con dura imposicion y vejaciones:
pero rotas las cinchas de apretados,
buscaron modo y nuevas invenciones
de libertad, con áspera venganza,
levantando el trabajo la esperanza.

Cuán cierto es, como claro conocemos,
que al doliente en salud consejos damos,
y aprovecharnos dellos no sabemos;
pero de predicarlos nos preciamos.
Cuando en la sosegada paz nos vemos,
¡qué bien la dura guerra platicamos!
¡qué bien damos consejos y razones
lejos de los peligros y ocasiones!

¡Cómo de los que yerran abominan
los que estan libres en seguro puerto!
¡qué bien de alli las cosas encaminan,
y dan en todo un medio y buen concierto!

¡con qué facilidad se determinan,
visto el suceso y daño descubierto!
Dios sabe aquel que la derecha via,
metido en la ocasion, acertaría.

Valdivia iba siguiendo su jornada,
y el duro disponer del hado duro,
no con la furia y priesa acostumbrada,
présago y con temor de mal futuro:
sospechoso de bárbara emboscada,
por hacer el camino mas seguro,
echó algunos delante para prueba,
pero jamas volvieron con la nueva.

Viendo los nuestros ya que al plazo puesto
los tardos corredores no volvian,
unos juzgan el daño manifiesto,
otros impedimentos les ponian:
hubo consejo y parecer sobre esto;
al cabo en caminar se resolvian,
ofreciéndose todos á una suerte,
á un mismo caso y á una misma muerte.

Aunque el temor allí tras esto vino,
en sus valientes brazos se atrevieron,
y á su próspera suerte y buen destino
el dudoso suceso cometieron:
no dos leguas andadas del camino,
las amigas cabezas conocieron,
de los sangrientos cuerpos apartadas,
y en empinados troncos levantadas.

No el horrendo espectáculo presente
causó en los firmes ánimos mudanza;
antes con ira y cólera impaciente
se encienden mas, sedientos de venganza:
y de rabia incitados nuevamente
maldicen y murmuran la tardanza:
solo Valdivia calla y teme el punto;
pero rompió el silencio y pena junto

Diciendo: ¡oh compañeros! do se encierra
todo esfuerzo, valor y entendimiento:
ya veis la desvergüenza de la tierra,
que en nuestro daño dá bandera al viento:
veis quebrada la fe, rota la guerra,
los pactos van del todo en rompimiento:
siento la áspera trompa en el oido,
y veo un fuego diabólico encendido.

Bien conoceis la fuerza del estado,
con tanto daño nuestro autorizada:
mirad lo que Fortuna os ha ayudado
guiando con su mano vuestra espada;
el trabajo y la sangre que ha costado,
que de ella está la tierra alimentada;
y pues tenemos tiempo y aparejo,
será bueno tomar nuevo consejo.

Quien estos son tendreis en la memoria,
pues hay tanta razon de conocellos,
que si de ellos no hubiésemos vitoria
y en campo no pudiésemos vencellos,
será tal su arrogancia y vanagloria,
que el mundo no podrá despues con ellos;
dudoso estoy, no sé, no sé qué haga
que á nuestro honor y causa satisfaga.

La poca edad y menos experiencia
de los mozos livianos que allí había,
descubrió con la usada inadvertencia
á tal tiempo su necia valentía,
diciendo: ¡oh capitan! danos licencia,
que solos diez sin otra compañía
el bando asolaremos araucano,
y harem s el camino y paso llano.

Lo que jamas hicimos en estrecho,
no es bien por nuestro honor que lo hagamos,
pues cierto es, que cuanto habemos hecho,
volviendo atras un paso, lo manchamos:

mostremos al peligro osado pecho,
que en él está la gloria que buscamos.
Valdivia, de la réplica sentido,
enmudeció de rabia y de corrido.
¡Oh Valdivia, baron acreditado!
¡cuánto la verde plática sentiste!
no solias tú temer como soldado;
mas de buen capitan ahora temiste:
vas á precisa muerte condenado,
que como diestro, y sábio lo entendiste;
pero quieres perder antes la vida
que sea en tí una flaqueza conocida.
En esto acaso llega un indio amigo,
y á sus pies en voz alta arrodillado
le dice: ¡oh capitan! mira que digo
que no pases el término vedado:
veinte mil conjurados, yo testigo,
en Tucapel te esperan, protestado
de pasar sin temor la muerte honrosa
antes que vivir vida vergonzosa.
Alguna turbacion dió de repente
lo que el amigo bárbaro propuso:
discurre un miedo helado por la gente;
la triste muerte en medio se les puso:
pero el gobernador osadamente,
que tambien hasta allí estuvo confuso,
les dice: caballeros, qué dudamos?
¿sin ver los enemigos nos turbamos?
Al caballo con ánimo hiriendo,
sin mas les persuadir, rompe la via,
de los miembros el miedo sacudiendo,
le sigue la esforzada compañía:
y en breve espacio el valle descubriendo
de Tucapel, bien lejos parecia
el muro, antes vistoso levantado,
por los anchos cimientos asolado.

Valdivia aquí paró, y dijo: ¡oh constante
española nacion de confianza!
por tierra está el castillo tan pujante,
que en él solo estribaba mi esperanza:
el pérfido enemigo veis delante;
ya os amenaza la contraria lanza:
en esto mas no tengo que avisaros,
pues solo el pelear puede salvaros.
Estaba como digo asi hablando,
que aun no acababa bien estas razones,
cuando por todas partes rodeando
los iban con espesos escuadrones,
las astas de anchos hierros blandeando,
gritando: engañadores y ladrones!
la tierra dejareis hoy con la vida,
pagándonos la deuda tan debida.
Viendo Valdivia serle ya forzoso
que la fuerza y fortuna se probase,
mandó que al escuadron menos copioso
y mas vecino, á fin que no cerrase,
saliese Bobadilla, el cual furioso,
sin que Valdivia mas le amonestase,
con poca gente y con esfuerzo grande,
asalta el escuadron de Mareande.
La piqueria del bárbaro calada,
á los pocos soldados atendía;
pero al tiempo del golpe levantada,
abriendo un gran portillo, se desvía:
dales sin resistir franca la entrada,
y en medio el escuadron los recogía;
las hileras abiertas se cerraron,
y dentro á los cristianos sepultaron.
Como el caiman hambriento, cuando siente
el escuadron de peces, que cortando
viene con gran bullicio la corriente,
el agua clara en torno alborotando;

que abriendo la gran boca, cautamente
recoge allí el pescado, y apretando
las cóncavas quijadas lo deshace,
y al insaciable vientre satisface:
Pues de aquella manera recogido
fue el pequeño escuadron del homicida,
y en un espacio breve consumido,
sin escapar cristiano con la vida:
ya el araucano ejército movido
por la ronca trompeta obedecida,
con gran estruendo y pasos ordenados
cerraba sin temor por todos lados.
La escuadra de Mareande encarnizada,
tendia el paso con mas atrevimiento;
viéndola asi Valdivia adelantada,
no escarmentado, manda á su sargento,
que escogiendo la gente mas granada
dé sobre ella con recio movimiento;
pero diez españoles solamente
pusieron á la muerte osada frente.
Contra el escuadron bárbaro importuno,
ir se dejan sin miedo á rienda floja,
y en el encuentro de los diez, ninguno
dejó allí de sacar la lanza roja:
desocupó la silla solo uno,
que con la basca y última congoja
de la rabiosa muerte el pecho abierto,
sobre la llaga en tierra cayó muerto.
Y los nueve despues tambien cayeron,
haciendo tales hechos señalados,
que digna y justamente merecieron
ser de la eterna fama levantados:
hechos pedazos todos diez murieron,
quedando de su muerte antes vengados:
en esto la española trompa oida
dió la postrer señal de arremetida.

Salen los españoles de tal suerte
los dientes y las lanzas apretando,
que de cuatro escuadrones, al mas fuerte
le van un largo trecho retirando:
hieren, dañan, tropellan, dan la muerte,
piernas, brazos, cabezas cercenando:
los bárbaros por esto no se admiran,
antes cobran el campo y los retiran.

Sobre la vida y muerte se contiende,
perdone Dios á aquel que allí cayere;
del un bando y del otro asi se ófende,
que de ambas partes mucha gente muere:
bien se estima la plaza y se defiende;
volver un paso atras ninguno quiere:
cubre la roja sangre todo el prado,
tornándole de verde colorado.

Del rigor de las armas homicidas
los templados arneses reteñian,
y las vivas entrañas escondidas
con carniceros golpes descubrian:
cabezas de los cuerpos divididas,
que aun el vital espíritu tenian,
por el sangriento campo iban rodando,
vueltos los ojos ya paladeando.

El enemigo hierro riguroso
todo en color de sangre lo convierte;
siempre el acometer es mas furioso,
pero ya el combatir es menos fuerte:
ninguno alli pretende otro reposo
que el último reposo de la muerte:
el mas medroso atiende con cuidado
á solo procurar morir vengado.

La rabia de la muerte y fin presente
crió en los nuestros fuerza tan extraña,
que con deshonra y daño de la gente
pierden los araucanos la campaña:

al fin dan las espaldas, claramente
suenan voces: vitoria! España! España!
mas el incontrastable y duro hado
dió un extraño principio á lo ordenado.
Un hijo de un cacique conocido,
que á Valdivia de page le servia,
acariciado dél y favorido,
en su servicio á la sazon venia:
del amor de su patria conmovido,
viendo que á mas andar se retraía,
comienza á grandes voces á animarla,
y con tales razones á incitarla:
¡Oh ciega gente, del temor guiada!
¿á dó volveis los temerosos pechos?
que la fama en mil años alcanzada
aqui perece y todos vuestros hechos:
la fuerza pierden hoy, jamas violada,
vuestras leyes, los fueros y derechos:
de señores, de libres, de temidos,
quedais siervos, sujetos y abatidos.
Manchais la clara estirpe y decendencia,
y enjerís en el tronco generoso
una incurable plaga, una dolencia,
un deshonor perpetuo, ignominioso:
mirad de los contrarios la impotencia,
la falta del aliento, y el fogoso
latir de los caballos, las hijadas
llenas de sangre y de sudor bañadas.
No os desnudeis del hábito y costumbre
que de nuestros abuelos mantenemos,
ni el araucano nombre, de la cumbre
á estado tan infame derribemos:
huid el grave yugo y servidumbre;
al duro hierro osado pecho demos;
¿por qué mostrais espaldas esfórzadas
que son de los peligros reservadas?

Fijad esto que digo en la memoria,
que el ciego y torpe miedo os va turbando;
dejad de vos al mundo eterna historia,
vuestra sujeta patria libertando:
volved, no rehuseis tan gran vitoria,
que os está el hado próspero llamando:
á lo menos firmad el pie ligero,
vereis como en defensa vuestra muero.

En esto una nervosa y gruesa lanza
contra Valdivia, su señor, blandia:
dando de sí gran muestra y esperanza;
por mas los persuadir arremetia:
y entre el hierro español asi se lanza
como con gran calor en agua fria
se arroja el ciervo en el caliente estío
para templar el sol con algun frio.

De solo el primer bote uno atraviesa,
otro apunta por medio del costado,
y aunque la dura lanza era muy gruesa
salió el hierro sangriento al otro lado:
salta, vuelve, revuelve con gran priesa,
y barrenando el muslo á otro soldado,
en él la fuerte piça fue rompida,
quedando un grueso trozo en la herida.

Rota la asta dañosa, luego aferra
del suelo una pesada y dura maza;
mata, hiere, destroza y echa á tierra,
haciendo en breve espacio larga plaza:
en él se resumió toda la guerra;
cesa el alcance y dan en él la caza;
mas él aqui y alli va tan liviano,
que hieren por herirle el aire vano.

¿De quién prueba se oyó tan espantosa,
ni en antigua escritura se ha leïdo,
que estando de la parte vitoriosa
se pase á la contraria del vencido?

y que solo valor, y no otra cosa,
de un bárbaro muchacho, haya podido
arrebatar por fuerza á los cristianos
una tan gran vitoria de las manos?
No los dos Publios Decios, que las vidas
sacrificaron por la patria amada,
ni Curcio, Horacio, Scevola y Leonidas
dieron muestra de sí tan señalada:
ni aquellos que en las guerras mas reñidas
alcanzaron gran fama por la espada,
Furio, Marçelo, Fulvio, Cincinato,
Marco Sergio, Filon, Sceva y Dentato.
Decidme: estos famosos, ¿qué hicieron
que al hecho deste bárbaro igual fuese?
¿qué empresa ó qué batalla acomentieron
que á lo menos en duda no estuviese?
¿á qué riesgo y peligro se pusieron
que la sed del reinar no los moviese;
y de intereses grandes insistidos
que á los tímidos hacen atrevidos?
Muchos emprenden hechos hazañosos
y se ofrecen con ánimo á la muerte,
de fama y vanagloria codiciosos,
que no saben sufrir un golpe fuerte:
mostrándose constantes y animosos,
hasta que ven ya declinar su suerte,
faltándoles valor y esfuerzo á una,
roto el crédito fragil de fortuna.
Este el decreto y la fatal sentencia,
en contra de su patria declarada,
turbó y redujo á nueva diferencia,
y al fin bastó á que fuese revocada:
hizo á Fortuna y Hados resistencia,
forzó su voluntad determinada,
y contrastó el furor del vitorioso,
sacando vencedor al temeroso.

Estaba el suelo de armas ocupado,
y el desigual combate mas revuelto,
cuando Caupolicano reportado,
á las amigas voces habia vuelto:
tambien habia sus gentes reparado,
con vergonzoso ardor en ira envuelto,
de ver que un solo mozo resistia
á lo que tanta gente no podia.

Cual suele acontecer á los de honrosos
ánimos, de repente inadvertidos,
ó cuando en los lugares sospechosos
piensan otros que van desconocidos,
que en pendencias y encuentros peligrosos
huyen; pero si ven que conocidos
fueron de quien los sigue, avergonzados,
vuelven furiosos, del honor forzados:

Asi los araucanos revolviendo
contra los vencedores arremeten;
y las rendidas armas esgrimiendo,
á voces de morir todos prometen:
treme y gime la tierra del horrendo
furor con que ambas partes se acometen,
derramando con rabia y fuerza brava
aquella poca sangre que quedaba.

Diego Oro allí derriba á Paynaguala,
que de una punta le atraviesa el pecho;
pero Caupolicano le señala,
dejándole gozar poco del hecho:
al sesgo la ferrada maza cala,
aunque el furioso golpe fue al derecho;
pues quedó por de dentro la celada
de los bullentes sesos rociada.

Tras este otro tendió desfigurado,
tanto que nunca mas fue conocido;
que la armada cabeza y todo el lado
donde el golpe alcanzó quedó molido:

Valdivia con Ongolmo se ha topado,
y hánse el uno al otro acometido,
hiere Valdivia á Ongolmo en una mano,
haciendo el araucano el golpe en vano.
Pasa recio Valdivia, y va furioso,
que con Ongolmo mas no se detiene,
y adonde Leucoton, mozo animoso,
estaba en una gran pendencia, viene:
que contra Juan de Lamas y Reinoso
solo su parte y opinion mantiene;
el cual con su destreza y mucho seso
la guerra sustentaba en igual peso.
Partióse esta batalla, porque cuando
Valdivia llegó adonde combatia,
parte acudió del araucano bando,
que en su ayuda y defensa se metia:
fuese el daño y destrozo renovando;
de un cabo y de otro gente concurría:
sube el alto rumor á las estrellas,
sacando de los hierros mil centellas.
Gran rato anduvo en término dudoso
la confusa vitoria de esta guerra;
lleno el aire de estruendo sonoroso,
roja de sangre y húmida la tierra:
quién busca y solo quiere un fin honroso,
quién á los brazos con el otro cierra,
y por darle mas presto cruda muerte
tienta con el puñal lo menos fuerte.
A Juan de Gudiel no le fue sano
el tenerse en la lucha por maëstro,
porque sin tiempo y con esfuerzo vano
cerró con Guaticol, no menos diestro:
y en áquella sazon Puren, su hermano,
que estaba cerca dél, en el siniestro
lado le abrió con daga una herida,
por do la muerte entró y salió la vida.

Andres de Villaroel, ya enflaquecido
por la falta de sangre derramada,
andaba entre los bárbaros metido
procurando la muerte mas honrada.
Tambien Juan de las Peñas, mal herido,
rompiendo por la espesa gente armada,
se puso junto dél; y asi la suerte
los hizo á un tiempo iguales en la muerte.

Era la diferencia incomparable
del número infiël al bautizado:
es el un escuadron inumerable,
el otro hasta sesenta numerado:
ya incierta la Fortuna variable,
que dudosa hasta entonces habia estado,
aprobó la maldad, y dió por justa
la causa y opinion hasta alli injusta.

Dos mil amigos bárbaros soldados,
que el bando de Valdivia sustentaban,
en el flechar del arco ejercitados,
el sangriento destrozo acrecentaban
derramando mas sangre, y esforzados,
en la muerte tambien acompañaban
á la española gente, no vencida
en cuanto sustentar pudo la vida.

Cuando de aqueste y cuando de aquel canto
mostraba el buen Valdivia esfuerzo y arte,
haciendo por la espada todo cuanto
pudiera hacer el poderoso Marte:
no basta á reparar él solo tanto,
que falta de los suyos la mas parte:
los otros, aunque ven su fin tan cierto,
ningun medio pretenden ni concierto.

De dos en dos, de tres en tres cayendo
iba la desangrada y poca gente,
siempre el ímpetu bárbaro creciendo,
con el ya declarado fin presente:

fuese el número flaco resumiendo
en catorce soldados solamente,
que constantes rendir no se quisieron
hasta que al crudo hierro se rindieron.

Solo quedó Valdivia acompañado
de un clérigo, que acaso allí venia;
y viendo así su campo destrozado,
el mal remedio y poca compañía,
dijo: Pues pelear es excusado,
procuremos vivir por otra vía;
pica en esto al caballo á toda prisa,
tras él corriendo el clérigo de misa.

Cual suelen escapar de los monteros
dos grandes javalis fieros, cerdosos,
seguidos de solícitos rastreros
de la campestre sangre codiciosos:
y salen en su alcance los ligeros
lebreles irlandeses generosos;
con no menor codicia y pies livianos
arrancan tras los míseros cristianos.

Tal tempestad de tiros, Señor, lanzan,
cual el turbion que granizando viene:
en fin, á poco trecho los alcanzan,
que un paso cenagoso los detiene:
los bárbaros sobre ellos se abalanzan:
por valiente el postrero no se tiene:
murió el clérigo luego, y maltratado
trujeron á Valdivia ante el senado.

Caupolican, gozoso en verle vivo
y en el estado y término presente,
con voz de vencedor y gesto altivo
le amenaza y pregunta juntamente.
Valdivia, como mísero cautivo,
responde y pide humilde y obediente
que no le dé la muerte, y que le jura
dejar libre la tierra en paz segura.

Cuentan, que estuvo de tomar movido
del contrito Valdivia aquel consejo;
mas un pariente suyo empedernido,
á quien él respetaba por ser viejo,
le dice: por dar crédito á un rendido
quieres perder tal tiempo y aparejo?
y apuntando á Valdivia en el celebro
descarga un gran baston de duro enebro.

Como el furioso toro, que apremiado
con fuerte amarra al palo, está bramando,
de la tímida gente rodeado,
que con admiracion le está mirando;
y el diestro carnicero ejercitado,
el grave y duro mazo levantando,
récio al cogote cóncavo desciende,
y muerto estremeciéndose le tiende:

Asi el determinado viejo cano,
que á Valdivia escuchaba con mal ceño,
ayudándose de una y otra mano,
en alto levantó el ferrado leño:
no hizo el crudo viejo golpe en vano,
que á Valdivia entregó al eterno sueño,
y en el suelo con súbita caïda,
estremeciendo el cuerpo, dió la vida.

Llamábase este bárbaro Leocato,
y el gran Caupolican dello enojado,
quiso enmendar el libre desacato,
pero fue del ejército rogado:
salió el viejo de aquello al fin barato,
y el destrozo del todo fue acabado,
que no escapó cristiano de esta prueba
para poder llevar la triste nueva.

Dos bárbaros quedaron con la vida
solos de los tres mil; que como vieron
la gente nuestra rota y de vencida,
en un jaral espeso se escondieron:

de alli vieron el fin de la reñida
guerra, y puestos en salvo lo dijeron,
que como las estrellas se mostraron,
sin ser de nadie vistos se escaparon.
La escura noche en esto se subia
á mas andar á la mitad del cielo,
y con las alas lóbregas cubria
el orbe y redondez del ancho suelo:
cuando la vencedora compañía,
arrimadas las armas sin recelo,
danzas en anchos cercos ordenaban,
donde la gran vitoria celebraban.
Fue la nueva en un punto discurriendo
por todo el araucano regimiento,
y antes que el Sol se fuese descubriendo
el campo se cubrió de bastimento:
gran multitud de gente concurriendo,
se forma un general ayuntamiento
de mozos, viejos, niños y mugeres,
partícipes en todos los placeres.
Cuando la luz las aves anunciaban,
y alegres sus cantares repetian,
un sitio de altos árboles cercaban,
que una espaciosa plaza contenian:
y en ellos las cabezas empalaban
que de españoles cuerpos dividian:
los troncos, de sus ramas despojados,
eran de los despojos adornados;
Y dentro de aquel círculo y asiento,
cercado de una amena y gran floresta,
en memoria y honor del vencimiento,
celebran de beber la alegre fiesta:
el vino asi aumentó el atrevimiento
que España en gran peligro estaba puesta;
pues que promete el mínimo soldado
de no dejar cimiento levantado.

Era alli la opinion generalmente
que sin tardar, doblando las jornadas,
partiese un grueso número de gente
á dar en las ciudades descuidadas:
que tomadas de salto y de repente,
serian con solo el miedo arruinadas;
y la patria en su honor restituida
no dejando cristiano con la vida.

Y dado orden bastante, y esto hecho,
para acabar de ejecutar su saña,
con gran poder y ejército, de hecho
querian pasar la vuelta de la España:
pensándola poner en tanto estrecho,
por fuerza de armas, puestos en campaña,
que fuesen cultivadas las iberas
tierras de las naciones extrangeras.

El hijo de Leocano bien entiende
el vano intento, y quiere desviarlo,
que como diestro y sábio, otro pretende,
y por mejor camino enderezarlo:
el tiempo espera y la sazon atiende
que estén mejor dispuestos á tratarlo:
la fiesta era acabada y borrachera,
cuando á todos los habla en tal manera:

Menos que vos, señores, no pretendo
la dulce libertad tan estimada,
ni que sea nuestra patria, yo defiendo,
en el sublime trono restaurada:
mas hase de atender á que, pudiendo
ganar, no se aventure á perder nada;
y asi, con este celo y fin, procuro
no poner en peligro lo seguro.

Tomad con discrecion los pareceres
que van á la razon mas arrimados,
pues cobrar vuestros hijos y mugeres
está en ir los principios acertados:

vuestra fama, el honor, tierra y haberes,
á punto estan de ser recuperados;
que el Tiempo, que es el padre del consejo,
en las manos nos pone el aparejo.
A Valdivia y los suyos habeis muerto,
y una importante plaza destruido:
venir á la venganza será cierto
luego que en las ciudades sea sabido:
demos al enemigo el paso abierto:
esto asegura mas nuestro partido:
vengan, vengan con furia á rienda suelta,
que dificil será despues la vuelta.
La vitoria tenemos en las manos,
y pasos en la tierra mil seguros,
de ciénagas, lagunas y pantanos,
espesos montes ásperos y duros:
mejor pelean aquí los araucanos:
españoles mejor dentro en sus muros:
cualquier hombre, en su casa acometido,
es más sábio, mas fuerte y atrevido.
Esto os vengo á decir, porque se entienda
cuanto con mas seguro acertaremos,
para poder tomar la justa enmienda,
que en sitios escogidos esperemos,
dónde no habrá en el mundo quien defienda
la razon y derecho que tenemos:
cuando temor tuviesen de buscarnos,
á sus casas iremos á alojarnos.
Con atencion de todos escuchada
fue la oracion que el general hacia,
siendo de los mas de ellos aprobada;
por ver que á su remedio convenia;
La gente ya del todo sosegada,
Caupolican al jóven se volvia
por quien fue la vitoria, ya perdida,
con milagrosa prueba conseguida.

Por darle mas favor, lo tenia asido
con la siniestra de la diestra mano,
diciéndole: ¡oh varon, que has estendido
el claro nombre y límite araucano!
por tí ha sido el estado redimido,
tú le sacaste del poder tirano:
á tí solo se debe esta vitoria,
digna de premio y de inmortal memoria.

Y señores, pues es tan manifiesto
(esto dijo volviéndose al senado)
el punto en que Lautaro nos ha puesto,
(que asi el valiente mozo era llamado):
yo por remuneralle en algo desto,
con vuestra autoridad que me habeis dado,
por paga, aunque á tal deuda insuficiente,
le hago capitan y mi teniente.

Con la gente de guerra que escogiere,
pues que ya de sus obras sois testigos,
en el sitio que mas le pareciere
se ponga á recibir los enemigos,
adonde hasta que vengan los espere;
porque yo con la resta y mis amigos
ocuparé la entrada de Elicura,
aguardando la misma coyuntura.

Del grato mozo el cargo fue acetado,
con el favor que el general le daba:
aprobólo el comun aficionado;
si á alguno le pesó no lo mostraba:
y por el orden y uso acostumbrado
el gran Caupolican le tresquilaba,
dejándole el copete en trenza largo,
insignia verdadera de aquel cargo.

Fue Lautaro industrioso, sábio, presto,
de gran consejo, término y cordura,
manso de condicion y hermoso gesto,
ni grande ni pequeño de estatura:

el ánimo en las cosas grandes puesto,
de fuerte trabazon y compostura,
duros los miembros, recios y nervosos,
anchas espaldas, pechos espaciosos.
Por él las fiestas fueron alargadas,
ejercitando siempre nuevos juegos
de saltos, luchas, pruebas nunca usadas,
danzas de noche en torno de los fuegos.
Habia precios y joyas señaladas,
que nunca los troyanos ni los griegos,
cuando los juegos mas continuáron,
tan ricas y estimadas las sacaron.
Llegó á Caupolican estando en esto
un bárbaro turbado sin aliento,
perdida la color, mudado el gesto,
cubierto de sudor y polvoriento,
diciéndole: señor, socorre presto,
tu campo es roto y cierto el perdimiento;
que la gente que estaba en la emboscada
es muerta la mas della y destrozada.
Por tierra de Elicura son bajados
catorce valentísimos guerreros,
de corazas finísimas armados,
sobre caballos prestos y ligeros:
por estos solos son desbaratados
dos escuadrones tuyos de piqueros;
y visto el gran estrago, al improviso
partí corriendo á darte dello aviso.
Caupolican con muestra no alterada,
hizo que del temor se asegurase,
diciendo que tan poca gente armada
al cabo era imposible que escapase;
y con la diligencia acostumbrada
mandó al nuevo teniente que guiase
con la mas presta gente por la via,
que luego con el resto le seguia.

Lautaro, en lo acetar no perezoso,
escogiendo una escuadra suficiente,
marcha con tanta priesa, codicioso
de ganar opinion entre la gente....
Mas de Marte el estruendo sonoroso
me llama, que me tardo injustamente:
de los catorce es tiempo que se trate,
y del sangriento y áspero combate.

Estiéndase su fama y sea notoria,
pues que tanto su espada resplandece;
y de ellos se eternice la memoria
si valor en las armas lo merece:
testimonio dará dello la historia;
pero acabar el canto me parece;
que á decir tan gran cosa no me atrevo,
sino es con nuevo aliento y canto nuevo.



CANTO IV.

Vienen catorce españoles por concierto á juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel: hallan los indios en una emboscada con los cuales tuvieron un porfiado reencuentro: llega Lautaro con gente de refresco: mueren siete españoles y todos los amigos que llevan: escápanse los otros por una gran ventura.

¡Cuán buena es la justicia y qué importante!
por ella son mil males atajados,
que si el rebelde arauco está pujante
con todos sus vecinos alterados,
y pasa su furor tan adelante,
fue por no ser á tiempo castigados:
la llaga que al principio no se cura
requiere al fin mas áspera la cura.

Que no es virtud, mas vicio y negligencia,
cuando de un daño otro mayor se espera,
el no curar con hierro la dolencia,
si del mal lo requiere la manera:
mas no con tal rigor que la clemencia
pierda su fuerza y la virtud entera;
clemente es y piadoso el que sin miedo
por escapar el brazo corta el dedo.

No quiero yo decir que á cada paso
traiga el hierro en la mano la justicia,
sino segun la gravedad del caso,
y la importancia y fin de la malicia:
pues vemos claro en el presente paso,
que al cabo corrompida de avaricia,
dió á la maldad lugar que se arraigase,
y en los ánimos mas se apoderase.

Mas no se ha de entender, como el liviano
que se entrega al primero movimiento,
que por ser justiciero es inhumano,
y por alcanzar crédito es sangriento;
y como aquel que con injusta mano,
sin término, sin causa y fundamento,
por solo liviandad y vanagloria,
quiere dejar de su maldad memoria.

No faltára materia y coyuntura
para mostrar la pluma aqui curiosa;
mas no quiero meterme en tal hondura,
que es cosa no importante y peligrosa:
el tiempo lo dirá, y no mi escritura,
que quizá la tendrán por sospechosa:
solo diré que es opinion de sabios,
que donde falta el rey sobran agravios.

Pero á nuestro propósito tornando,
dejaré de tratar de sinrazones,
que es trabajar en vano, derramando
al viento en el desierto las razones:
de los nuestros diré, que peleando
estaban con los fieros escuadrones,
ganando fama y prez, honor y gloria,
haciendo cosas dignas de memoria.

Fue hecho tan notable, que requiere
mucha atencion, y autorizada pluma:
y asi digo que aquel que lo leyere,
en que fue de los grandes se resuma.

diré cuanto en mi estilo yo pudiere,
aunque todo será una breve suma;
y los nombres tambien de los soldados,
que con razon merecen ser loados.

Almagro, Cortés, Córdova, Nereda,
Moran, Gonzalo Hernandez, Maldonado,
Peñalosa, Vergara, Castañeda,
Diego García Herrero el arriscado,
Pero-Niño, Escalona, y otro queda
con el cual es el número acabado:
don Leonardo Manrique es el postrero,
igual en el valor siempre al primero.

Estos catorce son los que venian
á verse con Valdivia en el concierto,
que del pueblo Imperial partido habian
sin saber que Valdivia fuese muerto:
por la alta cuesta de Puren subian,
y en el mas alto asiento y descubierto
los caminos de rama ven sembrados,
señal de paga y junta de soldados.

Conocen que la tierra está alterada,
y que de gentes hacen llamamiento;
no torcieron por esto la jornada,
ni les mudó el temor el firme intento:
la fresca y nueva Aurora colorada
daba con su venida gran contento,
y las sombras del Sol se retraían,
cuando el licúreo valle descubrian.

Aqui estaban los indios emboscados
esperando á los nuestros si viniesen,
por cogerlos sin orden descuidados
antes que de peligro se advirtiesen:
de un bosque á mano hecho rodeados,
para que más cubiertos estuviesen,
hasta que, inadvertidos del engaño,
pudiesen á su salvo hacer el daño.

Los catorce españoles abajaban
por un repecho, al valle enderezando,
donde ocultos los bárbaros estaban
cubiertos de los ramos aguardando:
los nuestros con el bosque aun no igualaban
cuando los indios, súbito sonando
bárbaras trompas, roncos tamborinos,
los pasos ocuparon y caminos.

En cazador no entró tanta alegría,
cuando mas sin pensar la liebre echada
de súbito por medio de la via
salta de entre los pies alborotada;
cuanto causó la muestra y vocería
del vecino escuadron de la emboscada,
á nuestros españoles, que al instante
arrojan los caballos adelante.

En un punto los bárbaros formaron
de puntas de diamante una muralla;
pero los españoles no pararon
hasta de parte á parte atravesalla:
hombres; picas y mazas tropellaron,
revuelven, por dar fin á la batalla,
con mas valor y esfuerzo que esperanza,
vista de los contrarios la pujanza.

De tres dos escuadrones desviados
el paso les cercaron y la huida:
viéndose así de bárbaros cercados,
piensan abrir por ellos la salida:
otra vez arremeten apiñados,
y aunque una escuadra dellos fue rompida
volvieron á su puesto recogidos,
quedando desta vuelta mal heridos.

Dos veces embistieron desta suerte,
las cerradas escuadras tropellando;
mas viéndose cercanos á la muerte,
prosiguen su derrota, enderezando

al desolado sitio y casa fuerte,
á diestro y á siniestro derribando;
que los indios entre ellos van mezclados,
hiriéndolos tambien por todos lados.
Estréchase el camino de Elicura
por la pequeña falda de una sierra:
la causa y la razon de esta angostura
es un lago que abajo el valle cierra:
para los nuestros esto fue ventura,
pues siguen su jornada haciendo guerra;
que solo un español que atras venia
la bárbara arrogancia resistia.
Ellos que iban asi por una espesa
mata, al calar de un áspero collado
ven un indio salir á toda priesa,
el vestido y el rostro demudado,
el cual en el camino se atraviesa,
y del seno sacó un papel cerrado
que Juan Gomez de Almagro el propio dia,
dando aviso á Valdivia escrito habia.
El mismo mensagero ven lloroso,
que dellos adelante habia partido:
de Valdivia el suceso lastimoso
les dijo, y lo demas acontecido:
y que el castillo el bárbaro furioso
le habia por los cimientos destruido.
Viendo el remedio y presupuesto vano;
tomaron á la diestra un sitio llano.
Era el sitio de lomas rodeado,
aunque por esta senda y paso abierto,
del Este, Norte, Oeste está abrigado,
y el Sur le hiere casi en descubierto:
por dó seguido va el camino usado,
de los ligeros bárbaros cubierto
en espaciosa hila prolongada,
sedientos de la sangre bautizada.

Tras los nuestros los bárbaros saliendo,
en el llano asimismo repararon,
y la gente esparcida recogiendo,
dos gruesos escuadrones reformaron:
los catorce españoles, conociendo
que era mejor romper, se aparejaron;
mueven los escuadrones concertados
por el fuerte Lineoya gobernados.

Con flautas, cuernos, roncos instrumentos,
alto estruendo, alaridos desdeñosos,
salen los fieros bárbaros sangrientos
contra los españoles valerosos,
que convertir esperan en lamentos
los arrogantes gritos orgullosos:
tanto el esfuerzo y ánimo les crece,
que poca gente en contra les parece.

Aunque allí un español desfigurado,
que yo no digo aquí cual dellos era,
dijo, viendo tan poca gente al lado:
¡oh si nuestro escuadron de ciento fuera!
pero Gonzalo Hernandez animado,
vuelto al cielo, responde: á Dios pluguiera
fuéramos solos doce, y dos faltáran,
que doce de la fama nos llamáran.

Los caballos en esto apercibiendo,
firmes y recogidos en las sillas,
sueltan las riendas, y los pies batiendo,
parten contra las bárbaras cuadrillas:
las poderosas lanzas requiriendo,
afiladas en sangre las cuchillas,
llamando en alta voz á Dios del cielo,
hacen gemir y retemblar el suelo.

Calan de fuerte fresno como vigas
los bárbaros las picas al momento,
de la suerte que suelen las espigas
derribarse al furor del regio viento:

no bastaron las armas enemigas
al ímpetu español y movimiento,
que los nuestros rompieron por un lado,
dejando el escuadron aportillado.
A un tiempo los caballos volteando,
lejos las rotas lanzas arrojadas,
vuelven al enemigo y fiero bando,
en alto ya desnudas las espadas:
otra vez arremeten, no bastando
infinidad de puntas enastadas,
puestas en contra de la airada gente,
á que no se mezclasen igualmente.
Los unos, que no saben ser vencidos,
los otros á vencer acostumbrados,
son causa que se aumenten los heridos,
y que bajen los brazos mas pesados:
de llamas los arneses encendidos,
con gran fuerza y presteza golpeados,
formaban un rumor, que el alto cielo
del todo parecia venir al suelo.
El buen Gonzalo Hernandez, presumiendo
imitar al de Córdoba famoso,
iba por el ejército rompiendo,
no menos diestro y fuerte que animoso.
Peñalosa y Vergara conociendo
que vencer ó morir era forzoso,
hacen de sus personas arriscadas
de esfuerzo y fuerza pruebas señaladas.
El valiente soldado de Escalona,
la rigurosa espada ejercitando,
aventura y señala su persona,
mil bárbaros valientes señalando:
don Leonardo Manrique no perdona
los golpes que recibe, antes doblando
los suyos con gran priesa y mayor ira,
los castiga, maltrata y los retira.

Otro, pues, que de Córdoba se llama,
mozo de grande esfuerzo y valentía,
tanta sangre araucana allí derrama,
que hizo mas de cien viudas aquel dia:
por una, que venganza al cielo clama,
saltan todas las otras de alegría;
que al fin son las mugeres variables,
amigas de mudanzas y mudables.

Cortés y Pero-Niño por un lado
hacen un fiero estrago y cruda guerra;
Moran, Gomez de Almagro y Maldonado
siembran de cuerpos bárbaros la tierra:
el Herrero, como hombre acostumbrado
y diestro en golpear, mata y atierra:
pues Nereda tambien, que era maëstro,
hiere, derriba á diestro y á siniestro.

Como si fueran á morir desnudos,
las rabiosas espadas así cortan;
cou tanta fuerza bajan golpes crudos,
que poco fuertes armas les importan:
lo que sufrir no pueden los escudos,
los insensibles cuerpos los comportan
en furor encendidos, de tal suerte,
que no sienten los golpes ni aun la muerte.

Antes de rabia y cólera abrasados,
con poderosos golpes los martillan,
y de muchos con fuerza redoblados
los cargados caballos arrodillan:
abollan los arneses relevados,
abren, desclavan, rompen, deshevillan:
ruedan las rotas picas y celadas,
y el aire atruena el son de las espadas.

Lincoya combatiendo y derribando
anima con hervor los escuadrones,
contra su fuerza y maza no bastando
de crestas altas fuertes morriones.

Cortés un golpe suyo reparando?
la cabeza inclinó entre los arzones,
llevándole el caballo medio muerto,
suelto el freno, corriendo á campo abierto.
Con el cuello inclinado adormecido
acá y allá el caballo le traía;
pero tornando luego en su sentido,
vergonzoso las riendas recogia:
vuelve á buscar aquel que le ha herido,
y al punto que miró le conocia,
que al mayor araucano que alli andaba
de los hombros arriba le llevaba.
Conócelo tambien en la braveza
que mostraba, animando alli su gente,
y en la facilidad y ligereza
con que esgrime la maza diestramente.
Como el suelto lebrel, por la maleza
se arroja al javalí fiero y valiente,
así asalta Cortés al araucano,
la adarga al pecho, el duro hierro en mano.
Al través le hirió por un costado,
no le valiendo el coselete duro;
mas de aquella menera le ha mudado,
que mudára un peñasco ó fuerte muro:
pasa récio el caballo espoleado,
y Cortés de Lincoya ya seguro,
por medio de la espesa escuadra hiende,
y al un lado y al otro muchos tiende.
Almagro cuerpo á cuerpo combatía
con el jóven Guecon, soldado fuerte;
pero presto la lid se decidia,
que poco se mostró neutral la suerte:
de un golpe Almagro al bárbaro heria
por donde una ancha puerta abrió á la muerte,
sale de ella de sangre roja un rio,
y ocupa el desangrado cuerpo el frio.

Airado Castañeda en la batalla
mata, atropella, daña, hiere, ofende;
acaso á Narpo á la derecha halla,
y allí la rigurosa espada tiende:
no le valió el jubon de fina malla,
ni un peto de dos cueros le defiende,
que la furiosa punta no calase,
y el cuerpo del espíritu privase.

La gente una contra otra se embravece,
crece el hervor, coragé y la revuelta,
y el rio la corriente sangre crece,
bárbara y española toda envuelta:
del grueso aliento el aire se escurece,
alguna infernal furia andaba suelta,
que por llevar á tantos en un dia
diabólico furor les infundia.

Tanto el teson entre ellos ha durado,
que espanta como alzar pueden los brazos;
estaban por el uno y otro lado
de amontonados cuerpos los ribazos.
El Sol habia en su curso declinado,
cuando ya sin vigor hechos pedazos,
de manera igualmente enflaquecian,
que moverse adelante no podian.

Como el aliento y fuerzas van faltando
á dos valientes toros animosos
cuando en la fiera lucha porfiando
se muestran igualmente poderosos,
que se van poco á poco retirando
rostro á rostro con pasos perezosos,
cubiertos de un humor y espeso aliento,
y esparcen con los pies la arena al viento;

Los dos puestos así se retiraron,
sin sangre y sin vigor desalentados,
que jamas las espaldas se mostraron,
mas siempre frente á frente careados:

ambos á un mismo tiempo repararon;
á un punto hicieron alto, y desviados
los unos de los otros tanto estaban,
que aun un tiro de flecha no distaban.
Mirábanse del uno y otro bando
en el sitio y contrario alojamiento,
cubiertos de agua y sangre, y jadeando,
que no pueden hartarse del aliento:
los fatigados miembros regalando,
el pecho y boca abierta al fresco viento,
que con templados soplos respiraba,
mitigando del Sol la fuerza brava.
Y desde alli con lenguas injuriosas
á falta de las manos se ofendian:
diciéndose palabras afrentosas
la muerte con rigor se prometian;
y á vueltas de esto flechas peligrosas
los enemigos arcos despedian,
que aunque el aliento y fuerza les faltaba
el rabioso rencor las arrojaba.
Yo no sé de cual brazo descansado
una flecha con ímpetu saliendo,
á manera de rayo arrebatado,
el aire con rumor iba rompiendo:
tocó en soslayo á Córdoba en un lado,
y la furiosa punta no prendiendo,
torció á Moran el curso, y encarnada
por el ojo derecho abrió la entrada.
El buen Moran con mano cruda y fuerte
sacó la flecha y ojo en ella asido;
Gonzalo, al duro paso de la muerte
le apercibe, y esfuerza condolido;
pero Moran gritó: no estoy de suerte
que me sienta de esfuerzo enflaquecido;
que solo, asi herido, soy bastante
á vencer cuantos veis que estan delante.

Pica el caballo temerariamente,
que galopear no puede de cansado,
contra todo aquel número de gente,
que en escuadron estaba reformado:
pero Gonzalo Hernandez diligente
se le puso delante acelerado,
que yá Lincoya al paso le salia,
y al puesto, aunque por fuerza, le volvia.

Con grande alarde, estruendo y movimiento,
sobre la cumbre de una verde loma,
tendidas las banderas por el viento,
Lautaro con la presta gente asoma.
Como cuando de lejos el hambriento
leon, viendo la presa, placer toma,
y mira acá y allá, feroz rugiendo,
el bedijoso cuello sacudiendo;

Lautaro asi veloz, por un repecho
bajaba, enderezando á los de España,
pensando él solo dar fin á aquel hecho,
si no le desamparan la campaña.
Delante de su gente va gran trecho:
digna es de celebrarse tal hazaña;
solos catorce esperan, hechos piezas,
rotos los brazos, piernas y cabezas.

Cuatro mil sobrevienen vitoriosos,
apiñados los nuestros los esperan,
no de ver tanta gente temerosos,
porque aun morir con mas honor quisieran:
los fieros enemigos orgullosos
en alta voz gritaban: mueran! mueran!
y el Lincoyano ejército animado,
tambien acometió por otro lado.

Lanzaron los caballos los cristianos,
batiendo bien de espacio el hueco suelo.
contra los descansados araucanos
que fieros amenazan tierra y cielo:

vienen con tardos pies á prestas manos,
y del primer encuentro hecho un hielo
Pero-Niño tocó la blanca arena,
bañándola de sangre en larga vena.
Atravesóle el cuerpo la herida,
aunque en atribuirla hay desconcierto:
unos dicen que Angol fue el homicida,
otros que Leocoton, y esto es mas cierto:
cualquier de ellos que fue, de gran caida
Pero-Niño quedó en el campo muerto
con un trozo de pica atravesado,
donde fue del tropél despedazado.
Tambien el de Manrique volteando
á los pies de Lautaro muerto vino;
rompen los otros doce, enderezando
por las espesas armas al camino:
pero Ongolmo, los pies apresurando,
de un golpe derribó fuera de tino
á Nereda, que en guerras era experto;
Cortés de muy herido cayó muerto.
Tras él al suelo fue Diego García,
de una llaga mortal abierto el pecho;
de otro golpe Escalona se tendia
que Tucapel le acierta por derecho:
los demas españoles en la via
(considere quien ya se vió en estrecho)
con cuanta priesa baten las hijadas
de los lasos caballos desangradas.
El fiero Tucapel haciendo guerra
á todos con audacia los asalta,
y en viendo que estos dos baten la tierra,
gallardo por encima dellos salta:
topa á Almagro y con él ligero cierra,
en los pies levantado, y la maza alta,
que sobre él derribándola venia
con toda la pujanza que tenia.

O fue mal tiento, ó furia que llevaba,
ó que el Sumo Señor quiso librallo,
que el tiro á la cabeza señalaba,
y á dar vino á las ancas del caballo:
con tanta fuerza el golpe le cargaba,
que Almagro mas no pudo meneallo,
quedando derrengado de manera
que si fuera de masa ó blanda cera.

Almagro con presteza por un lado,
viendo el caballo cojo, se derriba,
ora fue su ventura y diestro hado,
ora siniestro del que tras él iba,
el cual era el valiente Maldonado,
que envuelto en sangre y polvo al punto arriba
que el golpe segundaba Tucapelo,
y por poco con él diera en el suelo.

Con el ginete estribo en el derecho
lado al bárbaro encuentra de pasada,
y cuatro ó cinco pasos ó mas trecho
lo lleva hácia delante por la estrada:
brama el bárbaro ardiendo de despecho;
víbora no se vió mas enconada,
ni pisado escorpion vuelve tan presto
como el indio volvió el airado gesto.

Muda el intento, muda la sentencia
que contra Juan de Almagro dado habia,
y la furiosa maza é impaciencia
al triste Maldonado revolvia:
cala un golpe con toda su potencia,
mas el presto caballo se desvía:
Tucapel de furioso el tiro yerra,
y el ferrado troncon metió por tierra.

No escapó Maldonado de la muerte,
que al punto llega el bravo Lemolemo
con un largo baston ñudoso y fuerte,
á manera de corvo y grueso remo:

y un golpe le señala de tal suerte,
que no le erró el ferrado y duro extremo,
ni celada prestó de estofa llena,
que los sesos saltaron por la arena.
En esto una gran nube tenebrosa,
el aire y cielo súbito turbando,
con una obscuridad triste y medrosa
del Sol la luz escasa fue ocupando:
salta Aquilon con furia procelosa
los árboles y plantas inclinando,
envuelto en raras gotas de agua gruesas,
que luego descargaron mas espesas.
Como el diestro atambor, que apercibiendo
al duro asalto y fiera batería,
va con los tardos golpes previniendo
la presta y animosa compañía;
pero el punto y señal última oyendo,
suena la horrenda y áspera armonía:
asi el negro nublado turbulento
lanza un diluvio súbito y violento.
En escura tiniebla el cielo vuelto,
la furiosa tormenta se esforzaba,
agua, piedras y rayos todo envuelto
en espesos relámpagos lanzaba:
el araucano ejército revuelto
por acá y por allá se derramaba:
crece la tempestad horrenda, tanto
que á los mas esforzados puso espanto.
De Juan Gomez la próspera ventura
hizo que al punto el cielo se cerrase,
y la tiniebla de la noche escura
gran rato en su favor se anticipase:
turbadó se metió en una espesura
hasta tanto que el ímpetu pasase
de aquella gente bárbara furiosa,
de la española sangre codiciosa.

Cuando vió en su violencia el torbellino,
y que él podia salir mas encubierto,
el bosque deja y toma su camino,
que el temor se le muestra bien abierto:
cayendo y levantando al cabo vino,
de sangre, lodo y de sudor cubierto,
junto donde los nuestros esperaban
si las furiosas aguas aplacaban.

Estaban del camino desviados,
y uno de los caballos relinchando,
el español con pasos sosegados
al alegre rumor se fue acercando:
llegó adonde los seis amedrentados
con baja voz estaban dél tratando,
y en aquella sazon se les presenta,
dándoles del suceso entera cuenta.

Con espanto fue luego conocido,
que entre ellos ya por muerto se tenia,
y cada uno de lástima movido,
á morir en su ayuda se ofrecia:
mas él como animoso y entendido,
viendo que aprovechar no le podia,
dice: do mí, señores, nadie cure,
la vida el que pudiere la asegure.

Esto no dijo bien, cuando esforzado
por el bosque tomó una senda incierta,
y aquella mas usada deja á un lado,
de gente y pueblos bárbaros cubierta:
otro trance mayor le está guardado;
pero pues hay de Chile historia cierta,
alli lo podrá ver el que quisiere,
si gana de saberlo le viniere.

El coronista Estrella escribe al justo
de Chilé y del Perú en la historia,
con tanta erudicion, que será justo
que dure eternamente su memoria:

y la vida de Carlos quinto augusto,
y en versos los encomios y la gloria
de varones ilustres en milicia,
gobernacion, en letras y justicia.

Vuelvo á los seis guerreros, que sintiendo
la desgracia de Almagro, lo mostraban;
pero ayudalle en ella no pudiendo,
á la Imperial ciudad enderezaban:
la tempestad furiosa iba creciendo,
relámpagos y truenos no cesaban,
hasta que salió el Sol y el claro dia
la plaza de Puren les descubria.

Era un castillo, el cual con poca gente
le habia Juan Gomez antes sustentado
hallándose una noche de repente
de multitud de bárbaros cercado:
repelidos al fin gallardamente
fue por su industria el cerco levantado:
no escribo esta batalla, aunque famosa,
por no tardarme tanto en cada cosa.

Alli los seis guerreros arribados
fueron con tierna muestra recibidos
de los caros amigos admirados
de verlos á tal término traidos;
míseros, afligidos, demudados,
flacos, roucos, deshechos, consumidos,
corriendo sangre y lodo, sin celadas,
las armas con las carnes destrozadas.

Casi veinte y cuatro horas sustentaron
las armas defendiendo su partido,
que nunca en este tiempo descansaron,
haciendo lo que habeis, Señor, oido:
un rato en el castillo reposaron,
del cual la noche atras habian salido;
no con poco temor de los de casa,
y mas cuando supieron lo que pasa.

La sangre les cuajó un temor helado,
gran turbacion les puso á todos cuando
el caso de Valdivia desastrado
les fueron por sus términos narrando:
y asi viendo el castillo mal parado,
de consejo comun, considerando
la pujanza que el bárbaro traía,
le dejaron desierto el mismo dia.

Acia Gautea tomaron la jornada,
llevando á Almagro acaso de camino,
que por venir la noche tan cerrada
libre salió del campo lautarino:
la fuerza fue por tierra derribada,
que luego el enemigo pueblo vino
talando municiones y comidas
que en el castillo estaban recogidas.

Dieron vuelta los bárbaros gozosos
hácia do su ejército venia,
retumbando en los montes cavernosos
el alegre rumor y vocería;
y por aquellos prados espaciosos,
con la alegre vitoria de aquel dia,
tales cantos y juegos inventaban
que el cansancio con ellos engañaban.

Juntos, el general con grave muestra
los habla y los recibe alegremente;
y asiendo blandamente de la diestra
al valiente Lautaro, su teniente,
una escuadra le entrega de maestra,
escogida, gallardo y buena gente,
en armas y trabajo ejercitada,
para cualquier empresa y gran jornada.

A Lautaro dejemos, pues, en esto,
que mucho su proceso me detiene:
forzoso á tratar dél volveré presto,
que llegar hasta Penco me conviene,

pues hace tanto á nuestro presupuesto
decir como á la guerra se previene
que sangrienta y mortal se aparejaba,
y el justo sentimiento que mostraba.

Ya la Fama, ligera embajadora
de tristes nuevas y de grandes males,
á Penco atormentaba de hora en hora,
esforzando su voz ruines señales:
cuando llegan los indios á deshora,
los dos que ya conté que en los jarales,
viendo á Valdivia roto, se escondieron,
y éstos el triste caso refirieron.

Por mensageros ciertos entendiendo
el duro y desdichado acaecimiento,
viejos, mugeres, niños concurriendo
se forma un triste y general lamento:
el cielo con aguda voz rompiendo,
hinchen de tristes lástimas el viento:
nuevas viudas, huérfanas, doncellas,
era una dolorosa cosa vellas.

Los blancos rostros, mas que flores bellos,
eran de crudos puños ofendidos,
y manojos dorados de cabellos
andaban por los suelos esparcidos;
vieran pechos de nieve y tersos cuellos
de sangre y vivas lágrimas teñidos;
y rotos por mil partes y arrojados
ricos vestidos, joyas y tocados.

No con menor estruendo los varones
de la edad mas robusta juntamente
daban de su dolor demostraciones,
pero con otro modo diferente:
suenan las armas, suenan municiones,
suena el nuevo aparato de la gente;
y la ronca trompeta del dios Marte
á guerra incita ya por toda parte.

Unos botan espadas afilaban,
otros petos mohosos enlucian,
otros las viejas cotas remallaban,
hierros otros en astas enjerian,
cañones reforzados apuntaban,
al viento las banderas descogian;
y en alardosa muestra los soldados
iban por todas partes ocupados.
Caudillo era y cabeza de la gente
Francisco Villagran, varon tenido
por sabio en la milicia y suficiente,
con suma diligencia prevenido:
de Pedro de Valdivia fue teniente,
despues de su persona obedecido:
sentido del suceso y caso fuerte
brama por la venganza de su muerte.
Las mugeres de nuevos alaridos
hieren el alto cóncavo del cielo,
viendo al peligro puestos los maridos
y ellas en tal trabajo y desconsuelo:
con lagrimosos ojos y gemidos,
echadas de rodillas por el suelo,
les ponen los hijuelos por delante;
pero cosa á moverlos no es bastante.
Ya de lo necesario aparejados
en demanda del bárbaro salian,
de arneses lucidísimos armados,
que vistosos de lejos parecian:
las mugeres por torres y tejados
con fijos ojos tiernos los seguian;
y echándoles de allí mil bendiciones,
vuelven á Dios el ruego y peticiones.
Del tropel se despiden ciudadano,
que del pueblo saliera á acompañallos,
y en busca del ejército araucano
pican á toda priesa los caballos:

dejan á la siniestra á Mareguano,
y á la diestra de Talca los vasallos;
hijo de Talcaguano, que su tierra
la ciñe casi en torno el mar y sierra.

De los seguros límites pasando,
pisan de Audalican la enjuta arena;
y el espacioso llano atravesando,
suben las lomas, y el rumor no suena;
y al pie del cerro andálico llegando,
sin entender lo que Lautaro ordena,
solo el miedo de entrar por el estado
les mitigó el furor demasiado.

Un paso peligroso, agrio y estrecho,
de la banda del Norte está á la entrada
por un monte asperísimo y derecho,
la cumbre hasta los cielos levantada:
está tras este un llano á poco trecho,
y luego otra menor cuesta tajada,
que divide el distrito andalicano
del fertil valle y límite araucano.

Esta cuesta Lautaro habia elegido
para dar la batalla, y por concierto
tenia todo su ejército tendido
en lo mas alto della y descubierto:
viendo que á pie en lo llano es mal partido
seguir á los caballos campo abierto,
el alto y primer cerro deja esento,
pensando allí alcanzarlos por aliento.

Porque se tome bien del sitio el tino
quiero aqui figurarle por entero:
la subida no es mala del camino,
mas todo lo demas despeñadero:
tiene al Poniente al bravo mar vecino,
que bate al pie de un gran derrumbadero,
y en la cumbre y mas alto de la cuesta
se allana cuanto un tiro de ballesta.

Estaba el alto cerro coronado
del poderoso ejército enemigo,
y el camino al entrar desocupado,
sin defensa ni estorbo, como digo:
pasado el primer monte, habia llegado
al pie deste segundo el bando amigo;
pero aqui Villagran confuso estuvo,
que el peligroso trance le detuvo.

Como el romano Cesar, receloso
el pie en el Rubicon fijó á la entrada,
pensando alli de nuevo el peligroso
hecho que acometia y gran jornada;
al fin soltó las riendas animoso,
diciendo: Sús! la suerte ya es echada....
así nuestro español rompió el camino,
dando libre la rienda á su destino.

Apenas el primer paso habia dado,
cuando luego tras él osadamente
por el fragoso monte levantado
alegre comenzó á subir la gente:
Lautaro sin moverse, arrinconado,
franca les da la entrada llanamente;
diez mil hombres gobierna, gente usada
en el duro ejercicio de la espada.

Tenia su campo en torno de la cuesta,
y mandado que nadie se moviese
un paso á comenzar la dura fiesta
hasta que el son de arremeter se oyese,
con una irremisible pena puesta
para aquel que del término saliese;
que estaban así quedos y callados
cual si fueran en mármoles mudados.

Pues la española gente, deseando
ejercitar la vencedora diestra,
se va á los enemigos acercando
por la banda del bárbaro siniestra:

Lautaro al puesto término llegando,
presenta la batalla cu bella muestra,
con gran rumor de bárbaras trompetas,
atambores, bocinas y cornetas.

Paréceme, Señor, que será justo
dar fin al largo canto en este paso,
porque el deseo del otro mueva el gusto,
y porque de cantar me siento laso.
Suplícoos que el tardar no os dé disgusto,
pareciéndoos que voy tan paso á paso,
que aun de gentes agravio una gran suma,
atento á no llevar prolija pluma.



CANTO V.

Continúase la muy reñida batalla que entre los españoles y los araucanos hubo en la cuesta de Andalican, donde por la astucia de Lautaro y el demasiado trabajo de los españoles, fueron los nuestros desbaratados, y muertos mas de la mitad de ellos, juntamente con la de tres mil indios amigos.

Siempre el benigno Dios, por su clemencia,
nos dilata el castigo merecido,
hasta ver sin enmienda la insolencia,
y el corazon rebelde endurecido:
y es tanta la dañosa inadvertencia,
que aunque vemos el término cumplido
y ejemplo del castigo en el vecino,
no queremos dejar el mal camino.
Dígolo, porque viene muy contenta
nuestra gente española á las espadas,
que en el fin de Valdivia no escarmienta,
ni mira haber seguido sus pisadas:

presto la vereis dar estrecha cuenta
de las culpas presentes y pasadas;
que el verdugo Lautaro, ardiendo en saña
se muestra con su gente en la campaña.

Villagran con la suya á punto puesto,
en el estrecho llano se detiene;
plantando seis cañones en buen puesto,
ordena aquí y allí lo que conviene:
estuvo sin moverse un rato en esto
por ver el orden que Lautaro tiene,
que ocupaba su gente tanto trecho
que mitigó el ardor de mas de un pecho.

De muchos fue esta guerra deseada;
pero sabe ora Dios sus intenciones,
viendo toda la cuesta rodeada
de gente en concertados escuadrones:
la sangre, del temor ya resfriada,
con presteza acudió á los corazones;
los miembros, del calor desamparados,
fueron luego de esfuerzo reformados.

Con nuevo encendimiento estan bramando,
porque la trompa del partir no suena;
tanto el trance y batalla deseando
que cualquiera tardanza les da pena.
De la otra parte el araucano bando,
sujeto á lo que su caudillo ordena,
rabiaba por cerrar; mas la obediencia
le pone duro freno y resistencia.

Como el feroz caballo, que impaciente,
cuando el competidor ve ya cercano,
bufa, relincha, y con soberbia frente
hiere la tierra de una y otra mano;
así el bárbaro ejército obediente,
viendo tan cerca el campo castellano,
gime por ver el juego comenzado,
mas no pasa del término asignado.

Desta manera, pues, la cosa estaba,
ganosos de ambas partes por juntarse;
pero ya Villagran consideraba
que era dalles mas ánimo el tardarse:
tres bandas de ginetes apartaba
de aquellos codiciosos de probarse,
que á la seña, sin mas amonestallos,
ponen las piernas recio á los caballos.

El campo con ligeros pies batiendo,
salen con gran tropel y movimiento;
Rauco se estremeció del son horrendo,
y la mar hizo extraño sentimiento.
Los corregidos bárbaros temiendo
de Lautaro el expreso mandamiento,
aunque por los herir se deshacian,
el paso hácia adelante no movian.

Con el concierto y órden que en Castilla
juegan las cañas en solemne fiesta,
que parte y desembraza una cuadrilla,
revolviendo la darga al pecho puesta:
así los nuestros, firmes en la silla,
llegan hasta el remate de la cuesta,
y vuelven casi en cerco á retirarse,
por no poder romper sin despeñarse.

Toman al retirar la vuelta larga,
y desta suerte muchas vueltas prueban;
pero todas las veces una carga
de flecha, dardo y piedra espesa llevan:
á algunos vale allí la buena adarga,
las celadas y grebas bien aprueban,
que no pueden venir al corto hierro
por ser peinado en torno el alto cerro.

Firme estaba Lautaro sin mudarse,
y cercada de gente la montaña;
algunos que pretenden señalarse
salen con su licencia á la campaña:

quieren uno por uno ejercitarse
de la pica y baston con los de España;
ó dos á dos, ó tres á tres soldados,
á la franca eleccion de los llamados.

Usando de mudanzas y ademanes
vienen con muestra airosa y contoneo,
mas bizarros que bravos alemanes,
haciendo aqui y alli gentil paseo:
como los diestros y ágiles galanes
en público ejercicio del torneo,
asi llegan gallardos á juntarse
y con las duras puntas á tentarse.

Quien piensa de la pica ser maestro
sale á probar la fuerza y el destino,
tentando el lado diestro y el siniestro,
buscando lo mejor con sabio tino:
cuál acomete, vence y hurta presto,
hallando para entrar franco el camino;
cuál hace el golpe vano, y cuál tan cierto
que dá con su enemigo en tierra muerto.

Otros de estas posturas no se curan,
ni paran en el aire y gentileza;
que el golpe sea mortal solo procuran,
y en el cuerpo y los pies llevar firmeza;
con ánimo arrojado se aventuran,
llevados de la cólera y braveza;
ésta á veces los golpes hace vanos,
y ellos venir mas juntos á las manos.

Pero por mas veloz en la corrida
el mozo Curioman se señalaba,
que con gallarda muestra y atrevida
larga carrera sin temor tomaba:
y blandiendo una lanza muy fornida
en medio de la furia la arrojaba,
que nunca de ballesta al torno armada
jara con tal presteza fue enviada.

Habia siete españoles ya herido,
mas nadie se atraviesa á la venganza,
que era el valiente bárbaro temido
por su esfuerzo, destreza y gran pujanza:
en esto Villagran algo corrido,
viéndole despedir la octava lanza,
dijo con voz airada: no hay alguno
que castigue este bárbaro importuno?

Diciéndo esto, miraba á Diego Cano,
el cual de osado crédito tenia,
que una asta gruesa en la derecha mano
su rabican preciado apercibia;
y al tiempo cuando el bárbaro lozano
con fuerza extrema el brazo sacudia,
en la silla los muslos enclavados
hiere al caballo á un tiempo entrambos lados.

Con menudo tropel y gran ruido
sale el presto caballo desenvuelto
hácia el gallardo bárbaro atrevido,
que en esto las espaldas habia vuelto;
pero el fuerte español, embebecido
en que no se le fuese, el freno suelto,
bate al caballo á priesa los talones
hasta los enemigos escuadrones.

No el araucano y fiero ayuntamiento
con las espesas picas derribadas,
ni el presuroso y recio movimiento
de mazas y de bárbaras espadas
pudieron resistir al duro intento
del airado español, que las pisadas
del ligero araucano iba siguiendo,
la espesa turba y multitud rompiendo:

Donde á pesar de tantos y á despecho,
con grande esfuerzo y valerosa mano
rompe por ellos, y la lanza el pecho
de aquel que dilató su muerte en vano:

y glorioso del bravo y alto hecho,
al caballo picó á la diestra mano,
abriendo con esfuerzo y diestro tino
por medio de las armas el camino.
Luego se arroja el escuadron ginete
al araucano ejército llamando,
que á esperarle parece que acomete,
y váse luego al borde retirando:
una, cuatro y diez veces arremete,
poco el arremeter aprovechando;
que en aquella sazon ninguna espada
habia de sangre bárbara manchada.
Los cansados caballos trabajaban,
mas poco del trabajo se aprovecha,
que los nuestros en vano les picaban,
heridos y ostigados de la flecha:
las bravezas de algunos aplacaban
viéndose en aquel punto y cuenta estrecha;
ellos lasos, los otros descansados,
los pasos y caminos ya cerrados.
La presta y temerosa artillería
á toda furia y priesa disparaba,
y asi en el escuadron indio batia;
que cuanto topa enhiesto lo allanaba:
de fuego y humo el cerro se cubria,
el aire cerca y lejos retumbaba:
parece con estruendo abrirse el suelo
y respirar un nuevo Mongibelo.
Visto Lautaro serle conveniente
quitar y deshacer aquel nublado
que lanzaba los rayos en su gente
y habia gran parte della destrozado;
al escuadron que á Leucoton valiente
por su valor le estaba encomendado
le manda arremeter con furia presta
y en alta voz diciendo le amonesta:

¡Oh fieles compañeros vitoriosos
á quien fortuna llama á tales hechos!
ya es tiempo que los brazos valerosos
nuestras causas aprueben y derechos:
sús, sús, calad las lanzas animosos;
rompan los hierros los contrarios pechos,
y por ellos abrid roja corriente
sin respetar á amigo ni á pariente.

A las plazas guiad, que si ganadas
por vuestro esfuerzo son, con tal vitoria
célebres quedarán vuestras espadas,
y eterna al mundo dellas la memoria:
el campo seguirá vuestras pisadas,
siendo vos los autores desta gloria.
Y con esto la gente envanecida
hizo la temeraria arremetida.

Por infame se tiene alli el postrero,
que es la cosa que entre ellos mas se nota;
el mas medroso quiere ser primero
á probar si la lanza lleva bota:
no espanta ver morir al compañero,
ni llevar quince ó veinte una pelota
volando por los aires hechos piezas,
ni el ver quedar los cuerpos sin cabezas.

No los perturba y pone alli embarazo,
ni punto los detiene el temor ciego;
antes si el tiro á alguno lleva el brazo,
con el otro la espada esgrime luego:
llegan sin reparar hasta el ribazo
donde estaba la máquina del fuego;
viéranse alli las balas escupidas
por la bárbara furia detenidas.

Los demas arremeten luego en rueda,
y de tiros la tierra y sol cubrian:
pluma no basta, lengua no hay que pueda
figurar el furor con que venian:

de voces, humo, fuego y polvareda
no se entienden alli ni conocian;
mas poco aprovechó este impedimento,
que ciegos se juntaban por el tiento.
Tardaron poco espacio en concertarse
las enemigas haces ya mezcladas:
lo que alli se vió mas para notarse
era el presto batir de las espadas:
procuran ambas partes señalarse,
y asi vieran cabezas y celadas
en cantidad y número partidas,
y piernas de sus troncos divididas.
Unos por defender la artillería,
con tal ímpetu y furia acometida;
otros por dar remate á su porfia
traban una batalla bien reñida:
para un solo español cincuenta habia,
la ventaja era fuera de medida;
mas cada cual por sí tanto trabaja,
que iguala con valor á la ventaja.
No quieren que atras vuelva el estandarte
de Cárlos quinto, máximo glorioso;
mas que, á pesar del contrapuesto Marte,
vaya siempre adelante vitorioso:
el cual terrible y fiero á cada parte,
envuelto en ira y polvo sanguinoso,
daba nuevo vigor á las espadas,
de tanto combatir aun no cansadas.
Renuévase el furor y la braveza
segun es el herir apresurado,
con aquel mismo esfuerzo y entereza
que si entonces la hubieran comenzado:
las muertes, el rigor y la crueza,
esto no puede ser significado,
que la espesa y menuda yerba verde
en sangre convertida el color pierde.

Villagran la batalla en peso tiene,
que no pierde una mínima su puesto;
de todo lo importante se previene,
aquí va, y allí acude, y vuelve presto:
hace de capitan lo que conviene
con usada experiencia; y fuera desto,
como osadó soldado y búen guerrero
se arroja á los peligros el primero.

Andando envuelto en sangre á Torbo mira
que en los cristianos hace gran matanza;
lleva el caballo, y él llevado de ira
requiere en la derecha bien la lanza:
en los estribos firme al pecho tira;
mas la codicia y sobra de pujanza
desatentó la presurosa mano,
haciendo antes de tiempo el golpe en vano.

Hiende el caballo desapoderado
por la canalla bárbara enemiga,
revuelve á Torbo el español airado,
y en bajo el brazo la gineta abriga;
pásale un fuerte peto tresdoblado
y el jubon de algodon, y en la barriga
le abrió una gran herida por do al punto
vertió de sangre un lago y la alma junto.

Saca entera la lanza, y derribando
el brazo atras, con ira la arrojaba:
vuelve la furiosa asta rechinando
del ímpetu y pujanza que llevaba,
y á Corpillan que estaba descansando
por entre el brazo y cuerpo le pasaba,
y al suelo penetró sin dañar nada,
quedando media braza en él fijada.

Y luego Villagran, la espada fuera,
por medio de la hueste vá á gran priesa,
haciendo con rigor ancha carrera
á donde vá la turba mas espesa.

No menos Pedro de Olmos de Aguilera
en todos los peligros se atraviesa,
habiendo él solo muerto por su mano
á Guancho, Canio, Pillo y Titaguano.
Hernando y Juan, entrambos de Alvarado,
daban de su valor notoria muestra,
y el viejo gran ginete Maldonado
voltea el caballo alli con mano diestra;
ejercitando con valor usado
la espada, que en herir era maestra,
aunque la debil fuerza envejecida
hace pequeño el golpe y la herida.
Diego Cano á dos manos, sin escudo,
no deja lanza enhiesta ni armadura,
que todo por rigor de filo agudo
hecho pedazos viene á la llanura:
pues Peña, aunque de lengua tartamudo,
se revuelve con tal desenvoltura
cual Cesio entre las armas de Pompeo,
ó en Troya el fiero hijo de Celeo.
Por otra parte el español Reinoso,
de ponzoñosa rabia estimulado,
con la espada sangrienta va furioso
hiriendo por el uno y otro lado;
mata de un golpe á Palta, y riguroso
la punta enderezó contra el costado
del fuerte Ron, y asi acertó la vena,
que la espada de sangre sacó llena.
Bernal, Pedro de Aguayo, Castañeda,
Ruiz, Gonzalo Hernandez, y Pantoja
tienen hecha de muertos una rueda
y la tierra de sangre toda roja:
no hay quien ganar del campo un paso pueda
ni el espeso herir un punto afloja,
haciendo los cristianos tales cosas
que las harán los tiempos milagrosas.

Mas eran los contrarios tanta gente,
y tan poco el remedio y confianza,
que á muchos les faltaba juntamente
la sangre, aliento, fuerza y la esperanza:
llevados, pues, al fin de la corriente,
sin poder resistir la gran pujanza,
pierden un largo trecho la montaña
con todas las seis piezas de campaña.

Del antiguo valor y fortaleza
sin aflojar los nuestros siempre usaron;
no se vió en español jamas flaqueza
hasta que el campo y sitio lès ganaron:
mas viéndose á tal hora en estrecheza,
que pasaba de cinco que empezaron,
comienzan á dudar ya la batalla
perdiendo la esperanza de ganalla.

Dudan por ver al bárbaro tan fuerte,
cuando ellos en la fuerza iban menguando;
representóles el temor la muerte,
las heridas y sangre resfriando:
algunos desaniman de tal suerte
que se van al camino retirando,
no del todo, Señor, desbaratados,
mas haciéndoles rostro y ordenados.

Pero el buen Villagran, haciendo fuerza,
se arroja y contrapone al paso airado,
y con sabias razones los esfuerza,
como de capitan escarmentado,
diciendo: caballeros, nadie tuerza
de aquello que á su honor es obligado;
no os entregueis al miedo, que es, yo os digo,
de todo nuestro bien grande enemigo.

Sacudidle de vos, y vereis luego
la deshonra y afrenta manifiesta:
mirad que el miedo infame, torpe y ciego
mas que el hierro enemigo aqui os molesta:

no os turbeis, reportaos, tened sosiego,
que en este solo punto teneis puesta
vuestra fama, el honor, vida y hacienda,
y es cosa que despues no tiene enmienda

¿A dó volveis sin orden y sin tiento,
que los pasos tenemos impedidos?
¿Con cuánto deshonor y abatimiento
seremos de los nuestros acogidos?
La vida y honra está en el vencimiento,
la muerte y deshonor en ser vencidos:
mirad esto, y vereis huyendo cierta
vuestra deshonra y mas la vida incierta.

De la plaza no ganan cuanto un dedo
por esto y otras cosas que decia,
segun era el terror y extraño miedo
en que el peligro puesto los habia.
¿Dónde quedar mejor que aqui yo puedo?
diciendo Villagran, con osadía
temeraria arremete á tanta gente,
solo para morir honradamente.

La vida ofrece de acabar contenta,
por no estar al rigor de ser juzgado;
teme mas que á la muerte alguna afrenta
y el verse con el dedo señalado:
no quiere andar á todos dando cuenta
si á volver las espaldas fue forzado;
que por dolencia ó mancha se reputa
tener hombre el honor puesto en disputa.

Cuán bien desto salió, que del caballo
al suelo le trujeron aturdido;
cuál procura prendello, cuál matallo;
pero las buenas armas le han valido;
otros dicen á voces: desarmallo;
acude alli la gente y el ruido....
Mas quien saber el fin desto quisiere,
al otro canto pidó que me espere.

CANTO VI.

Prosigue la comenzada batalla, con las extrañas y diversas muertes que los araucanos ejecutaron en los vencidos, y la poca piedad que con los niños y mugeres usaron, pasándolos todos á cuchillo.

Al valeroso espíritu, ni suerte,
ni revolver de hado riguroso
le pueden presentar caso tan fuerte
que le traigan á estado vergonzoso;
como ahora á Villagran, que con su muerte,
no siendo de otro modo poderoso,
piensa atajar el áspero camino
á donde le tiraba su destino.
Sus soldados, el paso apresurando,
en confuso monton se retrujeron,
cuando en el nuevo y gran rumor mirando
á su buen capitan en tierra vieron:
solos trece, la vida despreciando,
los rostros y las riendas revolvieron;
rasgando á los caballos los hijares
se arrojan á embestir tantos millares.
Con mas valor que yo sabré decillo
el pequeño escuadron ligero cierra,
abriendo en los contrarios un portillo
que casi puso en condicion la guerra:

rompen hasta do el mísero caudillo
de golpes aturdido estaba en tierra,
sin ayuda y favor desamparado,
de la enemiga turba rodeádo.
  Todos á un tiempo quieren ser primeros
en esta empresa y suerte señalada,
y estaban como lobos carniceros
sobre la mansa oveja desmandada:
cuando discordes con ahullidos fieros
forman música en voz desentonada;
y en esto los mastines del egido
llegan con gran presteza á aquel ruïdo.
  Asi los enemigos apiñados,
en medio al triste Villagran tenian,
que por darle la muerte, embarazados
los unos á los otros se impedian:
mas los trece españoles esforzados
rompiendo á la sazon sobrevenian,
de roja y fresca sangre ya cubiertos
de aquellos que dejaban atras muertos.
  Con gran presteza, del amor movidos,
á donde á Villagran ven se arrojaban,
y los agudos hierros atrevidos
de nuevo en sangre nueva remojaban:
desamparan el cerco los heridos,
acá y allá medrosos se apartaban:
algunos sustentaban con mas suerte
su parte y opinion hasta la muerte.
  Si un espeso monton se deshacia,
desocupando el campo escarmentados,
otra junta mayor luego nacia,
y estaban sus lugares ocupados:
del sueño Villagran aun no volvia;
mas tal maña se dieron sus soldados,
y asi las prestas armas revolvieron,
que en su acuerdo á caballo lo pusieron.

A tardarse mas tiempo fuera muerto,
y á bien librar salió tan mal parado
que, aunque estaba de planchas bien cubierto,
tenia el cuerpo molido y magullado:
pero del sueño súbito despierto,
viendo treçe españoles á su lado,
olvidando el peligro en que aun estaba,
entre los duros hierros se lanzaba.

Por medio del ejército enemigo
sin escarmiento ni temor hendia,
llevando en su defensa al bando amigo
que destrozando bárbaros venia:
trillan, derriban, hacen tal castigo
que duran las reliquias hoy en dia,
y durará en Arauco muchos años
el estrago y memoria de los daños.

Bernal hiere á Mailongo de pasada
de un valiente altibajo á fil derecho;
no le valió de acero la celada,
que los filos corrieron hasta el pecho:
Aguilera al través tendió la espada,
y al dispuesto Guaman dejó mal trecho;
haciendo ya el temor tan ancha senda
que bien pueden correr á toda rienda.

Salen, pues, los catorce vitoriosos
donde los otros de su bando estaban,
que turbados, sin orden, temerosos
de ver su muerte ya remolinaban:
no bastaron ni fueron poderosos
Villagran y los otros que llegaban
á estorbar el camino comenzado,
que ya el temor gran fuerza habia cobrado.

Viendo bravo y gallardo al araucano,
del todo de vencer desconfiados,
y los caballos sin aliento, en vano
de importunas espuelas fatigados;

á grandes voces dicen: A lo llano!
no estemos desta suerte arrinconados:
y con nuevo temor y desatino
toman algunos dellos el camino.

Cual de cabras montesas la manada,
cuando á lugar estrecho es reducida,
de diestros cazadores rodeada
y de importunos tiros perseguida;
que viéndose ofendida y apretada,
una rompe el camino y la huïda,
siguiendo las demas á la primera;
asi abrieron los nuestros la carrera.

Uno, dos, diez y veinte desmandados
corren á la bajada de la cuesta,
sin orden ni atencion apresurados,
como si al palio fueran sobre apuesta:
aunque algunos valientes ocupados
con firme rostro y con espada presta,
combatiendo animosos, no miraban
como asi los amigos los dejaban.

No atienden al huir, ni se previenen
de remedio tan flaco y vergonzoso;
antes en su batalla se mantienen,
trayendo el fin á término dudoso:
y con heróicos ánimos detienen
de los indios el ímpetu furioso,
y la disposicion del duro hado
en daño suyo y contra declarado.

Y asi resisten, matan y destruyen,
contrastando al destino, que parece
que el valor araucano disminuyen,
y el suyo con difícil prueba crece:
mas viendo á los amigos como huyen,
que á mas correr la gente desparece,
hubieron de seguir la misma via,
que ya fuera locura y no osadía.

Quiero mudar en lloro amargo el canto,
que será á la sazon mas conveniente,
pues me suena en la oreja el triste llanto
del pueblo amigo y género inocente.
No siento el ser vencidos, tanto cuanto
ver pasar las espadas crudamente
por vírgenes, mugeres, servidores,
que penetran los cielos sus clamores.

La infantería española sin pereza
y gente de servicio iban camino,
que el miedo les prestaba ligereza,
y mas de la que á algunos les convino;
pues con la turbacion y gran torpeza
muchos perdieron de la cuesta el tino,
ruedan unos, los lomos quebrantados,
otros hechos pedazos despeñados.

Quedan por el camino mil tendidos,
los arroyos de sangre el llano riegan,
rompiendo el aire el llanto y alaridos
que en son desentonado al cielo llegan:
y las lástimas tristes y gemidos,
(puestas las manos altas) con que ruegan
y piden de la vida gracia en vano
al inclemente bárbaro inhumano.

El cual siempre les iba caza dando,
con mano presta y pies en la corrida,
hiriendo sin respeto y derribando
la inútil gente, mísera, impedida,
que á la amiga nacion iba invocando
la ayuda en vano á la amistad debida,
poniéndole delante con razones
la deuda, el interes y obligaciones.

Y aunque mas las razones obligaban,
si alguno á defenderlos revolvia,
viendo cuanto los otros se alargaban,
alargarse tambien le convenia.

Ni á los que por amigos se trataban,
ni á las que por amigas se debia,
con quien habia amistad y cuenta estrecha,
llamar, gemir, llorar les aprovecha.
Que ya los nuestros sin parar en nada
por la carrera de su sangre roja
dan siempre nueva furia á su jornada,
y á los caballos priesa y rienda floja:
que ni la voz de virgen delicada,
ni obligacion de amigos los congoja.
La pena y la fatiga que llevaban
era que los caballos no volaban.
Sordos á aquel clamor y endurecidos,
miden con sueltos pies el verde llano;
pero algunos de lástima movidos,
viendo el fiero espectáculo inhumano,
de una rabiosa cólera encendidos,
vuelven contra el ejército araucano
que corre por el campo derramado,
la mas parte en la presa embarazado.
Determinados de morir, revuelven
haciendo al sexo tímido reparo,
y de suerte en los bárbaros se envuelven,
que á mas de diez la vuelta costó caro:
por esto los primeros aun no vuelven,
que quieren que el partido sea mas claro,
y no poner la vida en aventura,
cuanto lejos de alli tanto segura.
Torna la lid de nuevo á refrescarse;
de un lado y otro anda igual trabada;
pecho con pecho vienen á juntarse,
lanza con lanza, espada con espada;
pueden los españoles sustentarse,
que la gente araucana derramada
el alcance sin orden proseguia
haciendo todo el daño que podia.

Cual banda de cornejas esparcidas
que por el aire claro el vuelo tienden,
que de la compañera condolidas,
por los chirridos la prision entienden,
las batidoras alas recogidas
á darle ayuda en círculo decienden;
el bárbaro escuadron de esta manera
al rumor endereza la carrera.

La gente que de acá y de allá discurre,
viendo el tumulto y aire polvoroso
deja el alcance, y de tropel concurre
al son de las espadas sonoroso:
cada araucano con presteza ocurre
á donde era el favor mas provechoso,
y los sangrientos hierros en las manos,
cercan el escuadron de los cristianos.

La copia de los bárbaros creciendo;
crece el son de las armas y refriega,
y los nuestros se van desminuyendo,
que en su ayuda y socorro nadie llega:
pero con grande esfuerzo combatiendo
ninguno la persona á ciento niega,
ni allí se vió español que se notase
que á su deuda una mínima faltase.

Mas de la suerte, como si del cielo
tuvieran el seguro de las vidas,
se meten y se arrojan sin recelo
por las furiosas armas homicidas:
caen por tierra, y echan por el suelo,
dan y reciben ásperas heridas,
que el número dispar y aventajado
suple el valor y el ánimo sobrado.

Y asi se contraponen, no temiendo
la muerte y furia bárbara importuna,
el ímpetu y pujanza resistiendo
de la gente, del hado y la fortuna:

mas contrastar á tantos no pudiendo
sin socorro, favor ni ayuda alguna,
dilatando el morir, les fue forzoso
volver á su camino trabajoso.
 Parece el esperar mas desatino,
que van los delanteros como el viento;
usar de aquel remedio les convino
y no del temerario atrevimiento:
muchos mueren en medio del camino
por falta de caballos y de aliento,
y de sangre tambien, que el verde prado
quedaba de su rastro colorado.
 Flojos ya los caballos y encalmados,
los bárbaros por pies los alcanzaban,
y en los rendidos dueños derribados
las fuerzas de los brazos ensayaban:
otros de los peones empachados,
digo, de los cristianos que á pie andaban;
casi moverse al trote no podian,
que con solo el temor los detenian.
 Los cansados peones se contentan
con las colas ó aciones aferradas,
y en vano lastimosos representan
estrechas amistades olvidadas:
de sí los de á caballo los ausentan,
si no pueden á ruego á cuchilladas,
como á los mas odiosos enemigos;
que no era á la sazon tiempo de amigos.
 Atruena todo el valle el gran bullicio,
armas, grita, clamor triste se oía
de la gente española y de servicio
que á manos de los indios perecía:
no se vió tan sangriento sacrificio,
ni tan estraña y cruda anatomía
como los fieros bárbaros hicieron
en dos mil y quinientos que murieron.

Unos vienen al suelo mal heridos;
de los lomos al vientre atravesados,
por medio de la frente otros hendidos;
otros mueren con honra degollados:
otros, que piden medios y partidos,
de los cascos los ojos arrancados,
los fuerzan á correr por peligrosos
peñascos sin parar precipitosos.

Y á las tristes mugeres delicadas
el debido respeto no guardaban,
antes con mas rigor por las espadas
sin escuchar sus ruegos las pasaban:
no tienen miramiento á las preñadas,
mas los golpes al vientre encaminaban,
y aconteció salir por las heridas
las tiernas pernezuelas no nacidas.

Suben por la gran cuesta al que mas puede,
y paga el perezoso y negligente,
que á ninguno mas vida se concede
de cuanto puede andar ligeramente:
y aquel torpe es forzoso que se quede
que no es en la carrera diligente;
que la muerte que airada atras venia,
en afirmando el pie le sacudia.

Aunque la cuesta es áspera y derecha,
muchos á la alta cumbre han arribado,
adonde una albarrada hallaron hecha,
y el paso con maderos ocupado:
no tiene aquel camino otra desecha,
que el cerro casi en torno era tajado;
del un lado le bate la marina,
del otro un gran peñon con él confina.

Era de gruesos troncos mal pulidos
el nuevo muro en breve tiempo hecho,
con arte unos en otros enjeridos
que cerraban la senda y paso estrecho:

dentro estaban los indios prevenidos,
las armas sobre el muro y antepecho;
que segun orgullosos se mostraban,
al cielo, no á la gente, amenazaban.
Viendo los españoles ya cerrados
los pasos y cerrada la esperanza,
á pasar ó morir determinados,
poniendo en Dios la firme confianza,
de la albarrada un trecho desviados
prueban de los caballos la pujanza,
corriendo un golpe de ellos á romperla,
y los bárbaros dentro á defenderla.
Así la gente estaba detenida,
que todo su trabajo no importaba,
ni al peligro hallaba la salida,
hasta que el viejo Villagran llegaba:
què vista la escusada arremetida
cuán poco en el remedio aprovechaba,
sin temor de morir ni muestra alguna
dió aquí el último tiento á la fortuna.
Estaba en un caballo derivado
de la española raza poderoso,
ancho de cuadra, espeso, bien trabado,
castaño de color, presto, animoso,
veloz en la carrera y alentado,
de grande fuerza y de ímpetu furioso,
y la furia sujeta y corregida
por un débil bocado y blanda brida.
El rostro le endereza, y al momento
bate el presto español récio la hijada,
que sale con furioso movimiento
y encuentra con los pechos la albarrada:
no hace en el romper mas sentimiento
que si fuera en carrera acostumbrada,
abriendo tal camino, que pasaron
todos los que de abajo se escaparon.

Los bárbaros airados defendian
el paso, pero al cabo no pudieron,
que por mas que las armas esgrimian
los fuertes españoles los rompieron:
unos ácia la mano diestra guian,
otros tan buen camino no supieron,
tomando á la siniestra un mal sendero
que á dar iba en un gran despeñadero.

A la siniestra mano ácia el Poniente
estaban dos caminos mal usados,
éstos debian de ser antiguamente
por do al agua bajaban los venados:
digo en tiempos pasados, que al presente
por mil partes estaban derrumbados,
y el remate tajado con un salto
de mas de ciento y veinte brazas de alto.

Por órden de Natura no sabida,
ó por gran sequedad de aquella tierra;
ó algun diluvio grande y avenida,
fue causa de tajarse aquella sierra:
pues por alli la gente mal regida
ocupada del miedo de la guerra,
huyendo de la muerte ya sin tino
á dar derechamente en ella vino.

La inadvertida gente iba rodando
que repararse un paso no podia,
el segundo al primero tropellando,
y el tercero al segundo récio envía:
el número se va multiplicando,
un cuerpo mil pedazos se hacia,
siempre rodando con furor violento
hasta parar en el mas bajo asiento.

Como el fiero Tifeo presumiendo
lanzar de sí el gran monte y pesadumbre
cuando el terrible cuerpo estremeciendo
sacude los peñascos de la cumbre,

que vienen con gran ímpetu y estruendo
hechos piezas abajo en muchedumbre;
así la triste gente mal guiada
rodando al llano va despedazada.
Pero aquella que el buen camino tiene,
de verle con presteza el fin procura:
ninguno por el otro se detiene,
que detenerse ya fuera locura:
rodar tambien alguno le conviene,
que mas de lo posible se apresura:
á caballo y á pie, y aun de cabeza
llegaron á lo bajo en poca pieza.
Sueltos iban caballos por el prado,
que muertos los señores han caïdo;
otros desocuparlos fue forzado
que por flojos la silla habian perdido:
cuál ligero cabalga y cuál turbado,
del temor de la muerte va impedido,
atinar al estribo no podia,
y el caballo y sazon se le huía.
No aguardaban por esto, mas corriendo
juegan á mucha priesa los talones,
al delantero sin parar siguiendo,
que no le alcanzarán á dos tirones:
votos, promesas entre sí haciendo
de ayunos, romerías, oraciones,
y aun otros reservados solo al papa
si Dios de este peligro los escapa.
Venian ya los caballos por el llano
las orejas tremiendo derramadas:
quiérenlos agüijar, mas es en vano,
aunque récio les abren las hijadas:
el hermano no escucha al caro hermano;
las lástimas alli son escusadas:
quien dos pasos del otro se aventaja,
por ganar otros dos muere y trabaja.

Como el que sueña que en el ancho coso
siente al furioso toro avecinarse,
que piensa atribulado y temeroso
huyendo de aquel ímpetu salvarse,
y se aflige y congoja presuroso
por correr, y no puede menearse;
así estos á gran priesa á los caballos
no pueden, aunque quieren, aguijallos.

Haciendo el enemigo gran matanza
sigue el alcance y siempre los aqueja:
dichoso aquel que buen caballo alcanza,
que de su furia un poco mas se aleja:
quién la adarga abandona, quién la lanza,
quién de cansado el propio cuerpo deja;
y así la vencedora gente brava
la fiera sed con sangre mitigaba.

A aquel que por desdicha atras venia,
ninguno (aunque sea amigo) le socorre,
despacio el mas ligero se movia,
quien el caballo trota mucho corre:
el cansancio y la sed los afligia:
mas Dios, que en el mayor peligro acorre,
frenó el ímpetu y curso al enemigo,
segun en el siguiente canto digo.

CANTO VII.

Llegan los españoles á la ciudad de la Concepcion hechos pedazos, cuentan el destrozo y pérdida de nuestra gente, y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad habia, y las muchas mugeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este canto se contiene el saco, incendio y ruina de la ciuciudad de la Concepcion.

Tener en mucho un pecho se debria
á dó el temor jamas halló posada,
temor que honrosa muerte nos desvía
por una vida infame y deshonrada:
en los peligros grandes, la osadía
merece ser de todos estimada:
el miedo es natural en el prudente,
y el saberlo vencer, es ser valiente.

Esto podrán decir los que picaban
los cansados caballos aguijando;
pues tanto de temor se apresuraban
que les daremos crédito aun callando:
con los prestos calcaños lo afirmaban,
con piernas, brazos, cuerpo hijadeando
tambien los araucanos sin aliento
la furia iban perdiendo y movimiento.

Que del grande trabajo fatigados
en el largo y veloz curso aflojaron,
y por el gran teson desalentados
á seis leguas de alcance los dejaron.
Los nuestros, del temor mas aguijados,
al entrar de la noche se hallaron
en la extrema ribera del Biobío,
á donde pierde el nombre y ser de rio.

Y á la orilla un gran barco asido vieron
de una gruesa cadena á un viejo pino:
los mas heridos dentro se metieron,
abriendo por las águas el camino;
y los demas con ánimo atendieron
hasta que el esperado barco vino,
y con la diligencia comenzada
á la ciudad arriban deseada.

Puédese imaginar cual llegarian
del trabajo y heridas maltratados,
algunos casi rostros no traían,
otros los traen de golpes levantados:
del infierno parece que salian:
no hablan ni responden, elevados;
á todos con los ojos rodeaban;
y mas callando el daño declaraban.

Despues que dió el cansancio y torpe espanto
licencia de decir lo que pasaba,
dejando el pueblo atónito, y á cuanto
súbito en triste tono levantaba

un alboroto y doloroso llanto,
que el gran desastre mas solemnizaba;
y al son discorde y áspera armonía
la casa mas vecina respondia:

Quién llora el muerto padre, quién marido,
quién hijos, quién sobrinos, quién hermanos;
mugeres como locas sin sentido
ansiosas tuercen las hermosas manos:
con el fresco dolor crece el gemido,
y los protestos de acidente vanos:
los niños abrazados con las madres
preguntaban llorando por sus padres.

De casa en casa corren publicando
las voces y clamores esforzados
los muertos que murieron peleando
y aquellos infelices despeñados:
mozas, casadas, viudas lamentando,
puestas las manos y ojos levantados,
piden á Dios, para dolor tan fuerte,
el último remedio de la muerte.

La amarga noche sin dormir pasaban
al son de dolorosos instrumentos:
mas el dia venido, se atajaban
con otro mayor mal estos lamentos:
diciendo que á gran furia se acercaban
los araucanos bárbaros sangrientos,
en una mano hierro, en otra fuego,
sobre el pueblo español, de temor ciego.

Ya la parlera Fama pregonando
torpes y rudas lenguas desataba:
las cosas de Lautaro acrecentando,
los enemigos ánimos menguaba:
que ya cada español casi temblando,
dando fuerza á la Fama, levantaba
al mas flaco araucano hasta el cielo,
derramando en los ánimos un hielo.

Levántase un rumor de retirarse,
y la triste ciudad desamparalla,
diciendo que no pueden sustentárse
contra los enemigos en batalla:
corrillos comenzaban á formarse:
la voz comun aprueba el despoblalla:
algunos con razones importantes
reprobaban las causas no bastantes.

Dos varias partes eran admitidas,
del temor y el amor de la hacienda;
la poca gente, muertes y heridas,
dicen que la ciudad no se defienda:
las haciendas y rentas adquiridas,
al liberal temor cogen la rienda:
mas luego se esforzó y creció de modo,
que al fin se apoderó de todo en todo.

La gente principal claro pretende
desamparar el pueblo y propio nido:
el temeroso vulgo aun no lo entiende,
mas tiende oreja atenta á aquel ruido:
visto el público trato, mas no atiende;
que súbito, alterado y removido,
de nuevo esfuerza el llanto y las querellas,
poniendo un alarido en las estrellas.

Quién á su casa corre pregonando
la venida del bárbaro guerrero;
quién aguija, la silla procurando
cincharla en el caballo mas ligero.
Las encerradas vírgenes, llorando
por las calles sin manto ni escudero,
atónitas, de acá y allá perdidas,
á las madres buscaban desvalidas.

Como las corderillas temerosas
de las queridas madres apartadas,
balando van perdidas presurosas,
haciendo en poco espacio mil paradas,

ponen atenta oreja á todas cosas,
corren aquí y allí desatinadas;
asi las tiernas vírgenes llorando,
á voces á las madres van llamando.
De rato en rato se renueva y crece
el llanto, la afliccion y el alarido:
tal vez hay que de súbito enmudece,
reduciendo el sentir solo al oido:
cualquier sombra, Lautaro les parece,
su rigurosa voz cualquier ruido,
alzan la grita y corren, no sabiendo
mas de ver á los otros ir corriendo.
Era cosa de oir bien lastimosa
los suspiros, clamores y lamento,
haciéndolos mayores cualquier cosa
que trae de nuevo el miedo por el viento:
desampara la turba temerosa
sus casas, posesion y heredamiento,
sedas, tapices, camas, recamados,
tejos de oro y de plata atesorados.
Si alguno hace protestos, requiriendo
que no sea la ciudad desamparada,
responde el principal: yo no lo entiendo
ni de mi voluntad soy parte en nada;
pero el temor un viejo posponiendo,
les dice: gente vil, acobardada,
deshonra del honor y ser de España,
¿qué es esto, dónde vais, quién os engaña?
No fue esta correccion de algun provecho
ni otras cosas que el viejo les decia,
muestran todos hacerse á su despecho
y van al que mas corre ya la via.
Es justo que la fama cante un hecho
digno de celebrarse hasta el dia
que cese la memoria por la pluma
y todo pierda el ser y se consuma.

Doña Mencía de Nidos, una dama
noble, discreta, valerosa, osada,
es aquella que alcanza tanta fama
en tiempo que á los hombres es negada:
estando enferma y flaca en una cama,
siente el grande alboroto, y esforzada,
asiendo de una espada y un escudo,
salió tras los vecinos como pudo.

Ya por el monte arriba caminaban,
volviendo atras los rostros afligidos
á las casas y tierras que dejaban,
oyendo de gallinas mil graznidos:
los gatos con voz hórrida maullaban,
perros daban tristísimos ahullidos,
Progne con la turbada Filomena
mostraban en sus cantos grave pena.

Pero con mas dolor doña Mencía,
que dello daba indicio y muestra clara,
con la espada desnuda lo impedía,
y en medio de la cuesta y dellos para.
El rostro á la ciudad vuelto decia:
¡Oh valiente nacion, á quien tan cara
cuesta la tierra y opinion ganada
por el rigor y filo de la espada!

Decidme, ¿qué es de aquella fortaleza
que contra los que asi temeis mostrastes?
¿qué es de aquel alto punto y la grandeza
de la inmortalidad á que aspirastes?
¿qué es del esfuerzo, orgullo, la braveza
y el natural valor de que os preciastes?
¿á dónde vais, cuitados de vosotros
que no viene ninguno tras nosotros?

¡Oh cuántas veces fuistes imputados
de impacientes, altivos, temerarios,
en los casos dudosos arrojados,
sin atender á medios necesarios:

y os vimos en el yugo traer domados
tan gran número y copia de adversarios,
y emprender y acabar empresas tales
que distes á entender ser inmortales!

Volved á vuestro pueblo ojos piadosos,
por vos de sus cimientos levantado;
mirad los campos fértiles viciosos
que os tienen su tributo aparejado;
las ricas minas, y los caudalosos
rios de arenas de oro, y el ganado
que ya de cerro en cerro anda perdido
buscando á su pastor desconocido.

Hasta los animales, que carecen
de vuestro racional entendimiento,
usando de razon se condolecen,
y muestran doloroso sentimiento:
los duros corazones se enternecen,
no usados á sentir, y por el viento
las fieras la gran lástima derraman,
y en voz casi formada nos infaman.

Dejais quietud, hacienda y vida honrosa,
de vuestro esfuerzo y brazos adquirida,
por ir á casa agena embarazosa
á do tendremos mísera acogida:
¿qué cosa puede haber mas afrentosa
que ser huéspedes toda nuestra vida?
Volved, que á los honrados vida honrada
les conviene, ó la muerte acelerada.

Volved, no vais así de esa manera,
ni del temor os deis tan por amigos;
que yo me ofrezco aquí, que la primera
me arrojaré en los fieros enemigos:
haré yo esta palabra verdadera,
y vosotros sereis dello testigos.
Volved! volved! (gritaba) pero en vano;
que á nadie pareció el consejo sano.

Como el honrado padre recatado,
que piensa reducir con persuasiones
al hijo, del propósito dañado,
y está alegando en vano mil razones,
que al hijo incorregible y obstinado
le importunan y cansan los sermones;
asi al temor la gente ya entregada,
no sufre ser en esto aconsejada.

Ni á Paulo le pasó con tal presteza
por las sienes la Yáculo serpiente,
sin perder de su vuelo ligereza,
llevándole la vida juntamente:
como la odiosa plática y braveza
de la dama de Nidos por la gente,
pues apenas entró por un oido,
cuando ya por el otro habia salido.

Sin escuchar la plática, del todo
llevados de su antojo caminaban:
mugeres sin chapines por el lodo
á gran priesa las faldas arrastraban:
fueron doce jornadas de este modo,
y á Mapochó al fin dellas arribaban:
Lautaro, que se siente descansado,
me da priesa, que mucho me he tardado.

No es bien que tanto dél nos descuidemos,
pues él no se descuida en nuestro daño
y á donde le dejamos volveremos,
que fue donde dejó el alcance extraño:
en muy poco papel resumiremos
un gran proceso y término tamaño:
que fuera necesario larga historia
para ponerlo extenso por memoria.

Mas con la brevedad ya profesada
me detendré lo menos que pudiere,
y las cosas menudas, de pasada,
tocaré lo mejor que yo supiere:

pido que atenta oreja me sea dada,
que el cuento es grave y atencion requiere,
para que con curiosa y facil pluma
los hechos de estos bárbaros resuma;

Que luego que el alcance hubo cesado,
volviendo al hijo de Pillan gozoso,
que atras un largo trecho habia quedado,
mas por autoridad que de medroso,
al general despachan un soldado,
alojándose el campo en el gracioso
valle de Talcamábida importante,
de pastos y comidas abundante.

Un bárbaro valiente que tenia
la estancia y heredad en aquel valle,
halló un indio cristiano por la via;
pero no se preciando de matalle,
prisionero á su casa le traía,
y comienza en tal modo á razonalle:
la vida ¡oh miserable! quiero darte,
aunque no la merèces por tu parte.

Pues que ya que á la guerra tú venias,
gozando del honor de los guerreros,
¿por qué con las mugeres te escondías
viendo á hierro morir tus compañeros?
muger debes de ser, pues que temias
tanto de alguna espada los aceros;
y asi quiero que tengas el oficio
en todo lo que toca á mi servicio.

Mandó que del oficio se encargase
que á la muger honesta es permitido,
y la posada y cena concertase,
en tanto que del sueño convencido
los fatigados miembros recrease:
y habiéndose á su cama recogido,
al mundo el Sol dos vueltas habia dado,
y no habia el araucano despertado.

Sepultado en un sueño tan profundo
como si de mil años fuera muerto,
hasta que el claro Sol dió luz al mundo
á la vuelta tercera, que despierto
pidió la usada ropa, y lo segundo
si estaba la comida ya en concierto:
el diligente siervo respondia
què despues de guisada estaba fria:

Diciéndole tambien como habia estado
cincuenta horas de término en el lecho,
del trabajo y manjares olvidado,
con todo lo demas que se habia hecho;
y que el comer estaba aparejado,
si del sueño se hallaba satisfecho.
El bárbaro responde: no me espanto
de haber sin despertar dormido tanto;

Que el cuidoso Lautaro apercebido,
por hacer desear vuestra llegada,
la gente en escuadrones ha tenido
con tal órden y tasa castigada,
que aun el sentarnos era defendido
en acabando Apolo su jornada,
hasta que ya los rayos de su lumbre
nos daban de la vuelta certidumbre.

Si alguno de su puesto se movia,
sin esperar descargo le empalaba,
y aquel que de cansado se dormia
en medio de dos picas le colgaba:
quien cortaba una espiga, alli moria,
de mas de la racion que se le daba:
con órdenes estrechas y precetos
nos tuvo, como digo, asi sujetos.

Desta suerte estuvimos los soldados
mas de catorce noches aguardando,
las picas altas, á ellas arrimados,
vuestra tarda venida descando:

del sueño y del cansancio quebrantados,
pasando gran trabajo, hasta cuando
supimos que llegábades ya junto,
que nos quitó el cansancio en aquel punto!
Viendo el silencio que en el valle habia,
le pregunta si el campo era partido
el mozo dice: ayer antes del dia
salió de aquí con súbito ruido;
afirmarte la causa no sabria;
aunque por claras muestras he entendido
que la ciudad de Penco torreada
era del español desamparada.
Asi era la verdad, que caminado
habian los escuadrones vencedores
ácia el pueblo español desamparado
de los inadvertidos moradores.
La codicia del robo y el cuidado
les puso espuelas y ánimos mayores:
siete leguas del valle á Penco habia
y arribaron en solo medio dia.
A vista de las casas, ya la gente
se reparte por todos los caminos,
porque el saco del pueblo sea igualmente
lleno de ropa y falto de vecinos:
apenas la señal del partir siente,
cuando cual negra banda de estorninos
que se abate al monton del blanco trigo,
baja al pueblo el ejército enemigo.
La ciudad yerma en gran silencio atiende
el presto asalto y fiera arremetida
de la bárbara furia, que deciende
con alto estruendo y con veloz corrida:
el menos codicioso alli pretende
la casa mas copiosa y bastecida:
vienen de gran tropel ácia las puertas,
todas de par en par francas y abiertas.

Corren toda la casa en el momento,
y en un punto escudriñan los rincones:
muchos por no engañarse por el tiento
rompen y descerrajan los cajones;
baten tapices, rimas y ornamento,
camas de seda y ricos pabellones,
y cuanto descubrir pueden de vista,
que no hay quien los impida ni resista.

No con tanto rigor el pueblo griego
entró por el troyano alojamiento,
sembrando frigia sangre y vivo fuego,
talando hasta en el último cimiento;
cuanto de ira, venganza y furor ciego,
el bárbaro, del robo no contento,
arruina, destroza, desperdicia,
y así aun no satisface su malicia.

Quién sube la escalera y quién abaja,
quién á la ropa y quién al cofre aguija,
quién abre, quién desquicia y desencaja,
quién no deja fardel ni baratija;
quién contiende, quién riñe, quién baraja,
quién alega y se mete á la partija:
por las torres, desvanes y tejados
aparecen los bárbaros cargados.

No en colmenas de abejas la frecuencia,
priesa y solicitud, cuando fabrican
en el panal la miel con providencia,
que á los hombres jamas lo comunican;
ni aquel salir, entrar, y diligencia
con que las tiernas flores melifican,
se puede comparar, ni ser figura
de lo que aquella gente se apresura.

Alguno de robar no se contenta
la casa que le dá cierta ventura;
que la insaciable voluntad sedienta
otra de mayor presa le figura:

haciendo codiciosa y necia cuenta
busca la incierta y deja la segura;
y llegando, el Sol puesto, á la posada,
se queda por buscar mucho sin nada.

Tambien se roba entre ellos lo robado,
que poca cuenta y amistad habia,
si no se pone en salvo á buen recado,
que allí el mayor ladron mas adquiría;
cuál lo saca arrastrando, cuál cargado
va, que del propio hermano no se fia:
mas parte á ningun hombre se concede
de aquello que llevar consigo puede.

Como para el invierno se previenen
las guardosas hormigas avisadas,
que á la abundante troje van y vienen
y andan en acarreos ocupadas,
no se impiden, estorban, ni detienen,
dan las vacías paso á las cargadas;
así los araucanos codiciosos
entran, salen y vuelven presurosos.

Quien buena parte tiene, mas no espera;
que presto pone fuego al aposento;
no aguarda que los otros salgan fuera,
ni tiene al edificio miramiento:
la codiciosa llama de manera
iba en tanto furor y crecimiento,
que todo el pueblo mísero se abrasá,
corriendo el fuego ya de casa en casa.

Por alto y bajo el fuego se derrama,
los cielos amenaza el son horrendo,
de negro humo espeso y viva llama
la infelice ciudad se va cubriendo:
treme la tierra en torno, el fuego brama,
de subir á su esfera presumiendo:
caen de rica labor maderamientos
resumidos en polvos cenicientos.

Piérdese la ciudad mas fertil de oro
que estaba en lo poblado de la tierra,
y á donde mas riquezas y tesoro,
segun fama, en sus términos se encierra:
¡oh cuantos vivirán en triste lloro
que les fuera mejor contínua guerra!
pues es mayor miseria la pobreza
para quien se vió en próspera riqueza.

A quien diez, y á quien veinte, y á quien treinta
mil ducados por año les rentára:
el mas pobre tuviera mil de renta,
de aqui ninguno de ellos abajára:
la parte de Valdivia era sin cuenta,
si la ciudad en paz se sustentára,
que en torno la cercaban ricas venas
fáciles de labrar y de oro llenas.

Cien mil casados súbditos servian
á los de la ciudad desamparada,
sacar tanto oro en cantidad podian
que á tenerse viniera casi en nada:
esto que digo y la opinion perdian
por aflojar el brazo de la espada,
ganados, heredades, ricas casas
que ya se van tornando en vivas brasas.

La grita de los bárbaros se entona,
no cabe el gozo dentro de sus pechos,
viendo que el fuego horrible no perdona
hermosas cuadras ni labrados techos:
en tanta multitud no hay tal persona
que de verlos se duela asi deshechos;
antes suspiran, gimen y se ofenden
porque tanto del fuego se defienden.

Parécoles que es lento y espacioso,
pues tanto en abrasarlos se tardaba,
y maldicen al Tracio proceloso
porque la flaca llama no esforzaba;

al [illegible]
un terrible alarido resonaba,
que junto con el humo y las centellas,
subiendo amenazaba las estrellas.
Crece la fiera llama en tanto grado
que las mas altas nubes encendia;
Tracio con movimiento arrebatado
sacudiendo los árboles venia;
y Vulcano al rumor, súcio y tiznado,
con los herreros fuelles acudia,
que ayudaron su parte al presto fuego,
y así se apoderó de todo luego.
Nunca fue de Neron el gozo tanto
de ver en la gran Roma poderosa
prendido el fuego ya por cada canto,
vista solo á tal hombre deleitosa;
ni aquello tan gran gusto le dió, cuanto
gusta la gente bárbara dañosa
de ver como la llama se extendia,
y la triste ciudad se consumia.
Era cosa de oir dura y terrible
de estallidos el son y grande estruendo;
el negro humo espeso é insufrible,
cual nube en aire, asi se va imprimiendo:
no hay cosa reservada al fuego horrible,
todo en sí lo convierte, resumiendo
los ricos edificios levantados
en antiguos corrales derribados.
Llegado al fin el último contento
de aquella fiera gente vengativa,
aun no parando en este el mal intento,
ni planta en pie, ni cosa dejan viva.
El incendio acabado, como cuento,
un mensagero con gran priesa arriba
del hijo de Leocan, y su embajada
será en el otro canto declarada.

CANTO VIII.

Júntanse los caciques y señores principales á consejo general en el valle de Arauco. Mata Tucapel al cacique Puchecalco, y Caupolican viene con poderoso ejército sobre la ciudad Imperial, fundada en el valle de Cauten.

Un limpio honor del ánimo ofendido,
jamas puede olvidar aquella afrenta,
trayendo al hombre siempre así encogido
que dello sin hablar da larga cuenta:
y en el mayor contento, desabrido
se le pone delante, y representa
la dura y grave afrenta, con un miedo
que todos le señalan con el dedo.
  Si bien esto los nuestros lo miráran
y al temor con esfuerzo resistieran,
sus haciendas y casas sustentáran,
y en la justa demanda feneciéran:

de mil desabrimientos no gustáran,
ni al terrero del vulgo se pusieran;
del vulgo, que jamas dice lo bueno,
ni en decir los defectos tiene freno.
Pero de un bando y de otro contemplada
la diferencia en número de gentes,
la ciudad sin reparos, descercada,
con otra infinidad de inconvenientes:
y el ver puestas al filo de la espada
las gargantas de tantos inocentes
niños, mugeres, vírgenes, sin culpa,
será bastante y lícita disculpa.
Si no es disculpa y causa lo que digo,
se puede atribuir este suceso
á que fue del Señor justo castigo,
visto de su soberbia el gran exceso:
permitiendo que el bárbaro enemigo,
aquel que fue su súbdito y opreso,
los eche de su tierra y posesiones,
y les ponga el honor en opiniones.
Bien que en la Concepcion copia de gente
estaba á la sazon, pero gran parte
de barba blanca y arrugada frente,
inútil en la dura y bélica arte;
y poca de la edad mas suficiente
á resistir el gran rigor de Marte,
y á la parcial fortuna, que se muestra
en todos los sucesos ya siniestra.
¿Quién podrá con el bando lautarino,
viendo que su opinion tanto crecia,
y la fortuna próspera el camino
en nuestro daño y su provecho abria?
No piensa reparar hasta el divino
cielo y arruinar su monarquía,
haciendo aquellos bárbaros bizarros,
grandes fieros, bravezas y desgarros.

Pues al pueblo de Penco desolado
y de la fiera llama consumido,
dije como á gran priesa habia llegado
un indio mensajero, conocido,
que por Caupolican era enviado;
y habiendo de su parte encarecido
la gran batalla, digna de memoria,
las gracias les rindió de la victoria.

Dijo tambien, sin alargar razones;
que el general mandaba que partiese
Lautaro con los prestos escuadrones,
y en el valle de Arauco se metiese,
donde el senado y junta de varones
tratase lo que mas les conviniese;
pues en el fertil valle hay aparejo
para la junta y general consejo.

En oyendo Lautaro aquel mandato;
levanta el campo, sin parar camina,
deja gran tierra atras, y en poco rato
al monte Andalicano se avecina:
y por llegar con súbito rebato
el camino torció por la marina,
ganosos de burlar al bando amigo,
tomando el nombre y voz del enemigo.

Tanto marchó, que al asomar del dia
dió sobre el general súbitamente,
con una baraunda y vocería
que puso en arma y alteró la gente:
mas vuelto el alboroto en alegría,
conocida la burla claramente,
los unos y los otros sin firmarse
sueltas las armas corren á abrazarse.

Caupolican alegre, humano y grave;
los recibe, abrazando al buen Lautaro,
y con regalo y plática suave
le da prendas y honor de hermano caro:

la gente, que de gozo en sí no cabe,
por la ribera de un arroyo claro,
en juntas y corrillos derramada,
celebran de beber la fiesta usada.

Algun tiempo pasaron despues de esto
antes que el gran senado fuese junto,
tratando en su jornada y presupuesto
desde el principio al fin sin faltar punto:
pero al término justo y plazo puesto
llegó la demas gente, y todo á punto,
los principales hombres de la tierra
entraron en consulta á uso de guerra.

Llevaba el general aquel vestido
con que Valdivia ante él fue presentado;
era de verde y púrpura, tejido
con rica plata y oro recamado,
un peto fuerte, en buena guerra habido,
de fina pasta y temple relevado,
la celada de claro y limpio acero,
y un mundo de esmeralda por cimero.

Todos los capitanes señalados
á la española usanza se vestian,
la gente del comun y los soldados
se visten del despojo que traían;
calzas, jubones, cueros desgarrados,
en gran estima y precio se tenian;
por inútil y bajo se juzgaba
el que español despojo no llevaba.

A manera de triunfos, ordenaron
el venir á la junta asi vestidos,
y en el consejo, como digo, entraron
ciento y treinta caciques escogidos:
por su costumbre antigua se sentaron,
segun que por la espada eran tenidos.
Estando en gran silencio el pueblo ufano,
asi soltó la voz Caupolicano:

Bien entendido tengo yo, varones,
para que nuestra fama se acreciente,
que no es menester fuerza de razones,
mas solo el apuntarlo brevemente;
que segun vuestros fuertes corazones,
entrar la España pienso facilmente,
y al gran emperador invicto Carlo
al dominio araucano sujetarlo.

Los españoles vemos que ya entienden
el peso de las mazas barreadas,
pues ni en campo ni en muro nos atienden:
sabemos como cortan sus espadas
y cuan poco las mallas los defienden
del corte de las hachas aceradas;
si sus picas son largas y fornidas,
con las vuestras han sido ya medidas.

De vuestro intento asegurarme quiero,
pues estoy del valor tan satisfecho,
que gruesos muros de templado acero
allanareis, poniéndoles el pecho:
con esta confianza, yo el primero
seguiré vuestro bando y el derecho
que teneis de ganar la fuerte España
y conquistar del mundo la campaña.

La deidad de esta gente entenderemos;
y si del alto cielo cristalino
deciende, como dicen, abriremos
á puro hierro anchísimo camino;
su género y linage asolaremos:
que no bastará ejército divino,
ni divino poder, esfuerzo y arte,
si todos nos hacemos á una parte.

En fin, fuertes guerreros, como digo,
no puede mi intencion mas declararse:
aquel que me quisiere por amigo,
á tiempo está que puede señalarse;

téngame desde aqui por enemigo
el que quisiere á paces arrimarse.
Aqui dió fin, y su intencion propuesta,
esperaba sereno la respuesta.

Ceja no se movió, y aun el aliento
apenas al espíritu halló via
mientras duró el soberbio parlamento
que el gran Caupolicano les hacia.
Hubo en el responder el cumplimiento
y ceremonia usada en cortesía;
á Lautaro tocaba, y excusado,
Lincoya asi responde levantado:

Señor, yo no me he visto tan gozoso
despues que en este triste mundo vivo,
como en ver manifiesto el valeroso
intento tuyo, el ánimo y motivo:
y asi, por pensamiento tan glorioso,
me ofrezco por tu siervo y tu cautivo:
que no quiero ser rey del cielo y tierra
si hubiese de acabarse aqui la guerra.

Y en testimonio desto, yo te juro
de te seguir y acompañar de hecho;
ni por áspero caso, adverso y duro,
á la patria volver jamas el pecho:
desto puedes, Señor, estar seguro;
y todo faltará y será deshecho
antes que la palabra acreditada
de un hombre como yo por prenda dada.

Asi dijo; y tras él, aunque rogado,
el buen Peteguelen, Curaca anciano,
de condicion muy áspera enojado,
pero afable en la paz, facil y humano,
viejo, enjuto, dispuesto, bien trazado,
señor de aquel hermoso y fértil llano,
con espaciosa voz y grave gesto
propuso en sus razones sábias esto:

Fuerte varon y capitan perfeto,
no dejaré de ser el delantero
á probar la fineza deste peto
y si mi hacha rompe el fino acero;
mas, como quien lo entiende, te prometo
que falta por hacer mucho primero
que salgan españoles desta tierra,
cuanto mas ir á España á mover guerra.

Bien será que, Señor, nos contentemos
con lo que nos dejaron los pasados,
y á nuestros enemigos desterremos
que están en lo mas dello apoderados:
despues, por el suceso entenderemos
mejor el disponer de nuestros hados.
Esto á mí me parece; y quien quisiere
proponga otra razon si mejor fuere.

Callando este cacique, se adelanta
Tucapelo, de cólera encendido,
y sin respeto asi la voz levanta
con un tono soberbio y atrevido,
diciendo: A mí la España no me espanta,
y no quiero por hombre ser tenido
si solo no arruïno á los cristianos,
ora sean divinos, ora humanos.

Pues lanzarlos de Chile y destruïrlos
no sera para mí bastante guerra;
que pienso, si me esperan, confundirlos
en el profundo centro de la tierra;
y si huyen, mi maza ha de seguirlos;
que es la que deste mundo los destierra:
por eso no nos ponga nadie miedo,
que aun no haré en hacerlo lo que puedo:

Y por mi diestro brazo os aseguro,
(si la maza dos años me sustenta)
á despecho del cielo, á hierro puro
de dar desto descargo y buena cuenta;

y no dejar de España enhiesto muro;
y aun el ánimo á mas se me acrecienta,
que despues que allanáre el ancho suelo
á guerra incitaré al supremo cielo.

Que no son hados, es pura flaqueza
la que nos pone estorbos y embarazos:
pensar que haya fortuna, es gran simpleza;
la fortuna es la fuerza de los brazos:
la máquina del cielo y fortaleza
vendrá primero abajo hecha pedazos,
que Tucapel en está y otra empresa
falte un mínimo punto en su promesa.

Peteguelen, la vieja sangre fria
se le encendió de rabia, y levantado
le dice: ¡oh arrogante! la osadía
sin discrecion jamas fue de esforzado...!
Pero Caupolican, que conocia
del viejo á tiempo el ánimo arrojado,
con discrecion le ataja las razones,
haciendo proponer á otros varones.

Puren se ofrece alli, y Angol se ofrece
no con menor braveza y desatiento:
Ongolmo no quedó, segun parece,
de mostrar su soberbio pensamiento:
del uno en otro multiplica y crece
el número en el mismo ofrecimiento.
Colocolo, que atento estaba á todo,
sacó la voz, diciendo de este modo:

La verde edad os lleva á ser furiosos,
¡oh hijos! y nosotros los ancianos
no somos en el mundo provechosos
mas de para decir consejos sanos;
que no nos ciegan humos vaporosos
del juvenil hervor y años lozanos:
y asi, como mas libres, entendemos
lo que siendo mancebos no podemos.

Vosotros, capitanes esforzados,
de sola una victoria envanecidos,
estais de tal manera levantados,
que os parecen ya pocos los nacidos:
templad, templad los pechos alterados
y esos vanos esfuerzos mal regidos;
no hagais de españoles tal desprecio,
que no venden sus vidas á mal precio.

Si dos veces, por dicha, los vencistes;
mirad cuando primero aqui vinieron
que resistir su fuerza no podistes,
pues mas de cinco veces os vencieron:
en el licúreo campo ya lo vistes
lo que solos catorce alli hicieron:
no será poco hecho y buen partido
cobrar la tierra y crédito perdido.

Debemos procurar con seso y arte
redimir nuestra patria, y libertarnos,
dando á vuestras bravezas menos parte,
pues mas pueden dañar que aprovecharnos.
¡Oh hijo de Leocan! quiero avisarte,
si quieres como sabio gobernarnos,
que temples esta furia, y con maduro
seso, pongas remedio en lo futuro.

El consejo mas sano y conveniente
es que el campo en tres bandas repartido,
á un tiempo, aunque por parte diferente,
dé sobre el Cauten, pueblo aborrecido:
bien que esté en su defensa buena gente,
es poca; y este asiento destruido,
Valdivia de allanar facil sería,
pues no alcanza arcabuz ni artillería.

Solo á mí Santiago me dá pena;
pero modo á su tiempo buscaremos
para poderla entrar, y la Serena
facilmente despues la allanaremos.

Aunque sujeto á lo que el hado ordena,
es el mejor camino que tenemos.
Acabando con esto el sábio viejo,
á muchos pareció bien su consejo.
Tras este otro Curaca, hechicero,
de la vejez decrépita impedido,
Puchecalco se llama el agorero,
por sabio en los pronósticos tenido,
con profundo suspiro, íntimo y fiero,
comienza asi á decir entristecido:
Al negro Eponamon doy por testigo
de lo que siempre he dicho y ahora digo.
Por un término breve se os concede
la libertad, y habeis lo mas gozado:
mudarse esta sentencia ya no puede,
que está por las estrellas ordenado,
y que fortuna en vuestro daño ruede:
mirad que os llama ya el preciso hado
á dura sujecion y trances fuertes:
repárense á lo menos tantas muertes.
El aire de señales anda lleno,
y las nocturnas aves van turbando
con sordo vuelo el claro dia sereno;
mil prodigios funestos anunciando:
las plantas con sobrado humor terreno
se van, sin producir fruto, secando:
las estrellas, la luna, el sol lo afirman;
cien mil agüeros tristes lo confirman.
Mírolo todo, y todo contemplado,
no sé en qué pueda yo esperar consuelo,
que de su espada el Orïon armado
con gran ruïna ya amenaza el suelo:
Júpiter se ha al Ocaso retirado;
solo Marte sangriento posee el cielo,
que denotando la futura guerra
enciende un fuego bélico en la tierra.

Ya la furiosa Muerte irreparable
viene á nosotros con airada diestra;
y la amiga Fortuna favorable
con diferente rostro se nos muestra;
y Eponamon horrendo y espantable,
envuelto en la caliente sangre nuestra,
la corba garra tiende, el cerro yerto,
llevándonos al no sabido puerto.

Tucapel, que de rabia reventando
estaba oyendo al viejo, mas no atiende,
que dice: Yo veré si adivinando
de mi maza esté necio se defiende:
diciendo esto, y la maza levantando,
la derriba sobre él, y asi lo tiende,
que jamas mudó curso de planeta
ni fue mas adivino ni profeta.

Quedóle desto el brazo tan sabroso,
segun la muestra, que movido estuvo
de dar tras el senado religioso,
y no sé la razon que lo detuvo.
Caupolican atónito y rabioso
trasportada la mente un rato estuvo;
mas vuelto en sí, con voz horrible y fiera
gritaba: Capitanes, muera! muera!

No le dió tanto gusto á aquella gente
lo que Caupolicano le decia,
cuanto al soberbio bárbaro impaciente
viendo que ocasion tal se le ofrecia:
era alto el tribunal, pero el valiente
los hace saltar de él tan á porfia,
que ciento y treinta que eran, en un punto
saltan los ciento y él tras ellos junto.

Los que en el alto tribunal quedaron
son los en esta historia señalados,
que jamas de su asiento se mudaron,
de donde lo miraban sosegados:

que de ver uno solo no curarón
mostrarse por tan poco alborotados,
aunque los que saltaron de tan alto
en menos estimaron aquel salto.
Cubierto Tucapel de fina malla
saltó como un ligero y suelto pardo
en medio de la tímida canalla,
haciendo plaza el bárbaro gallardo:
con silbos, grita, en desigual batalla,
con piedra, palo, flecha, lanza y dardo
le persigue la gente de manera
como si fuera toro ó brava fiera.
Segun suele jugar por gran destreza
el liviano montante un buen maestro
hiriendo con estraña ligereza
delante, atras, á diestro y á siniestro;
con mas desenvoltura y mas presteza,
mostrándose en los golpes fuerte y diestro,
el fiero Tucapel en la pelea
con la pesada maza se rodea.
De tullir y mancar no se contenta,
ni para contentarse esto le basta;
solo de aquellos tristes hace cuenta
que su maza los hace torta ó pasta:
rompe, magulla, muele y atormenta,
desgobierna, destroza, estrópia y gasta:
tiros llueven sobre él arrojadizos
cual tempestad furiosa de granizos.
Pero sin miedo el bárbaro sangriento
por las espesas armas discurria;
brazos, cabezas y ánimos sin cuento
soberbios quebrantó en solo aquel dia,
y cual menuda lluvia por el viento
la sangre y frescos sesos esparcia:
no discierne al pariente del estraño,
haciéndolos iguales en el daño.

Las armas eran solo en defenderle
de la canalla bárbara araucana,
que en monton trabajaba de ofenderle;
mas el temor la ofensa hacia liviana.
Era, cierto, admirable cosa verle
saltar y acometer con furia insana,
desmembrando la gente, sin poderse
de su maza y presteza defenderse.

Caupolican, del caso no pensado
en tal furor y cólera se enciende,
que estaba de bajar determinado
aunque su gravedad se lo defiende:
pero Lautaro alegre y admirado
miraba como solo asi contiende
un hombre contra tanto barbarismo,
incrédulo y dudoso de sí mismo.

Y en esto al General, con el debido
respeto y ojos bajos en el suelo
le dice: una merced, señor, te pido,
si algo merece mi intencion y celo,
y es, que el gran desacato cometido,
perdones francamente á Tucapelo,
pues ha mostrado en campo claramente
valer él mas que toda aquella gente.

Perplejo el General estaba en duda;
pero mirando al fin quién lo pedia,
luego el ejecutivo intento muda,
y con el rostro alegre respondia:
él ha tenido en vos bastante ayuda,
por la cual le perdono; y mas decia,
que fuese á las escuadras, y mandase
que el combatirle mas luego cesase.

Baja Lautaro al campo, y prestamente
el rico cuerno á retirar tocaba,
al son del cual se recogió la gente,
que recogerse á nadie le pesaba:

solo lo siente el bárbaro valiente,
que satisfecho á su sabor no estaba;
y volviendo á Lautaro el fiero gesto,
en alta y libre voz le dijo aquesto:
¿Cómo, buen capitan, has estorbado
el tomar desta vil canalla enmienda,
y verme destos rústicos vengado
para que mi valor mejor se entienda?
Lautaro le responde: es escusado
quien viniere contigo á la contienda
que se pueda valer contra tu diestra,
segun que dello has dado aqui la muestra.
Conmigo puedes ir, que te aseguro
que ningun daño ó mal te sobrevenga.
Tucapel le responde: yo te juro
que un paso ese temor no me detenga:
mi maza es la que á mí me da el seguro;
lo demas como quiera vaya y venga:
que el miedo es de los niños y mugeres.
Sús, alto, vamos luego á do quisieres.
Juntos los dos al tribunal llegando,
Tucapel de Lautaro adelantado,
subió por la escalera, no mostrando
punto de alteracion por lo pasado:
el sagaz General disimulando
con graciosa apariencia le ha tratado;
y de la rota plática el estilo
Lautaro asi diciendo añudó el hilo:
Invicto capitan, yo he estado atento
á lo que estos varones han propuesto,
y no sé figurarte el gran contento
que me da ver su esfuerzo manifiesto:
si de servirte tengo sano intento,
mis obras por las tuyas dirán esto;
pues para ser del todo agradecidas
será poco perder por tí mil vidas.

Estos fuertes guerreros ayudarte
quieren á restaurar la propia tierra;
porque en ello les va tambien su parte,
y por el vicio grande de la guerra:
no puedo yo dejar de aconsejarte,
(aunque todo el consejo en tí se encierra)
aquello que mejor me pareciere
y mas bien al bien público viniere.

Es mi voto que debes atenerte
al consejo, con término discreto,
del sabio Colocolo, que por suerte
le cupo ser en todo tan perfeto:
asi que, gran señor, sin detenerte,
cumple que esto se ponga por efeto
antes que los cristianos se aperciban,
porque mas flacamente nos reciban.

Y pues que Mapochó solo es temido,
despues que lo demas esté allanado,
por el potente Eponamon te pido
que el cargo de asolarle me sea dado:
la tierra palmo á palmo la he medido,
con españoles siempre he militado:
entiendo sus astucias é invenciones,
el modo, el arte, el tiempo y ocasiones.

Quinientos araucanos solamente
quiero para la empresa que yo digo,
escogidos en toda nuestra gente:
un soldado de mas no ha de ir conmigo.
Aqui lo digo, estando tú presente
y estos sabios caciques, que me obligo
de darte la ciudad puesta en las manos
con cien cabezas nobles de cristianos.

Aqui se cerró el bárbaro orgulloso,
y gran rato sobre ello platicaron:
pareciéndoles modo provechoso,
todos en este acuerdo concordaron;

despues do estaba el pueblo deseoso
de saber novedades, se bajaron,
donde lo difinido y decretado
con general pregon fue declarado.
Estuvieron alli catorce dias
en grande regocijo y mucha fiesta,
ocupados en juegos y alegrias,
y en quien mas veces bebe sobre apuesta:
despues contra los pueblos del Mesías
la alborozada gente en órden puesta,
marcha Caupolican con la vanguardia,
quedando Lemolemo en retaguardia.
Cerca llegó el ejército furioso
de la Imperial, fundada en sitio fuerte,
donde el fiero enemigo victorioso
la pensaba entregar presto á la muerte:
mas el Eterno Padre poderoso
lo dispone y ordena de otra suerte,
dilatando el azote merecido,
como vereis, prestando atento oído.



CANTO IX.

Llegan los araucanos á tres leguas de la Imperial con grueso ejército: no ha efecto su intencion por permision divina. Dan la vuelta á sus tierras, á donde les vino nueva que los españoles estaban en el asiento de Penco reedificando la ciudad de la Concepcion; vienen sobre los españoles, y hubo entre ellos una recia batalla.

Si los hombres no ven milagros tantos
como se vieron en la edad pasada,
es causa haber agora pocos santos,
y estar la ley cristiana autorizada:
y asi de cualquier cosa hacen espantos
que sobre el natural uso es obrada;
y no solo al Autor no dan creencia,
mas ponen en su crédito dolencia.

Que si al enfermo quiere Dios sanarle,
por su costumbre y tiempo convalece:
si al bajo miserable levantarle,
por modos ordinarios le engrandece:

si al soberbio hinchado derribarle,
por naturales términos se ofrece:
de suerte que las cosas de esta vida
van por su natural curso y medida.

Por do vemos que Dios quiere y procura
hacer su voluntad naturalmente,
sirviendo de instrumento la Natura,
sobre la cual él solo es el potente;
y asi los que creyeren por fe pura
merecen mas que si palpablemente
viesen lo que despues de ya visible
sacarlos de que fue seria imposible.

En contar una cosa estoy dudoso,
que soy de poner dudas enemigo,
y es un estraño caso milagroso
que fue todo un ejército testigo:
aunque yo soy en esto escrupuloso,
por lo que dello arriba, Señor, digo,
no dejaré en efeto de contarlo,
pues los indios no dejan de afirmarlo.

Y manifiesto vemos hoy en dia
que, porque la Ley sacra se estendiese,
nuestro Dios los milagros permitia
y que el natural orden se excediese:
Presumirse podrá por esta vía
que, para que á la fe se redujese
la bárbara costumbre y ciega gente,
usase de milagros claramente.

Ya dije que el ejército araucano
de la Imperial tres leguas se alojaba,
en un dispuesto asiento y campo llano;
y que Caupolican determinaba
entrar el pueblo con armada mano:
tambien como el castigo dilataba
Dios á su pueblo ingrato y sin enmienda,
usando de clemencia y larga rienda.

Estaba la Imperial desbastecida
de armas, de municion y vituálla;
bien que la gente della era escogida;
pero muy poca para dar batalla:
fuera por los cimientos destruïda,
cualquier fuerza bastára á arruinalla;
y persona de dentro no escapára
si a vista el pueblo bárbaro llegára.

Cuando el campo de alli queria mudarse,
que ya la trompa á caminar tocaba,
súbito comenzó el aire á turbarse,
y de prodigios tristes se espesaba:
nubes con nubes vienen á cerrarse,
turbulento rumor se levantaba,
que con airados ímpetus violentos
mostraban su furor los cuatro vientos.

Agua récia, granizo, piedra espesa
las intricadas nubes despedian:
rayos, truenos, relámpagos á priesa
rompen los cielos y la tierra abrian:
hacen los vientos áspera represa,
que en su entera violencia competian:
cuanto topa arrebata el torbellino,
alzándolo en furioso remolino.

Un miedo igual á todos atormenta:
no hay corazon, no hay ánimo asi entero,
que en tanta confusion, furia y tormenta
no temblase, aunque mas fuese de acero.
En esto Eponamon se les presenta
en forma de un dragon horrible y fiero,
con enroscada cola, envuelto en fuego,
y en ronca y torpe voz les habló luego,

Diciéndoles: que á priesa caminasen
sobre el pueblo español amedrentado;
que por cualquiera banda que llegasen
con gran facilidad seria tomado;

y que al cuchillo y fuego le entregasen
sin dejar hombre á vida y muro alzado.
Esto dicho, que todos lo entendieron,
en humo se deshizo, y no lo vieron.

Al punto los confusos elementos
fueron sus movimientos aplacando,
y los desenfrenados cuatro vientos
se van á sus cavernas retirando:
las nubes se retraen á sus asientos,
el cielo y claro sol desocupando:
solo el miedo en el pecho mas osado
no dejó su lugar desocupado.

La tempestad cesada, el raso cielo
vistió el húmido campo de alegría;
cuando con claro y presuroso vuelo
en una nube una muger venia
cubierta de un hermoso y limpio velo,
con tanto resplandor, que al medio dia
la claridad del sol delante della
es la que cerca dél tiene una estrella.

Desterrando el temor la faz sagrada
á todos confortó con su venida:
venia de un viejo cano acompañada,
al parecer de grave y santa vida:
con una blanda voz y delicada
les dice: ¿á donde andais, gente perdida?
volved, volved el paso á vuestra tierra,
no vais á la Imperial á mover guerra.

Que Dios quiere ayudar á sus cristianos
y darles sobre vos mando y potencia;
pues ingratos, rebeldes é inhumanos
asi le habeis negado la obediencia:
mirad, no vais allá, porque en sus manos
pondrá Dios el cuchillo y la sentencia.
Diciendo esto, y dejando el bajo suelo,
por el aire espacioso subió al cielo.

Los araucanos la vision gloriosa
de aquel velo blanquísimo cubierta
siguen con vista fija y codiciosa,
casi sin alentar la boca abierta:
ya que despareció, fue estraña cosa
que, como quien atónito despierta,
los unos á los otros se miraban
y ninguna palabra se hablaban.

Todos de un corazon y pensamiento,
sin esperar mandato ni otro ruego,
como si solo aquel fuera su intento,
el camino de Arauco toman luego:
van sin orden, ligeros como el viento;
paréceles que de un sensible fuego
por detras las espaldas se encendian,
y asi con mayor ímpetu corrian.

Heme, Señor, de muchos informado,
para no lo escribir confusamente:
á veinte y tres de abril, que hoy es mediado,
hará cuatro años cierta y justamente
que el caso milagroso aqui contado
aconteció, presente tanta gente,
el año de quinientos y cincuenta
y cuatro sobre mil por cierta cuenta.

Va la verdad en suma declarada,
segun que de los bárbaros se sabe,
y no de fingimientos adornada,
que es cosa que en materia tal no cabe.
Tienen ellos por cosa averiguada
(que no es en prueba desto poco grave)
que por esta vision hubo en dos años
hambres, dolencias, muertes y otros daños.

Que la mar, reprimiendo sus vapores,
faltó la agua y vertientes de la sierra,
talando el sol en tierna edad las flores,
ayudado del fuego de la guerra.

Como creció la seca y las calores,
por falta de humidad la árida tierra
rompió banco y alzóse con los frutos
dejando de acudir con sus tributos.
Causó que una maldad se introdujese
en el distrito y término araucano,
y fue que carne humana se comiese,
(¡inorme introducion, caso inhumano!)
y en parricidio atroz se convirtiese
el hermano en sustancia del hermano:
tal madre hubo, que al hijo muy querido
al vientre le volvió do habia salido.
Digo, pues, que los bárbaros llegando
al valle de Puren, paterno suelo,
las armas por entónces arrimando,
dieron lugar al tempestuoso cielo.
Es este tiempo, en estas partes, cuando
el encogido invierno con su hielo
del todo apoderándose en la tierra
pone punto al discurso de la guerra.
Espárcese y derrámase la gente,
dejan el campo y buscan los poblados;
cesa el fiero ejercicio comunmente,
la tierra cubren húmidos nublados.
Mas cuando enciende á Escorpio el sol ardiente
y la frígida nieve los collados
sacuden de sus cimas levantadas,
ya de la nueva hierba coronadas,
En este tiempo el bullicioso Marte
saca su carro con horrible estruendo,
y ardiendo en ira belicosa parte,
por el dispuesto Arauco discurriendo;
hace temblar la tierra á cada parte,
los ferrados caballos impeliendo;
y en la diestra el sangriento hierro agudo
bate con la siniestra el fuerte escudo.

Luego á furor movidos los guerreros
toman las armas, dejan el reposo;
acuden los remotos forasteros
al cebo de la guerra codicioso:
de los hierros renuevan los aceros;
templan la cuerda al arco vigoroso;
el peso de las mazas acrecientan,
y el duro freno de las astas tientan.

La gente andaba ya desta manera,
con el son de las armas y bullicio,
que codiciosa comenzar espera
el deseado bélico ejercicio:
juntáronse á la usada borrachera
(órden antigua y detestable vicio)
la mas ilustre gente y señalada
á dar difinicion en la jornada.

Tratando en general concilio estaban
del bien y aumentacion de aquel estado,
cuando cuatro soldados arribaban
con triste muestra y paso apresurado,
haciéndoles saber como ya andaban
en el sitio de Penco arruinado
cantidad de españoles trabajando,
un grueso y fuerte muro levantando;

Diciéndoles: venimos, oh guerreros,
de parte de los pueblos comarcanos
con facultad bastante á prometeros,
si desterrais de nuevo á los cristianos,
que pagarán con suma de dineros
el trabajo y labor de vuestras manos;
y no habiendo el efecto deseado,
la tercia parte hayais de lo asentado.

Viendo el poco reparo y resistencia
que sin vuestro favor todos tenemos,
les dimos llanamente la obediencia
que en el tiempo infelice dar solemos.

No fue por opresion, no fue violencia;
pues, aunque desdichados, entendemos
cuan breve es el sospiro de la muerte,
que pone fin y límite á la suerte:
Mas, porque estando Arauco tan vecino,
y fija en su favor la instable rueda,
la paz nos pareció mejor camino
para que remediar todo se pueda;
ya que lo estrague el áspero destino,
tiempo para morir despues nos queda;
pues no estarán los brazos tan cansados
que no puedan abrir nuestros costados.
Y pues os es patente y manifiesta
la embajada y gran priesa que traemos,
en ella hora tratad, que la respuesta
con la resolucion esperaremos:
brevedad os pedimos, que con esta
podrá ser que sin riesgo derribemos
la soberbia española y confianza,
antes que les dé esfuerzo la tardanza.
No se puede decir el gran contento
que les dió á los caciques la embajada:
de todos desde alli en el pensamiento,
antes que se acabase fue acetada:
pero tuvieron freno y sufrimiento;
que la primera voz estaba dada
al hijo de Leocan, que consultado,
asi responde en nombre del senado:
Estamos con razon maravillados
de lo que en este caso hemos oido,
¿y es verdad que hay cristianos tan osados
que quieren con nosotros mas ruido?
Sús, sús, que estos varones esforzados
acetan la promesa y el partido:
no dando entero fin á la jornada,
del trabajo no quieren llevar nada.

Bien os podeis volver luego con esto;
que sin duda en efeto lo pondremos,
y sobre los cristianos, lo mas presto
que se pueda dar orden, llegaremos;
donde se mostrará bien manifiesto
lo poco en que nosotros los tenemos:
pero habeis de advertir con sábio modo
que aviso se nos dé siempre de todo.

Muy alegres los cuatro se partieron
por llevar tal respuesta; y caminando
en breve á sus señores se volvieron,
que estaban por momentos aguardando:
y visto el buen despacho que trujeron,
el contento y traicion disimulando,
sufrian con discrecion las vejaciones
encubriendo las falsas intenciones.

Domésticos se muestran en el trato,
nadie toma la causa y la defiende,
conociendo que el medio mas barato
del araucano ejército depende;
y con doble y solícito contrato
la esperada venganza se pretende
debajo de humildad y gran secreto
para que su intencion viniese á efeto.

De nuestra gente y pueblo destrozado
gran descuido en hablar he yo tenido;
mas como es en el mundo acostumbrado
desamparar la parte del vencido:
asi yo tras el bando afortunado
he llevado camino tan seguido;
y si aqui la ocasion no me avisára
jamas pienso que della me acordára.

Conté de la ciudad la despoblada
y de sus ciudadanos el camino;
púselos en el fin de la jornada,
do forzoso dejarlos me convino:

pues volviendo á la historia comenzada
y al duro proceder de su destino,
estuvieron el tiempo en Santiágo
que yo dellos mencion aqui no hago.
Retirados alli, se reformaron
de todo el aparato conveniente,
donde por los mas votos acordaron
reedificar á Penco nuevamente.
Con gran trabajo y gasto levantaron
pequeña copia y número de gente:
afirmar la ocasion desto no puedo,
si fue la poca paga ó mucho miedo.
Al yermo Penco herboso habian llegado;
y un sitio, que en mitad del pueblo habia,
le tenian de tapion fortificado,
que en recogido cuadro le ceñía,
de dos fuertes bastiones abrigado,
que cada uno dos frentes descubria;
y á cada frente asiste una bombarda
que con maciza bala el paso guarda.
La gente comarcana, con fingida
muestra, la paz malvada aseguraba,
esperando la ayuda prometida
que á cencerros tapados caminaba;
pero no fue secreta esta partida,
pues entre los cristianos se trataba
que el valiente Lautaro habia pasado
las lomas con ejército formado.
Suénase que Purén alli venia,
Tomé, Pillolco, Angol y Cayeguano;
Tucapel, que en orgullo y bizarría
no le igualaba bárbaro araucano,
Ongolmo, Lemolemo y Lebopía,
Caniomangue, Elicura, Mareguano,
Cayocupil, Lincoya, Lepomande,
Chilcano, Leucoton y Mareande.

Todos estos varones señalados
fueron para esta guerra apercebidos
con otros dos mil pláticos soldados
en el copioso ejército escogidos.
Venian de fuertes petos arreados,
gruesas picas de hierros muy fornidos,
ferradas mazas, hachas aceradas,
armas arrojadizas y enastadas.

Desta manera el escuadron camina
en la callada noche y sombra escura,
debajo del gobierno y disciplina
del cuidoso Lautaro, que procura
llegar cuando la estrella matutina
alegra el mustio campo y la verdura;
antes que por aviso y doble trato
de su venida hubiese algun recato.

Pero los españoles, de un amigo
bárbaro que con ellos contrataba,
saben como el ejército enemigo
con riguroso intento se acercaba:
pues avisados desto, como digo,
y de cuanto en secreto se trataba,
al trance se aparejan y batalla,
requiriendo los fosos y muralla.

Era caudillo y capitan de España,
el noble montañes Juan de Alvarado,
hombre sagaz, solícito y de maña,
de gran esfuerzo y discrecion dotado;
el cual con órden y presteza estraña,
del presente peligro recatado,
sazon no pierde, tiempo y coyuntura;
antes las prevenciones apresura.

Que al punto, apercebidos los soldados,
en su lugar cada uno dellos puesto,
manda á nueve guerreros mas cursados
que salgan á correr la tierra presto;

y en la cerrada noche confiados
llegan al campo bárbaro, y en esto
del callado escuadron fueron sentidos,
levantando terribles alaridos.
La grita, el sobresalto, los rumores,
el súbito alboroto de la guerra,
las sonorosas trompas y atambores
hacen gemir y estrèmecer la tierra:
en esto los astutos corredores,
atravesando una pequeña sierra,
toman la vuelta por mas corta via,
dando aviso á la amiga compañía.
Juan de Alvarado con ingenio y arte
de la fuerza lo flaco fortifica,
y en lo mas necesario, allí reparte
gente del arcabuz y de la pica:
proveido recaudo en toda parte,
á recibir al araucano pica
con la ligera escuadra de caballo,
por no mostrar temor en esperallo.
La nueva claridad del dia siguiente
sobre el claro horizonte se mostraba,
y el sol por el dorado y fresco oriente
de rojo ya las nubes coloraba:
á tal hora Alvarado con su gente
del prevenido fuerte se alejaba
en busca de la escuadra lautarina,
que á mas andar tambien se lè avecina.
Los nuestros media legua aun no se habian
de aquel su muro lejos alongado,
cuando al calar de un monte descubrian
el araucano ejército ordenado.
Allí las limpias armas relucian
mas que el claro cristal del sol tocado,
cubiertas de altas plumas las celadas
verdes, azules, blancas, encarnadas;

¿Quién pintaros podrá el contento cuando
sienten los araucanos el ruido,
que, las diestras en alto levantando,
pusieron en el cielo un alarido?
Mil instrumentos bárbaros tocando,
con grande orgullo y paso mas tendido
se vienen acercando á los de España,
sonando en torno toda la campaña.

Quieren los españoles responderlos
con el horrible son de armada mano,
calan el monte á fin de acometerlos,
teniendo por mejor el sitio llano:
bajas las lanzas vienen á romperlos;
pero la osada muestra salió en vano,
que los bárbaros ya disciplinados
del todo se cerraron apiñados.

Tan espesas las picas derribaron
con pie y con rostro firme ácia delante;
que no solo el encuentro repararon,
pero á desbaratarlos fue bastante:
los nuestros sin romper se retiraron,
y ellos gloriosos con furor pujante
por dar remate al venturoso lance
siguen con pies ligeros el alcance.

Apretándolos iban reciamente,
los nuestros resistiendo y peleando,
hasta el estrecho paso de una puente,
que allí Lautaro, al cuerno aliento dando,
el araucano ejército obediente
se va al son conocido reparando;
del fuerte tanto trecho esto sería
cuanto tira un cañon de puntería.

Detúvose Lautaro, con intento
de esperar al caliente medio dia,
porque de la mañana el fresco viento
los caballos y gente alentaría:

reforma su escuadron, haciendo asiento
á vista de los nuestros, que á porfia
se habian al sitio fuerte recogido,
teniendo por mejor aquel partido.

Cuando el sol en el medio cielo estaba
no declinando á parte un solo punto,
y la aguda chicharra se entonaba
con un desapacible contrapunto,
el astuto Lautaro levantaba
su campo en escuadron cerrado y junto
con grande estruendo y paso concertado
ácia el sitio español fortificado.

Con audacia, desden y confianza
Lautaro contra el fuerte caminaba:
síguele atras la gente en ordenanza,
y él con gracioso término arrastraba
una larga, ñudosa y gruesa lanza,
que airoso poco á poco la terciaba;
y tanto por el cuento la blandia,
que juntar los estremos parecia.

Los pocos españoles salen fuera,
que encerrados no quieren esperallos;
de arcabuces delante una hilera,
otra de picas luego, y los caballos
á los lados: y asi desta manera
con fiera muestra vienen á buscallos.
Llegados á do ya podian herirse
los unos á los otros dejan irse;

Y de rencor intrínseco aguijados
los movidos ejércitos venian:
suenan los arcabuces asestados:
del humo, fuego y polvo se cubrian.
Los corvos arcos con vigor flechados
gran número de tiros despedian:
vuelan nubadas de armas enastadas,
por los valientes brazos arrojadas.

Cuales contrarias aguas á toparse
van con randa corriente sonorosa,
que, resistiendo al tiempo del mezclarse,
aquella mas violenta y poderosa
á la menos pujante sin pararse
volverla contra el curso es cierta cosa:
asi á nuestro escuadron forzosamente
le arrebató la bárbara corriente.

No pudiendo sufrir la fuerza brava
del número de gente y movimiento,
al español el bárbaro llevaba
como á liviana paja el recio viento.
Entran sin orden, que ya rota andaba,
todos mezclados en el fuerte asiento,
y dentro del cuadrado y ancho muro
comienzan pie con pie un combate duro.

Algunos españoles castigados
recogerse en la fuerza no quisieron,
que eran de corazones congojados
y de verse en estrecho rehuyeron:
quieren el campo abierto, y por los lados
del turbado monton se dividieron;
pero los de mas ser, con mano osada
procuran amparar la plaza entrada.

Allí quieren morir ó defenderse:
la carrera mas larga otros tomaron,
que acordaron con tiempo guarecerse:
otros á la marina se llegaron
metiéndose en un barco, sin poderse
sufrir, las corvas áncoras alzaron;
satisfaciendo al miedo y bajo intento
las velas con presteza dan al viento.

Quien en llegar es algo perezoso,
viendo levar el áncora á la nave,
no duda en arrojarse al mar furioso,
teniendo aquel morir por menos grave.

Quien antes no nadaba, de medroso
las olas rompe agora y nadar sabe:
mirad, pues, el temor á qué ha llegado,
que viene á ser de miedo el hombre osado.

Los que están en la fuerza retraidos,
como buenos guerreros se defienden;
muertos quieren quedar y no vencidos,
que ya solo un honrado fin pretenden:
y con tal presupuesto embravecidos,
sin esperanza de vivir ofenden,
haciendo en los contrarios tal estrago
que la plaza de sangre era ya lago.

Lautaro, gente y armas contrastando,
en la fuerza el primero entrado habia,
y muerto á dos soldados en entrando
que en suerte le cupieron aquel dia.
Lincoya iba hiriendo y derribando:
mas ¿ quién podrá decir la bravería
de Tucapel, que el cielo acometiera
si hallára algun camino ó escalera?

No entró el fuerte por puerta ni por puente,
ántes con desenvuelto y diestro salto,
libre el foso saltó ligeramente,
y estaba en un momento en lo mas alto:
no le pudo seguir por alli gente,
él solo de aquel lado dió el asalto;
mas, como si de mil fuera guardado,
se arroja luego en medio del cercado.

Apenas puso el pie firme en la plaza,
cuando el furioso bárbaro, esgrimiendo
la ejercitada, dura y gruesa maza,
iba los enemigos esparciendo:
no vale malla fina ni coraza;
y las celadas fuertes, no pudiendo
sufrir los recios golpes que bajaban,
machucando los sesos se abollaban.

Unos deja tullidos y contrechos,
otros para en su vida lastimados,
á quién hunde el pescuezo por los pechos,
á quién rompe los lomos y costados
cual si fueran de blanda cera hechos:
magulla, muele y deja derrengados,
y en el mayor peligro osadamente
se arroja sin temor de armas y gente.

Contra Ortiz revolvió con muestra airada
que habia muerto á Torquin, mozo animoso,
la maza alta, y la vista en él clavada,
rompe por el tropel de armas furioso:
no sé cuál fue la espada señalada
ni aquel brazo pujante y provechoso
que el mástil cercenó del araucano
y dos dedos con él de la una mano.

Con el encendimiento que llevaba
no sintió la herida de repente;
mas cuando el brazo y golpe descargaba,
que los dedos y maza faltar siente,
herida tigre hircana no es tan brava,
ni acosado leon tan impaciente
como el indio, que lleno de postema,
del cielo, infierno, tierra y mar blasfema.

Sobre las puntas de los pies estriba,
y en ellas la persona mas levanta:
el brazo cuanto puede atras derriba,
y el trozo impele con violencia tanta
que á Ortiz, que alta la espada sobre él iba,
la celada y los cascos le quebranta,
y del grave dolor desvanecido
dió en el suelo de manos sin sentido.

El bárbaro con esto no vengado,
viene sobre él con furia acelerada,
y con la diestra, aun no medrosa, airado,
á Ortiz arrebató la aguda espada;

alzándole la cota por un lado,
le atravesó de la una á la otra hijada;
y la alma del corporeo alojamiento
hizo el duro y forzoso apartamiento.

La espada á la siniestra el indio trueca,
sintiéndose tullido de la diestra,
y del golpe primero otro derrueca;
que tambien en herir era maestra:
como suele segar la paja seca
el presto segador con mano diestra;
asi aquel Tucapel con fuerza brava
brazos, piernas y cuellos cercenaba.

Dejándose guiar por do la ira
le llevaba furioso discurriendo,
unos hiere, maltrata, otros retira,
la espesa selva de astas deshaciendo:
acaso al Padre Lobo un golpe tira,
que contra cuatro estaba combatiendo;
el cual sin ver el fin de aquella guerra
dió el alma á Dios y el cuerpo dió á la tierra.

El grave Leucoton, no menos fuerte,
con el valor que el cielo le concede,
hiere, aturde, derriba y da la muerte,
que nadie en fuerza y ánimo le escede:
no sé cómo á escribirlo todo acierte,
que mi cansada mano ya no puede
por tanta confusion llevar la pluma,
y asi reduce mucho á breve suma.

Tambien Angol, soberbio y esforzado;
su corvo y gran cuchillo en torno esgrime,
hiere al jóven Diego Oro, y del pesado
golpe en la dura tierra el cuerpo imprime:
pero en esta sazon Juan de Alvarado,
la furia de una punta le reprime,
que al tiempo que el furioso alfange alzaba
por debajo del brazo le calaba.

No halló defensa la enemiga espada;
lanzándose por parte descubierta,
derecho al corazon hizo la entrada,
abriendo una sangrienta y ancha puerta:
la cara antes del jóven colorada
se vió de amarillez mustia cubierta;
descoyuntóle el brazo un mortal hielo,
batiendo el cuerpo helado el duro suelo.

El corpulento mozo Mareguano,
que airado á todas partes discurria,
llegó al tiempo que Angol por diestra mano
al riguroso hierro se rendia:
era su íntimo amigo y primo hermano,
de estrecho trato antiguo y compañía;
pues fue siempre en la vida igual la suerte,
quiero, dijo, tambien que sea en la muerte:

Y contra el matador con repentina
rabia, que el pecho y venas le abrasaba,
un macizo y fornido tronco empina,
y con fuerza sobre él lo derribaba.
Mas temiendo del golpe la ruina
Alvarado, que el ojo alerta estaba;
saca presto el caballo apercebido,
y en el suelo el troncon quedó metido.

Chilcan, Ongolmo, Cayeguan de un lado,
Lepomande y Purén en compañía,
habian asi á los nuestros apretado,
que ganaron gran crédito aquel dia:
Tomé, Cayocupil y el esforzado
Pillolco, Caniomangue y Lebopía,
Mareande, Elicura y Lemolemo
de su valor mostraron el estremo.

En esto un rumor súbito se siente
que los cóncavos cielos atronaba,
y era que la victoria abiertamente
por el bárbaro infiel se declaraba:

ya la española destrozada gente
al camino de Itáta enderezaba,
desamparando el suelo desdichado,
de sangre y enemigos ocupado.
Del todo á toda furia comenzando
iban los españoles la huída,
siempre mas el temor apresurando
con agudas espuelas la corrida.
Sigue el alcance y valos aquejando
la bárbara canalla embravecida,
envuelta en una espesa polvoreda,
matando al que por flojo atras se queda.
Alvarado con ánimo y cordura
los anima y esfuerza, y no aprovecha;
que la turbada gente en tal rotura
huye la muerte y plaza tan estrecha:
cuál encamina al monte, y cuál procura
de Mapochó la senda mas derecha,
y cuál, y cuál constante todavía,
animoso con Atropos porfia.
Estos honrosa muerte deseando
despreciaban la vida deshonrada;
aquel forzoso punto dilatando
con raro esfuerzo y valerosa espada:
presto quedó la plaza sin un bando,
de almas vacia y de cuerpos ocupada,
que animosos los pocos que quedaban
á las armas y muerte se entregaban.
Unos por los costados caen abiertos;
otros de parte á parte atravesados;
otros que de su sangre están cubiertos,
se rinden á la muerte desangrados:
al fin, todos quedaron allí muertos,
del riguroso hierro apedezados.
Vamos tras los que aguijan los caballos,
que no haremos poco en alcanzallos.

Quién por camino incierto, quién por senda
áspera, peligrosa y desusada,
bate al caballo y dále suelta rienda,
que el miedo es grande y grande la jornada:
el bárbaro escuadron con grita horrenda,
por sierra, monte, llano y por cañada
las espaldas les iba calentando,
hiriendo, dando muerte y derribando.

Habia de la comarca concurrido
gente armada por uno y otro lado,
que á la mira imparcial habia asistido
hasta ver el derecho declarado:
en esto alzando un súbito alarido,
con el orgullo á vencedores dado,
baja las armas, hasta allí neutrales,
en daño de las señas imperiales.

Sale en el codicioso seguimiento
de la española gente, que corria
con furia y ligereza mas que el viento,
sin hacerse uno á otro compañía:
la mucha turbacion y desatiento
que á los nuestros el miedo les ponia
los lleva sin caminos, esparcidos
por sierras, valles, montes, por ejidos.

Los que tienen caballos mas ligeros
¡oh cuán de corazon son envidiados!
¡qué poco se conocen compañeros
de largo tiempo y amistad tratados!
no aprovechan promesas de dineros,
ni de bienes allí representados:
tanto el miedo ocupado los habia
que lugar la codicia aun no tenia;

Antes los intereses despreciando
se muestran allí poco codiciosos,
tras las ricas celadas arrojando
petos de fina plata embarazosos:

y asi, de las promesas no curando,
jugaban los talones presurosos:
solo las alas de Icaro quisieran,
aunque pasando el mar se derritieran.
Juan y Hernando Alvarados la jornada
con el valiente Ibarra apresuraban,
animando la gente desmayada,
mas no por esto el paso moderaban:
abren por la carrera embarazada,
que ligeros caballos gobernaban,
y aunque con viva espuela los batian,
alargarse de un indio no podian.
Delante largo trecho de la gente,
á los tres les da caza y atormenta
un espaldudo bárbaro valiente
Rengo llamado, mozo de gran cuenta:
este solo los sigue osadamente
y á voces con palabras los afrenta;
y los aprieta y corre á campo raso,
sin poderle ganar un solo paso.
Jo! jo! (les va gritando) espera! espera!
que mas en castellano no sabia;
pero en su natural lengua primera
atrevidas injurias les decia.
Tres leguas los corrió desta manera,
que jamas de las colas se partia
por mucho que aguijasen los rocines,
llamándolos infames y ruines.
Llevaba una arma en alto levantada,
que no hay quien su facion y forma diga!
era una gruesa haya mal labrada
de la grandeza y peso de una viga;
de metal la cabeza barreada;
y esgrímela el garzon sin mas fatiga
que el presto esgrimidor suelto y liviano
juega el fácil baston con diestra mano.

Si alguna vez con el troncon pesado
los caballos el bárbaro alcanzaba,
era de fuerza el golpe tan cargado
que casi derrengados los dejaba;
así cada caballo escarmentado
sin espuelas el curso apresuraba:
que jamas fue baqueta en la corrida
como el baston del bárbaro temida.

Aunque gran trecho aquel follon se aleja
del seguro monton y amigo bando,
no por esto la dura empresa deja,
antes mas los persigue y va afrentando:
con prestos pies y maza los aqueja,
la nacion española profanando
en lenguage araucano, que entendian
los tres, que á mas correr dél se desvian.

Veinte veces revuelven los cristianos,
dando sobre él con súbita presteza;
á todos tres les da, llenas las manos,
con su diabólica arma y ligereza:
entre tanto llegaban los ufanos
indios en el alcance sin pereza;
y volviendo los tres á su carrera
el bárbaro y baston sobre ellos era.

No por áspero monte ni agria cuesta
afloja el curso y animoso brio;
antes cual correr suele sobre apuesta
tras las fieras el Puelche en desafio,
los corre, aflige, aprieta y los molesta;
y á diez millas de alcance, por do un rio
el camino atraviesa al mar corriendo,
se fue en la húmida orilla deteniendo.

El bárbaro escuadron parado habia;
solo el contumaz Rengo porfiando,
desistir de la empresa no queria,
aunque no ve persona de su bando;

los tres lasos cristianos á porfia
iban el ancho vado atravesando,
cuando Rengo cargó de una pesada
piedra la presta honda dél usada.
El tronco en el suelo húmido fijado,
rodea el brazo dos veces, despidiendo
el tosco y gran guijarro asi arrojado,
que el monte retumbó del sordo estruendo:
las ninfas por lo mas sesgo del vado,
las cristalinas aguas revolviendo,
sus doradas cabezas levantaron
y á ver el caso atentas se pararon.
El importuno bárbaro no cesa
ni afloja de la empresa que pretende;
ántes con silbos, grita y piedra espesa,
la agua á màs de la cinta los ofende;
y dándoles en esto mucha priesa,
el beber los caballos les defiende,
diciendo: sús, salid, salid afuera,
que yo os manterné campo en la ribera.
Viendo Alvarado á Rengo asi orgulloso,
de la soberbia tema ya impaciente,
dice á los dos: ¡oh caso vergonzoso,
que á tres nos siga un indio solamente
y triunfe de nosotros vitorioso!
no es bien que de españoles tal se cuente:
volvamos, y de aqui jamas pasemos
si primero morir no le hacemos.
Asi dijo, y las riendas revolviendo,
segunda vez el vado atravesaban;
de morir ó matarle proponiendo,
los caballos cansados aguijaban:
en esto el araucano, conociendo
la cólera y furor con que tornaban,
olvidando la maza y presupuesto,
las voladoras plantas mueve presto.

Una larga carrera por la arena
los tres á toda furia le siguieron,
aunque en valde tomaron esta pena,
que el indio mas corrió que ellos corrieron:
faltos, no de intencion pero de lena,
de cansados las riendas recogieron;
y en un áspero sitio y peligroso
les hizo rostro el bárbaro animoso.

Por espaldas tomó una gran quebrada,
revolviendo á los tres con osadía,
y á falta de la maza acostumbrada,
á menudo la honda sacudia:
de alli con mofa, silbos y pedrada,
sin poderle ofender los ofendia,
por ser aquel lugar despeñadero,
y mas que ellos el bárbaro ligero.

Visto Alvarado serle asi escusado
el fin de lo que tanto deseaba,
dejando libre al bárbaro esforzado,
que bien de mala gana se quedaba,
pasa otra vez el ya seguro vado,
y al usado camino se tornaba,
triste en ver que Fortuna por tal modo
se le mostraba adversa y dura en todo.

Habia dejado el campo lautarino
de seguir el alcance grande rato;
iban los españoles sin camino,
como ovejas que van fuera de hato.
De no seguirlos mas me determino,
que por lo que adelante dellos trato,
dejarlos por agora me es forzado
donde otras veces ya los he dejado.

Con la gente araucana quiero andarme,
dichosa á la sazon y afortunada;
y, como se acostumbra, desviarme
de la parte vencida y desdichada:

por donde tantos van quiero guiarme?
siguiendo la carrera tan usada,
pues la costumbre y tiempo me convence;
y todo el mundo es ya ¡*viva quien vence!*

¡Cuán usado es huir los abatidos
y seguir los soberbios levantados,
de la instable Fortuna favoridos
para solo despues ser derribados!
Al cabo estos favores, reducidos
á su valor, son bienes emprestados
que habemos de pagar con siete tanto,
como claro nos muestra el nuevo canto.



CANTO X.

Ufanos los araucanos de las victorias habidas, ordenan unas fiestas generales donde concurrieron diversas gentes asi extrangeras como naturales, entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias.

Cuando la Varia diosa favorece
y las dádivas prósperas reparte,
¡como al ánimo flaco fortalece,
que de triste muger se vuelve un Marte!
y derriba, acobarda, y enflaquece
el esfuerzo viril en la otra parte,
haciendo cuesta arriba lo que es llano
y un gran cerro la palma de la mano!
¡Quien vió los españoles colocados
sobre el mas alto cuerno de la luna
de sus famosos hechos rodeados,
sin punto y muestra de mudanza alguna!

¡Quien los ve en breve tiempo derribados!
¡Quien ve en miseria vuelta su fortuna,
seguidos, no de Marte dios sanguíneo,
pero del tímido sexo femíneo!
Mirad aqui la suerte tan trocada,
pues aquellos que al cielo no temian,
las mugeres, á quien la rueca es dada,
con varonil esfuerzo los seguian;
y con la diestra á la labor usada
las atrevidas lanzas esgrimian,
que por el hado próspero impelidas,
hacian crudos efectos y heridas.
Estas mugeres digo que estuvieron
en un monte escondidas esperando
de la batalla el fin; y cuando vieron
que iba de rota el castellano bando,
hiriendo el cielo á gritos descendieron,
el mugeril temor de sí lanzando;
y de ageno valor y esfuerzo armadas,
toman de los ya muertos las espadas:
Y á vueltas del estruendo y muchedumbre,
tambien en la victoria embebecidas,
de medrosas y blandas de costumbre
se vuelven temerarias homicidas:
no sienten ni les daban pesadumbre
los pechos al correr, ni las crecidas
barrigas de ocho meses ocupadas,
ántes corren mejor las mas preñadas.
Llamábase infelice la postrera,
y con ruegos al cielo se volvia,
porque á tal coyuntura en la carrera
mover mas presto el paso no podia.
Si las mugeres van desta manera,
¿la bárbara canalla cuál iria?
De aqui tuvo principio en esta tierra
venir tambien mugeres á la guerra.

Vienen acompañando á sus maridos;
y en el dudoso trance están paradas;
pero si los contrarios son vencidos
salen á perseguirlos esforzadas:
prueban la flaca fuerza en los rendidos
y si cortan en ellos sus espadas,
haciéndolos morir de mil maneras;
que la muger cruël eslo de veras.

Asi á los nuestros otra vez siguieron
hasta donde el alcance habia cesado,
y desde alli la vuelta al pueblo dieron
ya de los enemigos saqueado;
que cuando hacer mas daño no pudieron,
subiendo en los caballos que en el prado
sueltos sin orden y gobierno andaban,
á sus dueños por juego remedaban.

Quién hace que combate, y quién huïa,
y quién tras el que huye va corriendo;
quién finge que está muerto, y se tendïa,
quién correr procuraba no pudiendo:
la alegre gente asi se entretenia,
el trabajo importuno despidiendo,
hasta que el sol rayaba los collados
que el general llegó y los mas soldados.

Los unos y los otros aguijaban
con gran priesa á abrazarse estrechamente;
pero algunos, por mas que se esforzaban,
la envidia les hacia arrugar la frente:
francos los vencedores se mostraban,
repartiendo la presa alegremente;
que aun en el pecho vil contra natura
puede tanto la próspera ventura.

Una solemne fiesta en este asiento
quiso Caupolican que se hiciese,
donde del araucano ayuntamiento
la gente militar sola estuviese;

y con alegre muestra y gran contento,
sin que la popular se entremetiese,
en danzas, juegos, vicio y pasatiempo
allí se detuvieron algun tiempo.

Los juegos y ejercicios acabados,
para el valle de Arauco caminaron,
do á las usadas fiestas los soldados
de toda la provincia convocaron:
fueron bastantes plazos señalados;
joyas de gran valor se pregonaron,
de los que en ellas fuesen vencedores,
premios dignos de grandes contendores.

La fama de la fiesta iba corriendo
mas que los diligentes mensageros,
en un términno breve apercibiendo
naturales, vecinos y extrangeros:
gran multitud de gente concurriendo,
creció el número tanto de guerreros,
que ocupaban las tiendas forasteras
los valles, montes, llanos y riberas.

Ya el esperado catorceno dia,
que tanta gente estaba deseando,
al campo su color restituía,
las importunas sombras desterrando:
cuando la bulliciosa compañía
de los briosos jóvenes, mostrando
el juvenil hervor y sangre nueva,
en campo estaban prestos á la prueba.

Fue con solemne pompa referido
el orden de los precios, y el primero
era un lustroso alfange, guarnecido
por mano artificiosa de platero:
este premio fue allí constituido
para aquel que con brazo mas entero
tirase una fornida y gruesa lanza,
sobrando á los demas en la pujanza:

Y de cendrada plata una celada,
cubierta de altas plumas de colores,
de un cerco de oro puro rodeada,
esmaltadas en él varias labores,
fue la preciada joya señalada
para aquel que entre diestros luchadores
en la difícil prueba se estremase
y por señor del campo en pie quedase.

Un lebrel animoso, remendado,
que el collar remataba una venera
de agudas puntas de metal herrado,
era el precio de aquel que, en la carrera,
de todas armas y presteza armado,
arribase mas presto á la bandera
que una gran milla lejos tremolaba
y el trecho señalado limitaba:

Y de niervos un arco, hecho por arte,
con su dorada aljaba que pendia
de un ancho y bien labrado talabarte
con dos gruesas hebillas de ataujía,
este se señaló y se puso á parte
para aquel que con flecha á puntería,
ganando por destreza el precio rico,
llevase al papagayo el corvo pico.

Un caballo morcillo, rabicano,
tascando el freno estaba de cabestro,
precio del que con suelta y presta mano
esgrimiese el baston como mas diestro.
Por juez se señaló á Caupolicano,
de todos ejercicios gran maestro.
Ya la trompeta con sonada nueva
llamaba opositores á la prueba.

No bien sonó la alegre trompa, cuando
el jóven Orompello, ya en el puesto,
airosamente el manto derribando,
mostró el hermoso cuerpo bien dispuesto

y en la valiente diestra blandeando
una maciza lanza. Luego en esto
se ponen asimismo Lepomande,
Crino, Pillolco, Guambo y Mareande.
Estos seis, en igual hila corriendo,
las lanzas por los fieles igualadas,
á un tiempo las derechas sacudiendo,
fueron con seis gemidos arrojadas:
salen las astas con rumor crujiendo,
de aquella fuerza é ímpetu llevadas,
rompen el aire, suben hasta el cielo,
bajando con la misma furia al suelo.
La de Pillolco fue la asta primera
que falta de vigor á tierra vino,
tras ella la de Guambo, y la tercera
de Lepomande, y cuarta la de Crino,
la quinta de Mareande, y la postrera,
haciendo por mas fuerza mas camino,
la de Orompello fue, mozo pujante,
pasando cinco brazas adelante.
Tras estos otros seis lanzas tomaron,
de los que por mas fuertes se estimaban,
y aunque con fuerza estrema procuraron
sobrepujar el tiro, no llegaban:
otros tras estos, y otros seis probaron,
mas todos con vergüenza atras quedaban;
y por no detenerme en este cuento,
digo que lo probaron mas de ciento.
Ninguno con seis brazas llegar pudo
al tiro de Orompello señalado,
hasta que Leucoton, varon membrudo,
viendo que ya el probar habia aflojado,
dijo en voz alta: De perder no dudo,
mas porque todos ya me habeis mirado,
quiero ver este brazo lo que puede
y á do llegar mi estrella me concede.

Esto dicho, la lanza requerida,
en ponerse en el puesto poco tarda;
y dando una ligera arremetida,
hizo muestra de sí fuerte y gallarda:
la lanza por los aires impelida
sale cual gruesa bala de bombarba;
ó cual furioso trueno que, corriendo,
por las espesas nubes va rompiendo.

Cuatro brazas pasó con raudo vuelo
de la señal y raya delantera;
rompiendo el hierro por el duro suelo,
tiembla por largo espacio la asta fuera:
alza la turba un alarido al cielo,
y de tropel con súbita carrera
muchos á ver el tiro van corriendo,
la fuerza y tirador engrandeciendo.

Unos el largo trecho á pies median
y examinan el peso de la lanza,
otros por maravilla encarecian
del esforzado brazo la pujanza:
otros van por el precio, otros hacian
al vencedor cantares de alabanza,
de Leucoton el nombre levantando
le van en alta voz solemnizando.

Salta Orompello, y por la turba hiende,
y aquel rumor, colérico, baraja,
diciendo: aun no he perdido, ni se entiende
de solo el primer tiro la ventaja:
Caupolican la vara en esto tiende,
y á tiempo un encendido fuego ataja,
que Tucapel al primo habia acudido,
y otros con Leucoton se habian metido.

Caupolican, que estaba por juez puesto,
mostrándose imparcial, discretamente
la furia de Orompello aplaca presto
con sabrosas palabras blandamente:

y asi, no se altercando mas sobre esto,
conforme á la postura, justamente
á Leucoton, por mas aventajado,
le fue ceñido el corvo alfange al lado.

Acabada con esto la porfía,
y Leucoton quedando vitorioso,
Orompello á una parte se desvía,
del caso algo corrido y vergonzoso;
mas como sabio mozo lo encubria,
de verse en ocasiones deseoso
por do con Leucoton, y causa nueva,
venir pudiese á mas estrecha prueba.

Era Orompello mozo asaz valido,
que desde su niñez fue muy brioso,
manso, tratable, fácil, corregido,
y, en ocasion metido, valeroso;
de muchos en asiento preferido
por su esfuerzo y linage generoso,
hijo del venerable Mauropande,
primo de Tucapel y amigo grande.

Puesto nuevo silencio y despejado
el campo do la prueba se hacia,
el diestro Cayeguan, mozo esforzado,
á mantener la lucha se metia:
no pasó mucho, cuando de otro lado
con gran disposicion Torquin salia
de haber en él pujanza y ligereza,
ambos en el luchar de gran destreza.

Dada señal, con pasos ordenados
los dos gallardos bárbaros se mueven;
ya los viérades juntos, ya apartados,
ora tienden el cuerpo, ora le embeben:
por un lado y por otro recatados
se inquieren, cercan, buscan y remueven,
tientan, vuelven, revuelven y se apuntan,
y al cabo con gran ímpetu se juntan.

Hechas las presas y ellos recogidos,
en su fuerza procuran conocerse;
pero de ardor colérico encendidos
comienzan por el campo á revolverse:
cíñense pies con pies, y entretegidos
cargan á un lado y otro, sin poderse
llevar cuanto una mínima ventaja,
por mas que el uno y otro se trabaja.

Andando asi, en un tiempo, cauteloso
metió la pierna diestra Cayeguano;
quiso Torquin ceñirla codicioso
cargando con gran fuerza á aquella mano:
sácala á tiempo Cayeguan mañoso,
y el cuerpo de Torquin quedando en vano;
del mismo peso y fuerza que traia
á los pies enemigos se tendia.

Tras este el fuerte Rengo se presenta;
el cual, lanzando fuera los vestidos,
descubre la persona corpulenta,
brazos robustos, músculos fornidos:
mírale la confusa turba atenta,
que de cuatro entre todos escogidos
este valiente bárbaro era el uno,
jamas sobrepujado de ninguno.

Con gran fuerza los hombros sacudiendo
se apareja á la lucha y desafio,
y al vencedor contrario apercibiendo
le va á buscar con animoso brio:
de la otra parte Cayeguan saliendo
en medio de aquel campo á su albedrío;
vienen los dos gallardos á juntarse,
procurando en la presa aventajarse.

Un rato los juzgaron igualmente,
y anduvo en duda la vitoria incierta;
mas luego Rengo dió señal patente
con que fue su pujanza descubierta:

que entre los duros brazos reciamente
al triste Cayeguan, la boca abierta,
sin dejarle alentar, le retraía,
y acá y allá con él se revolvía.
  Alzóle de la tierra, y apretado,
en el aire gran pieza le suspende;
Cayeguan sin color, desalentado,
abre los brazos y las piernas tiende:
viéndolo asi rendido, el esforzado
Rengo que á la vitoria solo atiende,
dejándole bajar, con poca pena
le estampa de gran golpe en el arena.
  Sacáronle del campo sin sentido
y á su tienda en los hombros le llevaron:
todos la fuerza grande y el partido
de Rengo en alta voz solemnizaron:
pero cesando en esto aquel ruïdo,
á sus asientos luego se tornaron,
porque vieron que Talco aparejado
el puesto de la lucha habia tomado.
  Fue este Talco de pruebas gran maestro,
de recios miembros y feroz semblante,
diestro en la lucha y en las armas diestro,
ligero y esforzado, aunque arrogante;
y con todas las partes que aqui muestro,
era Rengo mas suelto y mas pujante,
usado en los robustos ejercicios,
que dello su persona daba indicios.
  Talco se mueve y sale con presteza;
Rengo espaciosamente se movia;
fíase mucho el uno en la destreza,
el otro en su vigor solo se fia:
en esto con estraña ligereza,
cuando menos cuidado en Talco habia,
un gran salto dió Rengo no pensado,
cogiendo al enemigo descuidado.

De la suerte que el tígre canteloso,
viendo venir lozano al suelto pardo,
el cuello bajo, lerdo y perezoso,
con ronco son se mueve á paso tardo,
y en un instante súbito y furioso
salta sobre él con ímpetu gallardo,
y echándole la garra, así le aprieta,
que le oprime, le rinde y le sujeta:

De esta manera Rengo á Talco afierra,
y, antes que á la defensa se prevenga,
tan recio le apretó contra la tierra,
que el lomo quebrantado lo derrienga:
viéndolo pues así, lo desafierra,
y á su puesto, esperando que otro venga,
vuelve, dejando el campo con tal hecho
de su estremada fuerza satisfecho.

Mas no hubo en hombre allí tal osadía
que á contrastar al bárbaro se atreva;
y así, porque la noche ya venia,
se difirió la comenzada prueba
hasta que el carro del siguiente dia
alegrase los campos con luz nueva:
sonando luego varios instrumentos,
de las mesas hinchieron los asientos.

Pues otro dia, saliendo de su tienda
el hijo de Leocan, acompañado
de gran gente, al lugar de la contienda
con altos instrumentos fue llevado:
Rengo, porque su fama mas se estienda,
dando una vuelta en torno del cercado
entró dentro con una bella muestra,
y á mantener se puso la palestra.

Bien por dos horas Rengo tuvo el puesto
sin que nadie la plaza le pisase,
que no se vió soldado tan dispuesto
que, viéndole, el lugar vacío ocupase:

pero ya Leucoton mirando en esto,
que, porque su valor mas se notase,
hasta ver el mas fuerte habia esperado,
con grave paso entró en el estacado.
Luego un rumor confuso y grande estruendo
entre el parlero vulgo se levanta
de ver estos dos juntos, conociendo
en ambos igualmente fuerza tanta.
Leucoton, la persona recogiendo,
á recebir á Rengo se adelanta,
que con gallardo paso se venia
de esfuerzo acompañado y lozanía.
Vienen al paragon dos animosos
que en esfuerzo y pujanza par no tienen:
unas veces aguijan presurosos,
otras frenan el paso y lo detienen:
andan en torno y miran cautelosos,
y á todos los engaños se previenen;
pero no tardó mucho que cerraron,
y con estrechos ñudos se abrazaron.
Juntándose los dos pechos con pechos,
van las últimas fuerzas apurando:
ya se afirman y tienen muy estrechos,
ya se arrojan en torno volteando,
ya los izquierdos, ya los pies derechos
se enclavijan y enredan, no bastando
cuanta fuerza se pone, estudio y arte,
á poder mejorarse alguna parte.
Acá y allá furiosos se rodean,
la fuerza uno del otro resistiendo;
tanto forcejan, gimen, hijadëan,
que los miembros se van entorpeciendo;
tiemblan de la fatiga y titubëan
las cansadas rodillas, no pudiendo
comportar el teson y furia insana,
que al fin eran de hueso y carne humana.

De sudor grueso y engrosado aliento
cubiertos los dos bárbaros andaban,
y del fogoso y recio movimiento
roncos los pechos dentro resonaban:
ellos siempre con mas encendimiento,
sacando nuevas fuerzas, procuraban
llegar la empresa al cabo comenzada
por ganar el honor y la celada.

Pero ventaja entre ellos conocida
no se vió allí, ni de flaqueza indicio;
ambos jóvenes son de edad florida,
iguales en la fuerza y ejercicio:
mas la suerte de Rengo enflaquecida,
y el hado, que hasta allí le fue propicio,
hicieron que perdiese á su despecho
del precio y del honor todo el derecho.

Habia en la plaza un hoyo ácia el un lado,
engaste de un guijarro y nuevamente
estaba de su asiento levantado
por el concurso y huella de la gente:
desto el cansado Rengo no avisado,
metió el pie dentro, y desgraciadamente;
cual cae de la segur herido el pino,
con no menor estruendo á tierra vino.

No la pelota con tan presto salto
resurte arriba del macizo suelo,
ni la águila, que al robo cala de alto,
sube en el aire con tan recio vuelo;
como de corrimiento el seso falto,
Rengo rabioso, amenazando al cielo,
se puso en pie, que aun bien no tocó en tierra,
y contra Leucoton furioso cierra.

Como en la fiera lucha Anteo temido
por el furioso Alcides derribado,
que de la Tierra madre recogido,
cobraba fuerza y ánimo doblado;

asi el airado Rengo embravecido,
que apenas en la arena habia tocado,
sobre el contrario arriba de tal suerte,
que al extremo llegó de honrado y fuerte.

Tanta afrenta, vergüenza y dolor siente
el público lugar considerando,
que abrasado de fuego y rabia ardiente
se le fueron las fuerzas aumentando;
y furioso, colérico, impaciente,
de suerte á Leucoton va retirando,
que apenas le resiste; y el suceso
oireis en el siguiente canto expreso.



CANTO XI.

Acábanse las fiestas y diferencias, y caminando Lautaro sobre la ciudad de Santiago, antes de llegar á ella hace un fuerte, en el cual metido, vienen los españoles sobre él, donde tuvieron una recia batalla.

Cuando los corazones nunca usados
á dar señal y muestra de flaqueza
se ven en lugar público afrentados,
entonces manifiestan su grandeza,
fortalecen los miembros fatigados,
despiden el cansancio y la torpeza,
y salen facilmente con las cosas
que eran antes, Señor, dificultosas.
  Así le avino á Rengo, que en cayendo
tanto esfuerzo le puso el corrimiento,
que lleno de furor y en ira ardiendo
se le dobló la fuerza y el aliento:

y al enemigo fuerte, no pudiendo
ganarle antes un paso, agora ciento
alzado de la tierra lo llevaba,
que aun afirmar los pies no le dejaba.
Adelante la cólera pasára
y hubiera alguna brega en aquel llano,
si, receloso de esto, no bajára
presto de arriba el hijo de Pillano,
que de Caupolican traía la vara,
y él propio los aparta de su mano:
que no fue poco, en tanto encendimiento
tenerle este respecto y miramiento.
Siendo desta manera sin ruïdo
despartida la lucha ya enconada,
le fue á Rengo su honor restituído,
mas quedó sin derecho á la celada:
aun no estaba del todo difinido,
ni la plaza de gente despojada,
cuando el mozo Orompello dijo presto:
mi vez ahora me toca, mio es el puesto.
Que bramando entre sí se deshacia
esperando aquel tiempo deseado,
viendo que Leucoton ya mantenia,
del tiro de la lanza no olvidado:
con gran desenvoltura y gallardía
salva el palenque y entra el estacado,
y en medio de la plaza, como digo,
llamaba cuerpo á cuerpo al enemigo.
La trápala y murmúrio en el momento
creció, porque parando el pueblo en ello,
conoce por alli cuán descontento
del fuerte Leucoton está Orompello:
témese que vendrán á rompimiento;
mas nadie se atraviesa á defendello,
antes la plaza libre les dejaron
y los vacios lugares ocuparon.

El pueblo, de la lucha deseoso,
la mas parte á Orompello se inclinaba;
mira los bellos miembros y el airoso
cuerpo que á la sazon se desnudaba,
la gracia, el pelo crespo y el hermoso
rostro, donde su poca edad mostraba,
que veinte años cumplidos no tenia,
y á Leucoton á fuerzas desafia.

Juzgan ser desconformes los presentes
las fuerzas de estos dos por la aparencia;
viendo del uno el garbo y los valientes
nlervos, edad perfeta y experiencia;
y del otro los miembros diferentes,
la tierna edad y grata adolecencia;
aunque á tal opinion contradecia
la muestra de Orompello y osadía:

Que puesto en su lugar, ufano espera
el son de la trompeta, como cuando
el fogoso caballo en la carrera
la seña del partir está aguardando;
y cual halcon, que en la húmida ribera
ve la garza de lejos blanqueando,
que se alegra y se pule ya lozano,
y está para arrojarse de la mano.

El gallardo Orompello asi esperaba
aquel alegre son para moverse,
que de ver la tardanza, imaginaba
que habian impedimentos de ofrecerse.
Visto que tanto ya se dilataba,
queriendo á su sabor satisfacerse,
derecho á Leucoton sale animoso;
que no fue en recebirle perezoso.

En gran silencio vuelto el rumor vano,
quedando mudos todos los presentes,
en medio de la plaza, mano á mano,
salen á se probar los dos valientes.

Como cuando el lebrel y fiero alano,
mostrándose con ronco son los dientes,
yertos los cerros y ojos encendidos,
se vienen á morder embravecidos;

De tal modo los dos amordazados,
sin esperar trompeta ni padrino,
de corage y rencor estimulados,
de medio á medio parten el camino,
y en un instante iguales, aferrados,
con extremada fuerza y diestro tino
se ciñeron los brazos poderosos,
echándose á los pies lazos ñudosos.

Las desconformes fuerzas, aunque iguales,
los lleva, arroja y vuelve á todos lados;
viéranlos sin mudarse á veces tales
que parecen en tierra estar clavados:
donde ponen los pies, dejan señales,
cavan el duro suelo, y apretados,
juntándose rodillas con rodillas,
hacen crugir los huesos y costillas.

Cada cual del valor, destreza y maña
usaba que en tal tiempo usar podia,
viendo el duro teson y fuerza extraña
que en su recio adversario conocia:
revuélvense los dos por la campaña,
sin conocerse en nadie mejoría;
pero tanto de acá y de allá anduvieron
que ambos juntos á un tiempo en tierra dieron.

Fue tan presto el caer, y en el momento
tan presto el levantarse, por manera,
que se puede decir que el mas atento,
á mover la pestaña, no lo viera:
ventaja ni señal de vencimiento
juzgarse por entonces no pudiera;
que Leucoton arrodilló en el llano
y Orompello tocó sola una mano.

En esto los padrinos se metieron,
y á cada lado el suyo retirando,
en disputa la lucha resumieron,
sus puntos y razones alegando:
de entrambas partes gentes acudieron,
la porfia y rumor multiplicando;
quién daba al uno el precio, honor y gloria;
quién cantaba del otro la vitoria.

Tucapelo, que estaba en un asiento
á la diestra del hijo de Pillano,
visto lo que pasaba, en el momento
salta en la plaza, la ferrada en mano;
y con aquel usado atrevimiento
dice: El precio ganó mi primo hermano,
y si alguno esta causa me defiende,
haréle yo entender que no lo entiende:

La joya es de Orompello, y quien bastante
se crea á reprobar el voto mio,
en campo estamos, hágase adelante,
que en suma le desmiento y desafio.
Leucoton con un término arrogante
dice: Yo amansaré tu loco brio
y el vano orgullo y necio devaneo,
que mucho tiempo ha ya que lo deseo.

Conmigo lo has de haber, que comenzado
juego tenemos ya, dijo Orompello.
Responde Leucoton fiero y airado:
contigo y con tu primo quiero habello.
Caupolican en esto era llegado,
que del supremo asiento, viendo aquello,
habia bajado á la sazon, confuso,
y allí su autoridad toda interpuso.

Leucoton y Orompello, conociendo
que el gran Caupolican allí venia,
las enconosas voces deteniendo
cada cual por su parte se desvía:

mas Tucapel, la maza revolviendo,
que otro acuerdo y concierto no queria,
lleno de ira diabólica, no calla,
llamando á todo el mundo á la batalla.
Ruego y medios con él no valen nada
del hijo de Leocan ni de otra gente,
diciendo que á Orompello la celada
por vencedor le dén primeramente:
despues, que en plaza franca y estacada
con Leucoton le dejen libremente,
donde aquella disputa se decida,
perdiendo de los dos uno la vida.
Puesto Caupolican en este aprieto,
lleno de rabia y de furor movido,
le dice: haré que guardes el respeto
que á mi persona y cargo le es debido.
Túcapel le responde: yo prometo
que por temor no baje del partido;
y aquel que en lo que digo no viniere,
haga á su voluntad lo que pudiere.
Guardaréte respeto, si derecho
en lo que justo pido me guardares;
y mientras que con recto y sano pecho
la causa sin pasion de esto mirares:
mas si, contra razon, solo de hecho,
torciendo la justicia lo llevares,
por tí y tu cargo, y todo el mundo junto,
no perderé de mi derecho un punto.
Caupolican, perdida la paciencia,
se mueve á Tucapel determinado;
mas Colocolo, viejo de experiencia,
que con temor le andaba siempre al lado,
le hizo una acatada resistencia
diciendo: ¿ estás, Señor, tan olvidado
de tí y tu autoridad y salud nuestra
que lo pongas en solo alzar la diestra?

Mira, Señor, que todo se aventura:
mira que están los mas ya diferentes:
de Tucapel conoces la locura
y la fuerza que tiene de parientes;
lo que enmendarse puede con cordura
no lo enmiendes con sangre de inocentes:
dale á Orompello el contendido precio,
y otro al competidor de igual aprecio.

Si por rigor y término sangriento
quieres poner en riesgo lo que queda,
(puesto que sobre fijo fundamento
fortuna á tu sabor mueva la rueda,
y el juvenil furor y atrevimiento
castigar á tu salvo te conceda)
queda tu fuerza mas disminuida;
y al fin tu autoridad menos temida.

Pierdes dos hombres, pierdes dos espadas
que el límite araucano han extendido,
y en las fieras naciones apartadas
hacen que sea tu nombre tan temido:
si agora han sido aqui desacatadas,
mira lo que otras veces han servido
en trances peligrosos, derramando
la sangre propia y del contrario bando.

Imprimieron así en Caupolicano
las razones y celo de aquel viejo,
que frenando el furor dijo: en tu mano
lo dejo todo y tomo ese consejo.
Con tal resolucion, el sabio anciano;
viendo abierto camino y aparejo,
habló con Leucoton, que vino en todo,
y á los primos despues del mismo modo.

Y así el viejo eficaz los persuadiera,
que en tal discordia y caso tan diviso,
lo que el mundo universo no pudiera
pudo su discrecion y buen aviso:

fuélos, pues, reduciendo de manera,
que vinieron á todo lo que quiso;
pero con condicion que la celada
por precio al Orompello fuese dada.
Pues la rica celada allí traída
al ufano Orompello le fue puesta;
y una cuera de malla guarnecida
de fino oro á la par vino con esta,
y al mismo tiempo á Leucoton vestida.
Todos conformes, en alegre fiesta
á las copiosas mesas se sentaron,
donde mas la amistad confederaron.
Acabado el comer, lo que del dia
les quedaba, las mesas levantadas,
se pasó en regocijo y alegría,
tegiendo en corros danzas siempre usadas,
donde un número grande intervenia
de mozos y mugeres festejadas;
que las pruebas cesaron y ocasiones
atento á no mover nuevas cuestiones.
Cuando la noche el horizonte cierra
y con la negra sombra al mundo abraza,
los principales hombres de la tierra
se juntaron en una antigua plaza
á tratar de las cosas de la guerra,
y en el discurso dellas dar la traza,
diciendo que el subsidio padecido
habia de ser con sangre redemido.
Salieron con que al hijo de Pillano
se cometiese el cargo deseádo,
y el número de gente por su mano
fuese absolutamente señalado:
tal era la opinion del araucano
y tal crédito y fama habia alcanzado,
que si asolar el cielo prometiera
crédito á la promesa se le diera.

Y entre la gente jóven mas granada
fueron por él quinientos escogidos,
mozos gallardos, de la vida airada,
por mas bravos que pláticos tenidos:
y hubo de otros por ir esta jornada
tantos ruegos, protestos y partidos,
que excusa no bastó ni impedimento
á no exceder la copia en otros ciento.

Los que Lautaro escoge son soldados
perdidos por bullicio y disensiones,
en el duro trabajo ejercitados,
diabólicos, rufianes, desgarrones,
á cualquiera maldad determinados,
amigos de mudanzas y cuestiones,
homicidas, sangrientos, temerarios,
grandísimos ladrones y corsarios.

Con esta buena gente caminaba
pacífico hasta el Maule atravesando,
y las tierras, despues, por do pasaba
iba á fuego y á sangre sujetando:
todo sin resistir se le allanaba,
sometiéndose al yugo y nuevo mando;
caciques y señores le obedecen,
con haciendas y gentes se le ofrecen.

Los bárbaros en pueblos y ciudades
la comarca arruïnan y destruyen:
talan comidas, casas y heredades,
que los indios de miedo al pueblo huyen:
estupros, adulterios y maldades
por violencia sin término concluyen,
no reservando edad, estado y tierra,
que á fuego y sangre rota era la guerra.

No paran, con la gana que tenian
de venir con los nuestros á la prueba:
los indios comarcanos que huían
llevan á la ciudad la triste nueva:

rumores y alborotos se movian;
el bélico bullicio se renueva,
aunque algunos que el caso contemplaban
á tales nuevas crédito no daban.

Dicen que era locura claramente
pensar que asi una escuadra desmandada
de tan pequeño número de gente
se atreviese á emprender esta jornada,
y mas contra ciudad tan eminente,
y lejos de su tierra y apartada;
pero los que de Penco habian salido
tienen por mas el daño que el ruido.

Votos hay que saliesen al camino,
estos son de los jóvenes briosos;
otros que era imprudencia y desatino,
por los pasos y sitios peligrosos:
á todos con presteza se previno,
que de grandes reparos ingeniosos
el pueblo fortalecen, y en un punto
despachan corredores todo junto,

Debajo de un caudillo diligente,
que verdadera relacion trujese
del número y designio de la gente;
con comision, si lance le saliese
á su honor y defensa conveniente,
que al bárbaro escuadron acometiese,
volviendo á rienda suelta dos soldados
para que dello fuesen avisados.

Por no haber caso en esto señalado,
abrevio con decir que se partieron,
y al cuarto dia, con ánimo esforzado,
sobre el campo enemigo amanecieron:
travóse el juego, y no duró travado,
que los bárbaros luego los rompieron;
y todos con cuidado y pies ligeros
revolvieron á ser los mensageros.

Sin aliento, cansados y afligidos
vuelven con testimonio asaz bastante,
de cómo fueron rotos y vencidos
por la fuerza del bárbaro pujante,
lasos, llenos de sangre, mal heridos,
con pérdida de un hombre, el cual delante
y enmedio de los campos desmandado,
á manos de Lautaro habia espirado.

Cuentan, que levantado un muro habia
á donde con sus bárbaros se acoge,
y que infinita gente le acudia,
de la cual la mas diestra y fuerte escoge:
tambien que bastimentos cada dia
y cantidad de municion recoge,
afirmando por cierto, fuera desto;
que sobre la ciudad llegará presto.

Quien incrédulo dello antes estaba,
teniendo alli el venir por desvarío,
á tan clara señal crédito daba,
helándole la sangre un miedo frio:
quién de pura congoja trasudaba,
que de Lautaro ya conoce el brio;
quién con ardiente y animoso pecho
bramaba por venir mas presto al hecho.

Villagran enfermado acaso habia,
no puede á la sazon seguir la guerra;
mas con ruegos y dádivas movia
la gente mas gallarda de la tierra:
y por caudillo en su lugar ponia
un caro primo suyo, en quien se encierra
todo lo que conviene á buen soldado,
Pedro de Villagran era llamado.

Este, sin mas tardar, tomó el camino
en demanda del bárbaro Lautaro,
y el cargo que tan loco desatino
como es venir alli le cueste caro:

dióse tal priesa á andar, que presto vino
á la corva ribera del rio claro,
que vuelve atras en círculo gran trecho;
despues hasta la mar corre derecho.

Media legua pequeña, elige un puesto,
de donde estaba el bárbaro alojado,
en el lugar mejor y mas dispuesto,
y allí por ver la noche ha reparado:
estaba á cualquier trance y rumor presto,
de guardia y centinelas rodeado,
cuando sin entender la cosa cierta
gritaban: arma! arma! alerta! alerta!

Esto fue que Lautaro habia sabido
como allí nuestra gente era llegada,
que despues de la haber reconocido
por su misma persona y numerada,
volvióse sin de nadie ser sentido;
y mostrando estimar aquello en nada;
hizo de los caballos que tenia
soltar el de mas furia y lozanía.

Diciendo en alta voz: si no me engaño;
no deben de saber que soy Lautaro
de quien han recibido tanto daño,
daño que no tendrá jamas reparo:
mas, porque no me tengan por extraño;
y el ser yo aquí venido sea mas claro,
sabiendo con quien vienen á la prueba,
quiero que este rocin lleve la nueva.

Diez caballos, Señor, habia ganado
en la refriega y última revuelta:
el mejor ensillado y enfrenado,
porque diese el aviso cierto, suelta:
siendo el feroz caballo amenazado,
ácia el campo español toma la vuelta
al rastro y al olor de los caballos,
y esta fue la ocasion de alborotallos.

Venia con un rumor y furia tanta,
que dió mas fuerza al arma y mayor fuego;
la gente recatada se levanta
con sobresalto y gran desasosiego:
el escándalo tanto no fue cuanta
era despues la burla, risa y juego,
de ver que un animal de tal manera
en arma y alboroto los pusiera.

Pasaron sin dormir la noche en esto,
hasta el nuevo apuntar de la mañana,
que con ánimo y firme presupuesto
de vencer ó morir de buena gana
salen del sitio y alojado puesto
contra la gente bárbara araucana;
que no menos estaba acudiciada
de venir al efecto de la espada.

Un edicto Lautaro puesto habia
que quien fuera del muro un paso diese,
como por crimen grave y rebeldía,
sin otra informacion luego muriese:
así, el temor frenando á la osadía,
por mas que la ocasion la conmoviese,
las riendas no rompió de la obediencia
ni el ímpetu pasó de su licencia.

Del muro estaba el bárbaro cubierto;
no dejando salir soldado fuera;
quiere que su partido sea mas cierto,
encerrando á los nuestros, de manera
que no les aproveche en campo abierto
de ligeros caballos la carrera,
mas solo ánimo, esfuerzo y entereza,
y la virtud del brazo y fortaleza.

Era el orden asi, que acometiendo
la plaza, al tiempo del herir volviesen
las espaldas los bárbaros huyendo,
porque dentro los nuestros se metiesen;

y algunos por defuera revolviendo,
antes que los cristianos se advirtiesen,
ocuparles las puertas del cercado,
y combatir allí á campo cerrado.
Con tal ardid los indios aguardaban
á la gente española que venia;
y en viéndola asomar, la saludaban
alzando una terrible vocería:
soberbios desde allí la amenazaban
con audacia, desprecio y bizarría,
quién la fornida pica blandeando,
quién la maza ferrada levantando.
Como toros que van á ser lidiados,
cuando aquellos que cerca los desean,
con silbos y rumor de los tablados
(seguros del peligro) los torean,
y en su daño los hierros amolados
sin miedo amenazándolos blandean;
así la gente bárbara araucana
del muro amenazaba á la cristiana.
Los españoles, siempre con semblante
de parecerles poca aquella caza,
paso á paso caminan adelante,
pensando de allanar el fuerte y plaza,
en alta voz diciendo: no es bastante
el muro, ni la pica y dura maza
á estorbaros la muerte merecida,
por la gran desvergüenza cometida.
Llegados de la fuerza poco trecho,
reconocida bien por cada parte,
pónenle el rostro, y sin torcer, derecho
asaltan el fosado baluarte:
por acabado tienen aquel hecho:
de los bárbaros huye la mas parte,
ganan las puertas francas con gran gloria,
cantando en altas voces la vitoria.

No hubiera relacion deste contento
si los primeros indios aguardáran
tanto espacio y sazon cuanto un momento
que las puertas los últimos tomáran:
mas viéndolos entrar, sin sufrimiento,
ni poderse abstener, luego reparan:
haciendo la señal que no debian,
hicieron revolver los que huian.

Como corre el caballo cuando ha olido
las yeguas que atras quedan y querencia,
que allí el intento inclina y el sentido,
gime y relincha con celosa ausencia,
afloja el curso, atras tiende el oído
alerto á si el señor le da licencia,
que á dar la vuelta aun no le ha señalado,
cuando sobre los pies ha volteado;

De aquel modo los bárbaros huyendo,
con muestra de temor, aunque fingida,
firman el paso presuroso oyendo
la alegre y cierta seña conocida:
y en contra de los nuestros esgrimiendo
la cruda espada, al parecer rendida,
vuelven con una furia tan terrible
que el suelo retembló del son horrible.

Como por sesgo mar del manso viento
siguen las graves olas el camino,
y con furioso y recio movimiento
salta el contrario Coro repentino;
que las arenas del profundo asiento
las saca arriba en turbio remolino,
y, las hinchadas olas revolviendo,
al tempestuoso Coro van siguiendo;

De la misma manera á nuestra gente,
que el alcance sin término seguía,
la súbita mudanza de repente
le turbó la victoria y alegría:

que, sin se reparar, violentamente
por el mismo camino revolvia,
resistiendo con ánimo esforzado
el número de gente aventajado.
Mas como un caudaloso rio de fama,
la presa y palizada desatando,
por inculto camino se derrama,
los arraigados troncos arrancando;
cuando con desfrenado curso brama,
cuanto topa delante arrebatando,
y los duros peñascos enterrados
por las furiosas aguas son llevados;
Con ímpetu y violencia semejante
los indios á los nuestros arrancaron,
y, sin pararles cosa por delante,
en furiosa corriente los llevaron:
hasta que con veloz furor pujante
de la cerrada plaza los lanzaron,
que el miedo de perder allí la vida
les hizo el paso llano á la salida.
De mas priesa y con pies mas desenvueltos
los sueltos españoles que á la entrada,
en una polvorosa nube envueltos
salen del cerco estrecho y palizada:
entre ellos van los bárbaros revueltos,
una gente con otra amontonada,
que sin perder un punto se herian
de manos y de pies como podian.
No el alzado antepecho y agujeros
que fuera dél en torno habia cavados,
ni la fagina y suma de maderos
con los fuertes bejucos amarrados
detuvieron el curso á los ligeros
caballos, de los hierros ostigados;
que, como si voláran por el viento,
salieron á lo llano en salvamento.

Los españoles sin parar corriendo,
libre la plaza á los contrarios dejan,
que la fortuna próspera siguiendo
con prestos pies y manos los aquejan:
pero los nuestros, el morir temiendo,
siempre alargan el paso y mas se alejan,
reparando á las veces reciamente
la gran furia y pujanza de la gente.
Bien una legua larga habian corrido
á toda furia por la seca arena;
solo Lautaro no los ha seguido,
lleno de enojo y de rabiosa pena:
viendo el poco sosten del mal regido
campo, tan recio el rico cuerno suena,
que los mas delanteros lo sintieron,
y al son, sin mas correr, se retrujeron.
Estaba asi impaciente y enojado,
que mirarle á la cara nadie osaba,
y al pabellon él solo retirado
un nuevo edicto publicar mandaba,
que guerrero ninguno fuese osado
salir un paso fuera de la cava,
aunque los españoles revolviesen
y mil veces el fuerte acometiesen.
Despues llamando á junta á los soldados,
(aunque ardiendo en furor) templadamente
les dice: amigos, vamos engañados
si con tan poco número de gente
pensamos allanar los levantados
muros de una ciudad asi eminente:
la industria tiene aqui mas fuerza y parte
que la temeridad del fiero Marte.
Esta los fieros ánimos reprime,
y á los flacos y débiles esfuerza:
las cervices indómitas oprime
en el yugo domésticas por fuerza:

esta el honor y pérdidas redime,
y la sazon á usar della nos fuerza;
que la industria solícita y fortuna
tienen conformidad y andan á una.
Cumple partir de aqui, muestras haciendo
que solo de temor nos retiramos,
y asegurar los españoles, viendo
como el honor y campo les dejamos;
que despues á su tiempo revolviendo
haremos lo que asi dificultamos,
teniendo ellos el llano, y por guarida
vecina la ciudad fortalecida.
El hijo de Pillan esto decia,
cuando asomaba el bando castellano,
que con esfuerzo nuevo y osadía
quiere probar segunda vez la mano.
Fue tanto el alborozo y alegría
de los bárbaros viendo por el llano
aparecer los nuestros, que al momento
gritan y baten palmas de contento.
En esto los cristianos acercando
poco á poco se van á la batalla,
y al justo tiempo del partir llegando,
dejan irse á la bárbara canalla:
que uno la maza en alto, otro bajando
la pica, el cuerpo esento en la muralla,
con animoso esfuerzo se mostraban,
y al ejercicio bélico incitaban.
Unos acuden á las anchas puertas
y comienzan alli el combate duro;
de escudos las cabezas bien cubiertas
se llegan otros al guardado muro;
otros buscan por partes descubiertas
la subida y el paso mas seguro:
hinche el bando español la cava honda,
y el araucano el muro á la redonda.

Pero el pueblo español con osadía,
cubierto de fortísimos escudos,
la lluvia de los tiros resistia
y los botes de lanzas muy agudos.
Era tanta la grita y armonía,
y el espeso batir de golpes crudos,
que Maule el raudo curso refrenaba
confuso al son que en torno rimbombaba.

Por las puertas y frente y por los lados
el muro se combate y se defiende;
alli corren con priesa amontonados
á donde mas peligro haber se entiende:
alli con prestos golpes esforzados
á su enemigo cada cual ofende
con tan terrible afeto y fuerza dura
que poco importa escudo ni armadura.

Los nuestros ácia atras se retrujeron,
de los tiros y golpes impelidos,
tres veces, y otras tantas revolvieron
de vergonzosa cólera movidos:
gran pieza á la Fortuna resistieron;
mas ya todos andaban mal heridos,
flacos, sin fuerza, lasos, desangrados,
y de sangre los hierros colorados.

El corage y la cólera es de suerte,
que va en aumento el daño y la crueza;
hallan los españoles siempre el fuerte
mas fuerte y en los golpes mas dureza:
sin temor acometen de la muerte;
pero poco apróvecha esta braveza,
que el que menos herido y flaco andaba
por seis partes la sangre derramaba.

Hasta la gente bárbara se espanta
de ver lo que los nuestros han sufrido
de espesos golpes, flecha y piedra tanta
que sin cesar sobre ellos ha llovido;

y cuán determinados y con cuanta
furia tres veces han acometido,
desto los enemigos impacientes
apretaban los puños y los dientes.

Y como tempestad que jamas cesa,
antes que va en furioso crecimiento,
cuando la congelada piedra espesa
hiere los techos y se esfuerza el viento:
así los duros bárbaros, apriesa,
movidos de vergüenza y corrimiento,
con lanzas, dardos, piedras arrojadas,
baten dargas, rodelas y celadas.

Los cansados cristianos, no pudiendo
sufrir el gran trabajo incomportable,
se van forzosamente retrayendo
del vano intento y plaza inexpugnable:
y el destrozado campo recogiendo,
vista su suerte y hado miserable,
por el mesmo camino que vinieron,
aunque con menos furia, se volvieron.

Aquella noche al pie de una montaña
vinieron á tener su alojamiento,
segura de enemigos la campaña,
que ninguno salió en su seguimiento:
decir prometo la cautela extraña
de Lautaro despues, que ahora me siento
flaco, cansado, ronco; y entre tanto
esforzaré la voz al nuevo canto.

CANTO XII.

Recogido Lautaro en su fuerte, no quiere seguir la vitoria por entretener á los españoles. Pasa ciertas razones con él Marco Veaz, por las cuales Pedro de Villagran viene á entender el peligroso punto en que estaba, y levantando su campo se retira. Viene el marques de Cañete á la ciudad de Los Reyes en el Perú.

Virtud dificil y dificil prueba
es guardar el secreto peligroso,
que la dificultad bien claro prueba
cuanto es sano, seguro y provechoso;
y el poco fruto y mucho mal que lleva
el vicio inútil del hablar dañoso:
ejemplo los de Líbico homicidas,
y otros que les costó el hablar las vidas.

Veráuse por los ojos y escrituras
en los presentes tiempos y pasados
cruëldades, ruïnas, desventuras,
infamias, puniciones de pecados,

grandes yerros en grandes coyunturas,
pérdidas de personas y de estados:
todo por no sufrir el indiscreto
la peligrosa carga del secreto.
De los vicios, el menos de provecho
y por donde mas daño á veces viene,
es el no retener el facil pecho
el secreto hasta el tiempo que conviene:
rompe y deshace al fin todo lo hecho,
quita la fuerza que la industria tiene,
guerra, furor, discordia, fuego enciende:
al propio dueño y al amigo vende.
Por esto el sabio hijo de Pillano
la causa á sus soldados encubria
de no dejar salir gente á lo llano
siguiendo la vitoria de aquel dia:
y el retirado campo castellano,
seguro á paso largo por la via,
como dije, la furia quebrantada,
toma de la ciudad la vuelta usada.
Usar Lautaro desta maña, entiendo
que fuese para algun sagaz intento,
el cual, por conjeturas, comprehendo
ser de gran importancia y fundamento.
Dejado esto á su tiempo, y revolviendo
á los nuestros, que asi del fuerte asiento
se alejan, á tres leguas otro dia
hicieron alto, asiento y ranchería.
Dos dias los españoles estuvieron
haciendo de los bravos aguardando;
pero jamas los bárbaros vinieron,
ni gente pareció del otro bando:
al fin dos de los nuestros se atrevieron
á ver el fuerte, y cerca dél llegando,
oyeron una voz alta del muro
diciéndoles: llegaos, que os doy seguro.

Al uno por su nombre lo llamaba,
con el cierto seguro prometido,
el cual, dejando al otro, se llegaba
por conocer quien era el atrevido:
llegado el español junto á la cava,
el de la voz fue luego conocido,
que era el gallardo hijo de Pillano,
tratado dél un tiempo como hermano.

Estaba de un lustroso peto armado
con sobrevista de oro guarnecida,
en una gruesa pica recostado
por el ferrado regaton asida:
el ancho y duro hierro colorado
y de sangre la media asta teñida;
puesta de limpio acero una celada
abierta por mil partes y abollada.

Llegado el español donde podia
hablarle y entenderle claramente,
el bizarro Lautaro le decia:
Marcos, de tí me espanto extrañamente
y desta tu ignorante compañía,
que sin razon y seso, ciegamente
penseis asi de mi opinion mudarme
y ser bastantes todos á enojarme.

¿Qué intento os mueve ó qué furor insano,
que asi quereis tiranizar la tierra?
¿no veis que todo agora está en mi mano,
el bien vuestro y el mal, la paz, la guerra?
¿no veis que el nombre y crédito araucano
los levantados ánimos atierra?
¿que solo el son al mundo pone miedo
y quebranta las fuerzas y el denuedo?

En los pueblos no fuistes poderosos
de defender las propias posesiones,
que es cosa, que aun los pájaros medrosos
hacen rostro en su nido á los leones:

¿y en los desiertos campos pedregosos
pensais de sustentar los pabellones
en tiempo que estais mas amedrentados,
y mas vuestros contrarios animados?
Es, á mi parecer, loca osadía
querer contra nosotros sustentaros,
pues ni por arte, maña ni otra via
podeis en nuestro daño aprovecharos:
si lo quereis llevar por valentía,
baste el presente estrago á escarmentaros;
que fresca sangre aun vierten las heridas,
y della aqui las yerbas veo teñidas.
Pues dejar yo jamas de perseguiros,
segun que lo juré, será excusado;
hasta dentro en España he de seguiros,
que así lo he prometido al gran senado:
mas si quereis en tiempo reduciros,
haciendo lo que aqui os será mandado,
saldré de la promesa y juramento,
y vosotros saldreis de perdimiento.
Treinta mugeres vírgenes apuestas
por tal concierto habeis de dar cada año,
blancas, rubias, hermosas, bien dispuestas,
de quince años á veinte, sin engaño:
han de ser españolas; y tras éstas
treinta capas de verde y fino paño,
y otras treinta de púrpura, tejidas
con fino hilo de oro guarnecidas:
Tambien doce caballos poderosos
nuevos y ricamente enjaezados,
domésticos, ligeros y furiosos,
debajo de la rienda concertados:
y seis diestros lebreles animosos
en la caza, me habeis de dar cebados:
este solo tributo estorbaría
lo que estorbar el mundo no podría.

Atento el castellano le escuchaba,
estando de la plática gustoso;
mas cuando á estas razones allegaba
no pudo aquí tener ya mas reposo:
así impaciente al bárbaro atajaba
diciéndole: no estés tan orgulloso,
que las parias que pides ¡oh Lautaro!
te costarán, si esperas, presto caro.

En pago de tu loco atrevimiento
te darán españoles por tributo
cruda muerte, con áspero tormento;
y Arauco cubrirán de eterno luto.
Lautaro dijo: es eso hablar al viento;
sobre ello, Marcos, mas yo no disputo;
las armas, no la lengua, han de tratarlo,
y la fuerza y valor determinarlo.

Libre puedes decir lo que quisieres,
como aquel que seguro le está dado,
que tú despues harás lo que pudieres,
y yo podré hacer lo que he jurado:
tratemos de otras cosas de placeres,
quede para su tiempo comenzado;
y quiérote mostrar, pues tiempo hallo,
una lucida escuadra de caballo.

Que, para que no andeis tan al seguro,
acuerdo de tener tambien caballos,
y de imponer mis súbditos procuro
á saberlos tratar y gobernallos.
Esto dijo Lautaro, y desde el muro
á seis dispuestos mozos sus vasallos
mandó que en seis caballos cabalgasen,
y por delante dél los peseasen.

Por las dos puentes, á la voz caladas,
salieron á caballo seis chilcanos,
pintadas y anchas dargas embrazadas,
gruesas lanzas terciadas en las manos:

vestidas fuertes cotas, y tocadas
las cabezas al modo de africanos,
mantos por las caderas derribados,
los brazos hasta el codo arremangados:
Y con airosa muestra, por delante
del atento español dos vueltas dieron;
pero ni de su puesto y buen semblante
punto que se notase le movieron:
antes con muestra y ánimo arrogante,
en alta voz, que todos lo entendieron,
(que el muro estaba ya lleno de gente)
habló así con Lautaro libremente:
En vano ¡oh capitan! cierto trabaja
quien pretende con fieros espantarme;
no estimo lo que ves en una paja,
ni alardes pueden punto amedrentarme;
y por mostrar si temo la ventaja,
yo solo con los seis quiero probarme,
do verás, que á seis mil seré bastante:
vengan luego á la prueba aquí delante.
Lautaro respondió: Marcos, si mueres
tanto por nos mostrar tu fuerza y brío,
el mínimo que dellos escogieres
á pie vendrá contigo en desafio
del modo y la manera que quisieres:
elige armas y campo á tu albedrío,
ora con ellas, ora desarmados,
á puños, coces, uñas y á bocados.
El español le dijo: yo te digo
que mi honor en tal caso no consiente
darles uno por uno su castigo,
porque jamas se diga entre la gente
que cuerpo á cuerpo bárbaro conmigo
en campo osase entrar singularmente:
por tanto, si no quieres lo que pido,
no quiero yo acetar otro partido.

No vinieron en esto á concertarse:
despues por otras cosas discurrieron;
pero llegado el tiempo de apartarse
del bárbaro, los dos se despidieron:
vueltos á su camino, oyen llamarse,
y á la voz conocida revolvieron,
que era el mesmo Lautaro quien llamaba,
diciendo: una razon se me olvidaba.

Tengo mi gente triste y afligida,
con gran necesidad de bastimento,
que me falta del todo la comida
por órden mala y poco regimiento:
pues la teneis de sobra recogida,
haced un liberal repartimiento
proveyéndonos della, que á mi cuenta
mas la gloria y honor vuestro acrecienta:

Que en el ínclito estado es uso antigo,
y entre buenos soldados lei guardada,
alimentar la fuerza al enemigo
para solo oprimirle por la espada:
estad, Marcos, atento á lo que digo,
y entended, que será cosa loada,
que digan que las fuerzas sojuzgastes
que para mayor triunfo alimentastes.

Que se llame vitoria yo lo dudo
cuando el contrario á tal estremo viene
que en aquello que nunca el valor pudo
la hambre miserable poder tiene,
y al fuerte brazo indómito y membrudo
lo debilita, doma y lo detiene;
y así por bajo modo y estrecheza,
viene á parecer fuerte la flaqueza.

Era, Señor, su intento que pensase
ser la necesidad, fingida, cierta,
para que nuestra gente se animase
de industria abriendo aquella falsa puerta;

y con esto inducirla á que esperase,
teniendo así su astucia mas cubierta,
hasta que el fin llegase deseado
del cauteloso engaño fabricado.

Marcos, de las palabras comovido,
le dice: yo prometo de intentallo
por solo esas razones que has movido,
y hacer todo el poder en procurallo.
Habiéndose con esto despedido,
revolviendo las riendas al caballo,
él y su compañero caminaron
hasta que al español campo llegaron.

De todo al punto Villagrá informado
cuanto á Marcos Lautaro dicho habia,
sospechoso, confuso y admirado
de ver que bastimentos le pedía:
era sagaz, celoso y recatado,
revolviendo la presta fantasía,
los secretos designios comprehende,
y el peligroso estado y trance entiende;

Y, en el presto remedio resoluto,
cuando el mundo se muestra mas escuro,
sin tocar trompa, del peligro instruto,
toma el camino á la ciudad seguro,
maravillado del ardid astuto.
Pero de nuestra gente ahora no curo,
que quiero antes decir el modo extraño
de la ingeniosa astucia y nuevo engaño.

Aun no era bien la nueva luz llegada,
cuando luego los bárbaros supieron
la súbita partida y retirada,
que no con poca muestra lo sintieron,
viendo claro que al fin de la jornada
por un espacio breve no pudieron
hacer en los cristianos tal matanza
que nadie dellos mas tomara lanza.

Que aquel sitio cercado de montaña,
que es en un bajo y recogido llano,
de acequias copiosísimas se baña
por zanjas con industria hechas á mano:
rotas al nacimiento, la campaña
se hace en breve un lago y gran pantano;
la tierra es honda, floja, anegadiza,
hueca, falsa, esponjada y movediza.

Quedáran, si las zanjas se rompieran,
en agua aquellos campos empapados;
moverse los caballos no pudieran
en pegajosos lodos atascados:
á donde, si aguardáran, los cogieran
como en liga á los pájaros cebados:
que ya Lautaro, con despacho presto,
habia en ejecucion el ardid puesto.

Triste por la partida y con despecho
la fuerza desampara el mismo dia,
y el camino de Arauco mas derecho
marcha con su escuadron de infantería:
revuelve y traza en el cuidoso pecho
diversas cosas, y en ninguna habia
el consuelo y disculpa que buscaba,
y entre sí razonando, suspiraba,

Diciendo: ¿qué color puede bastarme
para ser desta culpa reservado?
¿no pretendí yo mucho de encargarme
de cosa que me deja bien cargado?
¿de quién sino de mí puedo quejarme,
pues todo por mi mano se ha guiado?
¿Soy yo quien prometió en un año solo
de conquistar del uno al otro polo?

Mientras que yo con tan lucida gente
ver el muro español aun no he podido,
la Luna ya tres veces frente á frente
ha visto nuestro campo mal regido:

y el carro de Faeton resplandeciente
del Escorpio al Acuario ha discurrido;
y al fin damos la vuelta maltratados,
con pérdida de mas de cien soldados.

Si con morir tuviese confianza
que una vergüenza tal se colorase,
haria á mi inútil brazo que esta lanza
el débil corazon me atravesase:
pero daria de mí mayor venganza
y gloria al enemigo, si pensase
que temí mas su brazo poderoso
que el flaco mio cobarde y temeroso!

Yo juro al infernal poder eterno,
si la muerte en un año no me atierra,
de echar de Chile el español gobierno,
y de sangre empapar toda la tierra:
ni mudanza, calor, ni crudo invierno
podrán romper el hilo de la guerra,
y dentro del profundo reino escuro
no se verá español de mí seguro.

Hizo tambien solene juramento
de no volver jamas al nido caro,
ni del agua, del sol, sereno, y viento
ponerse á la defensa ni al reparo:
ni de tratar en cosas de contento
hasta que el mundo entienda de Lautaro
que cosa no emprendió dificultosa
sin darla, con valor, salida honrosa.

En esto le parece que aflojaba
la cuerda del dolor, que á veces tanto
con grave y dura afrenta le apretaba,
que de perder el séso estuvo á canto:
asi el feroz Lautaro caminaba,
y al fin de tres jornadas, entre tanto
que el esperado tiempo se avecina,
se aloja en una vega á la marina;

Junto á donde con recio movimiento
baja de un monte Itáta caudaloso,
atravesando aquel umbroso asiento
con sesgo curso, grave y espacioso:
los árboles provocan á contento,
el viento sopla allí mas amoroso,
burlando con las tiernas florecillas,
rojas, azules, blancas y amarillas.

Siete leguas de Penco justamente
es esta deleitosa y fertil tierra,
abundante, capaz y suficiente
para poder sufrir gente de guerra:
tiene cerca á la banda del oriente
la grande cordillera y alta sierra
de donde el raudo Itáta apresurado
baja á dar su tributo al mar salado.

Fue un tiempo de españoles; pero habia
la prometida fe ya quebrantado,
viendo que la Fortuna parecía
declarada de parte del Estado;
el cual veinte y dos leguas contenía:
este era su distrito señalado;
pero tan grande crédito alcanzaba
que toda la nacion le respetaba.

Los españoles ánimos briosos
este los puso humildes por el suelo;
este los bajos, tristes y medrosos
hace que se levanten contra el cielo,
y los extraños pueblos poderosos
de miedo de este viven con recelo;
los remotos vecinos y extrangeros
se rinden y someten á sus fueros.

Pues la flor del Estado deseando
estaba al tardo tiempo en esta vega,
tardo para quien gusto está esperando;
que al que no espera bien, bien presto llega.

pero, el tiempo y sazon apresurando,
á sus valientes bárbaros congrega,
y ántes que se metiesen en la via,
estas breves razones les decia:

Amigos: si entendiese que el deseo
de combatir, sin otro miramiento,
y la fogosa gana que en vos veo,
fuese de la vitoria el fundamento,
hágoos saber de mí que cierto creo
estar en vuestra mano el vencimiento;
y un paso atras volver no me hiciera
si el mundo sobre mí todo viniera.

Mas no es solo con ánimo adquirida
una cosa dificil y pesada:
¿qué aprovecha el esfuerzo sin medida
si tenemos la fuerza limitada?
Mas ésta (aunque con límite) regida
por industrioso ingenio y gobernada,
de duras y de muy dificultosas
hace llanas y fáciles las cosas.

¿Cuántos vemos el crédito perdido
en afrentoso y mísero destierro
por solo haber sin término ofrecido
el pecho osado al enemigo hierro?
que no es valor, mas antes es tenido
por loco, temerario y torpe yerro:
valor es ser al órden obediente,
y locura sin órden ser valiente.

Como en este negocio y gran jornada
con tanto esfuerzo así nos destruimos,
fue porque no miramos jamas nada
sino al ciego apetito á quien seguimos;
que á no perder, por furia anticipada,
el tiempo y coyuntura que tuvimos,
no quedára español ni cosa alguna
á la disposicion de la Fortuna.

Si al entrar de la fuerza reportados
allí algun sufrimiento se tuviera,
fueran vuestros esfuerzos celebrados ;
pues ningun enemigo se nos fuera :
en la ciudad estaban descuidados :
con la gente que andaba por defuera
hiciéramos un hecho y una suerte
que no la consumieran tiempo y muerte.

Pero quiero poneros advertencia,
que habeis por la razon de gobernaros ;
haciendo al movimiento resistencia
hasta que la sazon venga á llamaros :
y no salirme un punto de obediencia,
ni á lo que no os mandáre adelantaros ;
que en el inobediente y atrevido
haré ejemplar castigo nunca oido.

Y, pues volvemos ya donde se muestra
nuestro poco valor, por mal regidos,
en fe que habeis de ser, alzo la diestra,
en el primer honor restituidos,
ó el campo regará la sangre nuestra,
y habemos de quedar en él tendidos
por pasto de las brutas bestias fieras,
y de las sucias aves carniceras.

Con esto fue la plática acabada,
y la trompeta á levantar tocando,
dieron nuevo principio á su jornada,
con la usada presteza caminando :
yendo así, al descubrir de una ensenada,
por Mataquino á la derecha entrando,
un bárbaro encontraron por la via,
que del pueblo les dijo que venia.

Este les afirmó con juramento
que en Mapochó se sabe su venida ;
ora les dió la nueva della el viento,
ora de espías solícitas sabida :

tambien que de copioso bastimento
estaba la ciudad ya prevenida,
con defensas, reparos, provisiones,
pertrechos, aparatos, municiones.

Certificado bien Lautaro desto,
muda el primer intento que traía,
viendo ser temerario presupuesto
seguirle con tan poca compañía:
piensa juntar mas gentes, y de presto
un fuerte asiento que en el valle habia
con ingenio y cuidado diligente
comienza á reforzarle nuevamente.

Con la priesa que dió, dentro metido;
y ser dispuesto el sitio y reparado,
fue en breve aquel lugar fortalecido,
de foso y fuerte muro rodeado:
gente á la fama desto habia acudido;
codiciosa del robo deseado.
Forzoso me es pasar de aqui corriendo
que siento en nuestro pueblo un gran estruendo.

Sábese en la ciudad por cosa cierta
que á toda furia el hijo de Pillano,
guiando un escuadron de gente experta,
viene sobre ella con armada mano:
el súbito temor puso en alerta
y confusion al pueblo castellano;
mas la sangre, que el miedo helado habia,
de un ardiente corage se encendia.

A las armas acuden los briosos,
y aquellos que los años agravaban
con industrias y avisos provechosos
la tierra y partes flacas reparaban:
tras estos treinta mozos animosos
y un astuto caudillo se aprestaban,
que con algunos bárbaros amigos
fuesen á descubrir los enemigos.

Villagrá á la sazon no residia
en el pueblo español alborotado,
que para la Imperial partido habia
por camino de Arauco desviado:
mas ya con nueva gente revolvia,
y junto de do el bárbaro cercado
de gruesos troncos y fagina estaba;
sin saberlo, una noche se alojaba.

Cuando la alegre y fresca aurora vino,
y él la nueva jornada comenzaba,
al calar de una loma, en el camino
un comarcano bárbaro encontraba,
el cual le dió la nueva del vecino
campo, y razon de cuanto en él pasaba;
que todo bien el mozo lo sabia,
como aquel que á robar de allá venia.

Entendió el español, del indio, cuanto
el bárbaro enemigo determina,
y como allega gentes, entretanto
que el oportuno tiempo se avecina:
no puso á los cautenes esto espanto,
y mas cuando supieron que vecina
venia tambien la gente nuestra armada,
que dellos aun no estaba una jornada.

Villagran le pregunta si podria
ganar al araucano la albarrada:
sonriéndose el indio respondia
ser cosa de intentar bien excusada,
por el reparo y sitio que tenia,
y estar por las espaldas abrigada
de una tajada y peñasoosa sierra,
que por aquella parte el fuerte cierra.

Díjole Villagran: Yo determino
por esa relacion tuya guiarme,
y abrir por la montaña alta el camino;
que quiero á cualquier cosa aventurarme

y si donde está el campo lautarino
en una noche puedes tú llevarme,
del trabajo serás gratificado,
y al fuego, si me mientes, entregado.
Sin temor dice el bárbaro: Yo juro
en menos de una noche de llevarte
por difícil camino aunque seguro;
desta palabra puedes confiarte:
de Lautaro despues no te aseguro;
ni tu gente y amigos serán parte
á que si vais allá no os coja á todos
y os dé civiles muertes de mil modos.
No le movió el temor que le ponia
á Villagran el bárbaro guerrero,
que visto cuan sin miedo se ofrecia,
le pareció de trato verdadero:
y á la gente del pueblo, que venia,
despacha un diligente mensagero,
para que con la priesa conveniente
con él venga á juntarse brevemente.
Pues otro dia alli juntos, se dejaron
ir por do quiso el bárbaro guiallos,
y en la cerrada noche no cesaron
de afligir con espuelas los caballos.
Despues se contará lo que pasaron,
que cumple por agora aqui dejallos,
por decir la venida en esta tierra
de quien dió nuevas fuerzas á la guerra.
Hasta aqui, lo que en suma he referido
yo no estuve, Señor, presente á ello;
y asi, de sospechoso, no he querido
de parciales intérpretes sabello:
de ambas las mismas partes lo he aprendido,
y pongo justamente solo aquello
en que todos concuerdan y confieren,
y en lo que en general menos difieren.

Pues que, en autoridad de lo que digo,
vemos que hay tanta sangre derramada,
prosiguiendo adelante, yo me obligo,
que irá la historia mas autorizada:
podré ya discurrir como testigo
que fuí presente á toda la jornada,
sin cegarme pasion, de la cual huyo,
ni quitar á ninguno lo que es suyo.

Pisada en esta tierra no han pisado
que no haya por mis pies sido medida;
golpe ni cuchillada no se ha dado
que no diga de quien es la herida:
de las pocas que dí estoy disculpado,
pues tanto por mirar, embebecida
truje la mente en esto y ocupada,
que se olvidaba el brazo de la espada.

Si causa me incitó á que yo escribiese
con mi pobre talento y terpe pluma,
fue que tanto valor no pereciese,
ni el tiempo injustamente lo consuma:
que el mostrarme yo sábio me moviese,
ninguno que lo fuere lo presuma,
que, cierto, bien entiendo mi pobreza,
y de las flacas sienes la estrecheza.

De mi poco caudal bastante indicio
y testimonio aqui patente queda:
va la verdad desnuda de artificio,
para que mas segura pasar pueda:
pero si fuera desto lleva vicio,
pido que por merced se me conceda
se mire en esta parte el buen intento,
que es solo de acertar y dar contento:

Que aunque la barba el rostro no ha ocupado,
y la pluma á escribir tanto se atreve,
que de crédito estoy necesitado,
pues tan poco á mis años se le debe;

espero que será, Señor, mirado
el celo justo y causa que me mueve;
y esto la voluntad se tome en cuenta
para que algun error se me consienta.
Quiero dejar á Arauco por un rato:
que para mi discurso es importante
lo que forzado aquí del Perú trato,
aunque de su comarca es bien distante:
y para que se entienda mas barato,
y con facilidad lo de adelante,
si Lautaro me deja, diré en breve
la gente que en su daño ahora se mueve.
El marques de Cañete era llegado
á la ciudad insigne de Los Reyes,
de Cárlos Quinto máximo enviado
á la guarda y reparo de sus leyes:
este fue por sus partes señalado
para virey de donde dos vireyes
por los rebeldes brazos atrevidos
habian sido á la muerte conducidos.
Oliendo el virey nuevo las pasiones
y maldades por uso introducidas,
el ánimo dispuesto á alteraciones,
en leal apariencia entretegidas;
los agravios, insultos y traiciones,
con tanta desvergüenza cometidas;
viendo, que aun el tirano no hedia,
que aunque muerto, de fresco se bullía;
Entró como sagaz y receloso,
no mostrando el cuchillo y duro hierro,
que fuera en aquel tiempo peligroso,
y dar con hierro en un notable yerro:
mostrándose benigno y amoroso,
trayéndoles la mano por el cerro,
hasta tomar el paso á la malicia,
y dar mas fuerza y mano á la justicia;

En tanto que las cosas disponia,
para limpiar del todo las maldades,
quitando las justicias, las ponia
de su mano por todas las ciudades;
estas eran personas que entendia
haber en ellas justas calidades,
de Dios, del Rey, del mundo temerosas,
en semejantes cargos provechosas.

Entretenia la gente y sustentaba
con son de un general repartimiento,
y el mas culpado mas premio esperaba,
fundado en el pasado regimiento.
El marques entre tanto se informaba,
llevando deste error diverso intento;
que no solo dió pena á los culpados,
mas renovó los yerros perdonados:

Pues cuando con el tiempo ya pensaron
que estaban sus insultos encubiertos,
en público pregon se renovaron,
y fueron con castigo descubiertos:
que casi en los mas pueblos que pecaron
amanecieron en un tiempo muertos
aquellos que con mas poder y mano
habian seguido el bando del tirano.

No condeno, Señor, los que murieron,
pues fueron perdonados y admitidos,
cuando á vuestro servicio en sazon fueron,
y en importante tiempo reducidos;
quedando los errores que tuvieron
á vuestra gran clemencia remitidos.
De vos solo, Señor, es el juzgarlos,
y el poderlos salvar ó condenarlos.

Dar mi decreto en esto yo no puedo,
que siempre en casos de honra lo rehuso:
solo digo el terror y extraño miedo
que en la gente soberbia el marques puso

con el castigo, á la sazon acedo;
dejando el reino atónito y confuso,
del temerario hecho tan dudoso,
que aun era imaginarlo peligroso.
A quien hallaba culpa conocida;
del Perú le destierra en penitencia;
que es entre ellos la afrenta mas sentida
y que se toma menos en paciencia:
el justo, de ejemplar y recta vida,
temeroso escudriña la conciencia,
viendo el rigor de la Justicia airada,
que ya desenvainado habia la espada.
Y algunos capitanes y soldados,
que con lustre sirvieron en la guerra
y esperaban de ser gratificados,
conforme á los humores de la tierra,
recelando tenerlos agraviados,
del reino en son de presos los destierra,
remitiendo las pagas á la mano
de rey tan poderoso y soberano.
Esto puso suspensa mas la gente;
la causa del destierro no sabiendo;
no entiende si es injusta ó justamente;
solo sabe callar y estar tremiendo:
teme la furia y el rigor presente,
y á inquirir la razon no se atreviendo;
tiende á cualquier rumor atento oïdo;
mas no puede sentir mas del ruido.
Temor, silencio y confusion andaba,
atónita la gente discurria,
nadie la oculta causa preguntaba,
que aun preguntar, error le parecia:
por saber, uno á otro se miraba,
y el mas sabio los hombros encogia;
temiendo el golpe del furor presente,
movido al parecer por accidente.

Fue hecho tan sagaz, grande y osado,
que pocos con razon le van delante,
asaz en estos tiempos celebrado,
y á los ánimos sueltos importante:
por él quedó el Perú atemorizado,
temerario, rebelde y arrogante,
y á la justicia el paso mas seguro,
con mayor esperanza en lo futuro.

Así enfrenó el Perú, con un bocado
que no le romperá jamas la rienda,
haciendo al ambicioso y alterado
contentarse con sola su hacienda;
y el bullicio y deseo inordenado,
le redujo á quietud y nueva enmienda:
que poco lo mal puesto permanece,
como por la experiencia al fin parece.

Quien antes no pensaba estar contento
con veinte ó treinta mil pesos de renta,
enfrena de tal suerte el pensamiento
que solo con la vida se contenta:
despues hizo el marques repartimiento
entre los beneméritos de cuenta,
para esforzar los ánimos caidos
y dar mayor tormento á los perdidos.

Con ejemplos asi y acaecimientos,
¿cómo vemos que tantos van errados,
que sobre arena y frágiles cimientos
fabrican edificios levantados?
Bien se muestran sus flacos fundamentos;
pues por tierra tan presto derribados
con afrentoso nombre y voz los vemos,
huyendo su inficion cuanto podemos.

¡Oh vano error! ¡oh necio desconcierto,
del torpe que con ánimo ignorante
no mira en el peligro y paso incierto
las pisadas de aquel que va delante,

teniendo, á costa agena, ejemplo cierto,
que el brazo del amigo mas constante
ha de esparcir su sangre en su disculpa,
lavando alli la espada de la culpa!

Quiero que esté algun tiempo falsamente
sobre traidores hombros sostenido,
que el viento que se mueve de repente
le aflige, altera y turba aquel ruido:
pues que cuando la voz del rey se siente,
no hay son tan duro y áspero al oïdo:
que tiene solo el nombre fuerza tanta
que los huesos le oprime y le quebranta:

Que le asome fortuna algun contento,
¡con cuántos sinsabores va mezclado!
aquel recelo, aquel desabrimiento,
aquel triste vivir tan recatado:
traga el duro morir cada momento,
témese del que está mas confiado:
que la vida antes libre y amparada
está sujeta ya á cualquier espada.

Negando al rey la deuda y obediencia,
se somete al más mínimo soldado,
poniendo en contentarle diligencia,
con gran miedo y solícito cuidado;
y aquellos más amigos en presencia,
las lanzas le enderezan al costado,
y sobre la cabeza aparejadas
le están amenazando mil espadas.

Cualquier rumor, cualquiera voz le espanta,
cualquier secreto piensa que es negarle:
si el brazo mueve alguno y lo levanta,
piensa el triste que fue para matarle:
la soga arrastra, el lazo á la garganta:
¿qué confianza puede asegurarle?
pues mal el que negar al rey procura
tendrá con un tirano fé segura.

Si no bastáre verlos acabados
tan presto, y que ninguno permanece,
y los rollos y términos poblados
de quien tan justamente lo merece;
bandos, casas, linages estragados,
con nombre que los mancha y escurece;
baste la obligacion con que nacemos,
que á nuestro rey y príncipe tenemos.

De un paso en otro paso voy saliendo
del discurso y materia que seguia;
pero aunque vaya ciego discurriendo
por caminos mas ásperos sin guia,
del encendido Marte el son horrendo
me hará que atine á la derecha via;
y asi, seguro desto y confiado,
me atrevo á reposar, que estoy cansado.



CANTO XIII.

Hecho el marques de Cañete el castigo en el Perú, llegan mensageros de Chile á pedirle socorro; el cual, vista ser su demanda importante y justa, se le envía grande por mar y por tierra. Tambien contiene al cabo este canto como Francisco de Villagran, guiado por un indio, viene sobre Lautaro.

Dichoso con razon puede llamarse
aquel que en los peligros arrojado
dellos sabe salir sin ensuciarse,
y libre de poder ser imputado:
pero quien destos puede desviarse
le tengo por mas bienaventurado:
aunque el peligro afina lo perfeto,
aquel que dél se aparta es el discreto:

Que muchas veces dá la fantasía
en cosas que seguro nos promete,
y un ánimo á salir con ellas cria
que con temeridad las acomete:
despues en el peligro desvaría,
y no acierta á salir de á do se mete;
que la señora al siervo sometida,
pierde la fuerza y tino á la salida.

Vereis en el Perú que han procurado
levantar el tirano y ayudarle,
para solo mostrar, despues de alzado,
la traidora lealtad en derribarle:
y con disignio y ánimo dañado
le dan fuerza, y despues viene á matarle
la espada infiel, de la maldad autora,
al rey y amigos pérfida y traidora.

Fraguan la guerra, atizan disensiones
en hábito leal, aunque engañoso,
pensando de subir mas escalones
por un áspero atajo y tropezoso:
al cabo las malvadas intenciones
vienen á fin tan malo y afrentoso,
como vereis, si bien mirais la guerra
civil y alteraciones desta tierra.

Deshechos, pues, del todo los nublados
por el audaz marques y su prudencia,
curando con rigor los alterados,
como quien entendió bien la dolencia:
en nombre de su rey, á otros tocados
de aquel olor, descubre la clemencia,
que hasta alli del rigor cubierta estaba,
con general perdon que los lavaba.

No el atrevido caso y espantoso,
en el Perú jamas acontecido,
ni el ejemplar castigo riguroso
que amansó el fiero pueblo embravecido,
fue en tal tiempo bastante y poderoso,
de ensordecer el bárbaro ruido,
y la voz araucana y clara fama
que en aquellas provincias se derrama.

Nuevas por mar y tierra eran llegadas
del daño y perdicion de nuestra gente,
por las vitorias grandes y jornadas
del araucano bárbaro potente:

pidiendo las ciudades apretadas
presuroso socorro y suficiente,
haciendo relacion de cómo estaban
y de todas las cosas que pasaban.
 Gerónimo Aldcrete, Adelantado,
á quien era el gobierno cometido,
hombre en estas provincias señalado,
y en gran figura y crédito tenido:
donde como animoso y buen soldado
habia grandes trabajos padecido;
(no pongo su proceso en esta historia,
que dél la general hará memoria)
 Presente no se halla á tanta guerra
y á tales desventuras y contrastes;
mas con vos, gran Felipe, en Inglaterra,
cuando la fe de nuevo allí plantastes:
allí le distes cargo desta tierra,
de allí con gran favor le despachastes;
pero cortóle el áspero destino
el hilo de la vida en el camino.
 Fue su muerte así súbita sentida,
y mas el sentimiento acrecentaba
ver la gobernacion tan corrompida
que cada uno por sí se gobernaba:
andaba la discordia ya encendida,
la ambicion del mandar se desmandaba:
al fin, es imposible que acaezca
que un cuerpo sin cabeza permanezca.
 Aquellos que de Chile habian venido
á pedir el socorro necesario,
viendo á su Adelantado fallecido
y todo á su propósito contrario,
con un semblante triste y afligido,
de parecer de todos voluntario.
piden á don Hurtado que se vea,
y de remedio presto los provea;

Diciendo: varon claro y excelente,
nuestra necesidad te es manifiesta,
y la fuerza del bárbaro potente
que tiene á Chile en tanto estrecho puesta:
el mas fuerte remedio es llevar gente,
ésta ya puedes ver cuan cara cuesta.
De parte de tu rey te requirimos
nos concedas aqui lo que pedimos.

A tu hijo ¡oh marques! te demandamos,
en quien tanta virtud y gracia cabe,
porque con su persona confiamos
que nuestra desventura y mal se acabe:
de sus partes, señor, nos contentamos;
pues que por natural cosa se sabe
(y aun acá en el comun es habla vieja)
que nunca del leon nació la oveja.

Y pues hay tanta falta de guerreros,
haciendo esta jornada don García
se moverá el comun y caballeros,
alegres de llevar tan buena guia:
y lo que no podrán muchos dineros
podrá el amor y buena compañía,
ó la vergüenza y miedo de enojarte,
ó su propio interes en agradarte.

El marques de Cañete, respondiendo
á la justa demanda alegremente,
vino en ello de grado, conociendo
ser cosa necesaria y conveniente:
y el hijo, hacienda y deudos ofreciendo,
al punto derramó en toda la gente
gran gana de pasar á aquélla tierra
á ejercitar las armas en tal guerra.

Uno se ofrece alli y otro se ofrece,
así gran gente en número se mueve,
y aquel que no lo hace, le parece
que falta y no responde á lo que debe:

hasta en cansados viejos reverdece
el ardor juvenil, y se remueve
el flaco humor y sangre casi helada
con el alegre son de esta jornada.
¡Oh valientes soldados araucanos!
las armas prevenid y corazones,
y aquel raro valor de vuestras manos
temido en las antárticas regiones;
que gran copía de jóvenes lozanos
descoge en vuestro daño sus pendones,
pensando entrar por toda vuestra tierra
haciendo fiero estrago y cruda guerra;
No con los hierros botos y mohosos
de los que las paredes hermosean,
ni brazos del torpe ócio perezosos
que con gran pesadumbre se rodean,
ni los ánimos hechos á reposos
que cualquiera mudanza en que se vean
los altera, los turba y entorpece
y el desusado son los desvanece;
Mas hierros templadísimos y agudos,
en sangre de tiranos afilados,
fuertes brazos, robustos y membrudos,
en dar golpes de muerte ejercitados;
ánimos libres, de temor desnudos,
en los peligos siempre habituados,
que el son horrendo que á otros atormenta
los alegra, despierta y alimenta.
Cosa destas yo pienso que ninguna
os puede derribar de vuestro estado;
mas tiéneme dudoso sola una,
que nadie della ha sido reservado:
esta es la usada vuelta de Fortuna,
que siempre alegre rostro os ha mostrado,
y es inconstante, falsa y variable,
en el mal firme, y en el bien mudable.

Que si la guerra el español procura,
haciendo de su espada ufana muestra,
querríale preguntar, si por ventura
corta por mas lugares que la vuestra?
Si la fuerza del brazo le asegura
del poder vuestro, y vencedora diestra;
verá, si mira bien en lo pasado,
el campo de sus huesos ocupado.

No sé; pero soberbio y encendido
en bélico furor el pueblo veo,
y al mas triste español apercebido
de armas, rico aparato, y buen deseo.
¡Oh Arauco! yo te juzgo por perdido:
si las obras igualan al arreo,
y no templa el camino esta braveza,
¡ay de tu presuncion y fortaleza!

Del apartado Quito se movieron
gentes para hallarse en esta guerra:
de Loja, Piura, de Jaen salieron:
de Trujillo, de Guanuco y su tierra,
de Guamanga, Arequipa concurrieron
gran copia; y de los pueblos de la sierra,
la Paz, Cuzco, y los Charcas bien armados
bajaron muchos pláticos soldados.

Treme la tierra, brama el mar hinchado
del alboroto, estruendos y rumores
que suenan por el aire delicado
de pífaros, trompetas y atambores
contra el rebelde pueblo libertado,
amenazando yá sus defensores
con gruesa y reforzada artillería,
que dentro del Estado el son se oía.

De aparatos, jaeces, guarniciones
los gallardos soldados se arreaban;
sobrevistas y galas, invenciones
nuevas y costosísimas sacaban:

estandártes, enseñas y pendones
al viento en cada calle tremolaban:
vieran sastres y obreros ocupados
en hechuras, recamos y bordados.
Con el concurso y junta de guerreros
el grande estruendo y trápala crecia,
y los prestos martillos de herreros
formaban dura y áspera armonía:
el rumor de solícitos armeros
todo el ancho contorno ensordecia;
los celosos caballos de lozanos
relinchando triscaban con las manos.
Andaba asi la gente embarazada
con el nuevo bullicio de la guerra;
mas yá de lo importante aparejada,
un caudillo salió luego por tierra:
llevando copia della encomendada
atravesó á Atacama y la alta sierra
con la desierta costa y despoblados,
de osamenta de bárbaros sembrados.
La gente principal, todo aprestado,
y reliquias del campo que quedaban,
para romper el mar alborotado
otra cosa que tiempo no aguardaban:
mas viendo el cielo ya desocupado,
y que las bravas olas aplacaban,
con ordenada muestra y rico alarde
salieron de Los-Reyes una tarde.
Yo con ellos tambien, que en el servicio
vuestro empecé y acabaré la vida,
que estando en Inglaterra en el oficio
que aun la espada no me era permitida;
llegó alli la maldad en deservicio
vuestro, por los de Arauco cometida;
y la gran desvergüenza de la gente
á la real corona inobediente.

Y con vuestra licencia, en compañía
del nuevo capitan y Adelantado
caminé desde Londres hasta el dia
que le dejé en Taboga sepultado;
de donde, con trabajos, y porfia
de la Fortuna y vientos, arrojado,
llegué á tiempo que pude juntamente
salir con tan lucida y buena gente.

Otro escuadron de amigos se me olvida,
no menos que nosotros necesarios,
gente templada, mansa y recogida,
de frailes, provisores, comisarios,
teólogos de honesta y santa vida,
franciscos, dominicos, mercenarios,
para evitar insultos de la guerra,
usados más alli que en otra tierra.

De varias profesiones y colores
sale de Lima una lucida banda,
y en el puerto tendidas por las flores
estaban mesas llenas de vianda
con vinos de odoríferos sabores,
donde luego por una y otra banda
sobre la verde yerba reclinados
gustamos los manjares delicados.

Alegres los estómagos, contentos,
levantados de allí, fuimos traidos
á do de verdes ramos y ornamentos
estaban los bateles prevenidos;
y al son de varios y altos instrumentos,
de los caros amigos despedidos,
en los ligeros barcos nos metemos,
dando á un tiempo con fuerza al mar los remos.

Los bateles de tierra se alargaban
dejando con penosa envidia á aquellos
que en la arenosa playa se quedaban,
sin apartar los ojos jamas dellos.

Sobre diez galeones arribaban
los prestos barcos, y saltando en ellos,
tiempo los marineros no perdieron,
que las velas al viento descogieron.
De estandartes, banderas, gallardetes
estaban las diez naves adornadas;
hiriendo el fresco viento los trinquetes
comienzan á moverse sosegadas:
suenan cañones, sacres, falconetes,
y al doblar de la Isleta embarazadas,
del Austro cargan á babor la escota,
tomando al Sud-Sudueste la derrota.
Las naos por el contrario mar rompiendo
la blanca espuma en torno levantaban,
y á la furia del Austro resistiendo,
por fuerza, á su pesar, tierra ganaban:
pero sobre el Garbino revolviendo,
de la gran cordillera se apartaban;
y de sola una vuelta que viraron
el Guarco, al Est-Nordeste se hallaron.
Mas presto por la popa el Guarco vimos,
con Chinca de otro bordo emparejando;
en alta mar tras estos nos metimos
sobre la Nasca fértil arribando;
y al esforzado Noto resistimos,
su furia y bravas olas contrastando,
no bastando los recios movimientos
de dos tan poderosos elementos.
¿Que haya en Perú no es caso soberano
tanta mudanza en tres leguas de tierra,
que cuando es en los llanos el verano
los montes el lluvioso invierno cierra;
y cuando espesa niebla cubre el llano
en descubierto hiere el sol la sierra,
y por esta razon van mas crecientes
en el verano abajo las vertientes?

De los vientos, el Austro es el que manda,
que deshace los húmidos nublados,
y por todo aquel mar discurre y anda,
del cual son para siempre desterrados:
los otros vientos reinan á la banda
de Atacamá, y allí son libertados,
que bajar al Perú ninguno puede
ni por natural orden se concede.

Pues las naves, del Austro combatidas,
las espumosas olas van cortando,
que de valientes soplos impelidas
rompen la furia en ellas, azotando
las levantadas proas guarnecidas
de planchas de metal.... Pero mirando
al español del bárbaro vecino,
habré de andar mas presto este camino.

Correré á Villagran, el cual por tierra
tambien en su jornada se apresura,
atravesando la fragosa sierra
que iguala con las nubes su estatura:
diré lo que sucede en esta guerra,
y qué rostro le muestra la Ventura.
Mas, porque todo venga á ser mas claro,
quiero tratar un poco de Lautaro:

Que estaba con su escuadra de guerreros
en el sitio que dije recogido,
y de foso, fagina y de maderos
le habia en breve sazon fortalecido.
Tenia dentro soldados forasteros
que á fama de la guerra habian venido;
reparos, bastimentos, y otras cosas
para el tiempo y lugar menesterosas.

Sola una senda este lugar tenia
de espias y centinelas ocupada;
otra, ni rastro alguno no lo habia,
por ser casi la tierra despoblada:

aquella noche el bárbaro dormia
con la bella Guacolda enamorada,
á quien él de encendido amor amaba,
y ella por él no menos se abrasaba.
Estaba el araucano despojado
del vestido de Marte embarazoso,
que aquella sola noche el duro Hado
le dió aparejo y gana de reposo:
los ojos le cerró un sueño pesado,
del cual luego despierta congojoso,
y la bella Guacolda sin aliento
la causa le pregunta y sentimiento.
Lautaro le responde: amiga mia,
sabrás que yo soñaba en este instante
que un soberbio español se me ponia
con muestra ferocísima delante,
y con violenta mano me oprimia
la fuerza y corazon, sin ser bastante
de poderme valer; y en aquel punto
me despertó la rabia y pena junto.
Ella en esto soltó la voz turbada,
diciendo: ¡ay, que he soñado tambien cuanto
de mi dicha temí, y es ya llegada
la fin tuya y principio de mi llanto!
Mas no podré ya ser tan desdichada,
ni Fortuna conmigo podrá tanto,
que no corte y ataje con la muerte
el áspero camino de mi suerte.
Trabaje por mostrárseme terrible
y del tálamo alegre derribarme,
que si revuelve y hace lo posible,
de tí no es poderosa de apartarme:
aunque el golpe que espero es insufrible,
podré con otro luego remediarme,
que no caerá tu cuerpo en tierra frio
cuando estará en el suelo muerto el mio.

Tras esto tantas lágrimas vertia
que mueve á compasion el contemplalla,
y asi el tierno Lautaro no podía
dejar en tal sazon de acompañalla.
Pero ya la turbada pluma mia,
que en las cosas de amor nueva se halla,
confusa, tarda y con temor se mueve,
y á pasar adelante no se atreve.



CANTO XIV.

Llega Francisco de Villagran de noche sobre el fuerte de los enemigos sin ser dellos sentido: dá al amanecer súbito en ellos, y á la primera refriega muere Lautaro. Trábase la batalla con harta sangre de una parte y de otra.

¿Cuál será aquella lengua desmandada
que á ofender las mugeres ya se atreva,
pues vemos que es pasion averiguada
la que á bajeza tal y error las lleva;
si una bárbara moza no obligada
hace de puro amor tan alta prueba,
con razones y lágrimas, salidas
de las vivas entrañas encendidas?

Que ni la confianza, ni el seguro
de su amigo le daba algun consuelo,
ni el fuerte sitio, ni el fosado muro
le basta asegurar de su recelo:
que el gran temor nacido de amor puro
todo lo allana y pone por el suelo;
solo halla el reparo de su suerte
en el mismo peligro de la muerte.

Así los dos unidos corazones
conformes en amor desconformaban,
y dando dello allí demostraciones,
mas el dulce veneno alimentaban:
los soldados en torno los tizones,
ya de parlar cansados reposaban,
teniendo centinelas, como digo,
y el cerro á las espaldas por abrigo.

Villagran con silencio y paso presto
habia el áspero monte atravesado,
no sin grave trabajo, que sin esto,
hacer mucha labor es excusado:
llegado junto al fuerte, en un buen puesto;
viendo que el cielo estaba aun estrellado,
paró, esperando el claro y nuevo dia
que ya por el oriente descubria.

De ninguno fue visto ni sentido;
la causa era la noche ser escura,
y haber las centinelas desmentido
por parte descuidada por segura:
caballo no relincha, ni hay ruido,
que está ya de su parte la Ventura;
ésta hace las bestias avisadas,
y á las personas bestias descuidadas.

Cuando ya las tinieblas y aire escuro,
con la esperada luz se adelgazaban,
las centinelas puestas por el muro
al nuevo dia de lejos saludaban:
y pensando tener campo seguro
tambien á descansar se retiraban;
quedando mudo el fuerte, y los soldados
en vino y dulce sueño sepultados.

Era llegada al mundo aquella hora
que la escura Tiniebla, no pudiendo
sufrir la clara vista de la Aurora,
se va en el occidente retrayendo:

cuando la mústia Clicie se mejora
el rostro al rojo Oriente revolviendo,
mirando tras las sombras ir la Estrella,
y al rubio Apolo Délfico tras ella.

El español, que ve tiempo oportuno,
se acerca poco á poco mas al fuerte,
sin estorbo de bárbaro ninguno,
que sordos los tenia su triste suerte:
bien descuidado duerme cada uno
de la cercana inexórable muerte;
cierta señal, que cerca della estamos
cuando mas apartados nos juzgamos.

No esperaron los nuestros mas, que en viendo
ser ya tiempo de darles el asalto,
de súbito levantan un estruendo
con soberbio alarido horrendo y alto;
y en tropel ordenado arremetiendo
al fuerte van á dar de sobresalto;
al fuerte, mas de sueño bastecido
que al presente peligro apercebido.

Como los malhechores que en su oficio
jamas pueden hallar parte segura,
por ser la condicion propia del vicio
temer cualquier fortuna y desventura:
que no sienten tan presto algun bullicio
cuando el castigo y mal se les figura,
y corren á las armas y defensa,
segun que cada cual valerse piensa;

Así medio dormidos y despiertos
saltan los araucanos alterados,
y del peligro y sobresalto ciertos,
baten toldos y ranchos levantados:
por verse de corazas descubiertos
no dejan de mostrar pechos airados;
mas con presteza y ánimo seguro
acuden al reparo de su muro.

Sacudiendo el pesado y torpe sueño,
y cobrando la furia acostumbrada,
quién el arco arrebata, quién un leño,
quién del fuego un tizon, y quién la espada;
quién aguija al baston de ageno dueño,
quién por salir mas presto va sin nada,
pensando averiguarlo desarmados,
si no pueden á puños, á bocados.

Lautaro á la sazon, segun se entiende,
con la gentil Guacolda razonaba;
asegúrala, esfuerza y reprehende
de la desconfianza que mostraba:
ella razon no admite y mas se ofende;
que aquello mayor pena le causaba,
rompiendo el tierno punto en sus amores
el duro son de trompas y atambores.

Mas no salta con tanta ligereza
el mísero avariento enriquecido,
que siempre está pensando en su riqueza;
si siente de ladron algun ruido;
ni madre así acudió con tal presteza
al grito de su hijo muy querido,
temiéndole de alguna bestia fiera,
como Lautaro al son y voz primera.

Revuelto el manto al brazo, en el instante
con un desnudo estoque, y él desnudo
corre á la puerta el bárbaro arrogante,
que armarse á sí tan súbito no pudo.
¡Oh pérfida Fortuna, oh inconstante,
como llevas tu fin por punto crudo;
que el bien de tantos años en un punto
de un golpe lo arrebatas todo junto!

Cuatrocientos amigos comarcanos
por un lado la fuerza acometieron,
que en ayuda y favor de los cristianos
con sus pintados arcos acudieron,

los cuales con violencia y prestas manos
gran número de tiros despidieron:
del toldo el hijo de Pillan salia,
y una flecha á buscarle que venia
Por el siniestro lado (oh dura suerte!)
rompe la cruda punta, y tan derecho,
que pasa el corazon mas bravo y fuerte
que jamas se encerró en humano pecho:
de tal tiro quedó ufana la Muerte
viendo de un solo golpe tan gran hecho;
y, usurpando la gloria al homicida,
se atribuye á la Muerte esta herida.
Tanto rigor la aguda flecha trujo
que al bárbaro tendió sobre la arena,
abriendo puerta á un abundante flujo
de negra sangre por copiosa vena:
del rostro la color se le retrujo,
los ojos tuerce, y con rabiosa pena
la alma, del mortal cuerpo desatada,
bajó furiosa á la infernal morada.
Ganan los nuestros foso y baluarte,
que nadie los impide ni embaraza,
y así por veinte lados la mas parte
pisaba de la fuerza ya la plaza:
los bárbaros con ánimo y sin arte,
sin celada, ni escudo, y sin coraza,
comienzan la batalla peligrosa,
cruda, fiera, reñida y sanguinosa.
En oyendo los indios extrangeros
que con Lautaro estaban recogidos
el súbito rumor, salen ligeros,
del miedo y sobresalto apercebidos:
mas oyendo los golpes carniceros,
el ánimo turbado y los sentidos,
con atentas orejas acechaban
á donde con menor vigor sonaban.

Como tímidos gamos, que el ruido
sienten del cazador, y quietamente
altos los cuellos, tienden el oido
atento á aquel rumor confusamente;
y el balar de la gama conocido
que apedazan los perros crudamente,
con furioso tropel toman la via
que mas de aquel peligro se desvía;
La baja y vil canalla, acostumbrada
á rendirse al temor de aquella suerte,
por ciega senda, inculta y desusada,
rompe el camino y desampara el fuerte,
acá y allá corriendo derramada;
y era tan grande el miedo de la muerte,
que al mas valiente y bravo se le antoja
ver un fiero español tras cada hoja.
Pero aquellos que nunca el miedo pudo
hacerlos con peligros de su bando,
poniendo osado pecho por escudo,
están la antigua riña averiguando.
La desnuda cabeza del agudo
cuchillo no se ve estar rehusando;
ni rehusa la espada la siniestra,
ejercitando el uso de la diestra;
Que el jóven Corpillan, no desmayado
porque su espada y mano vino á tierra,
antes en ira súbito abrasado
contra la parte del contrario cierra;
y habiendo ya la espada recobrado,
la diestra, que aun bullendo el puño afierra,
lejos con gran desden y furia lanza,
ofreciendo la izquierda á la venganza.
Elaqueza en Millapol no fue sentida;
viéndose atravesado por la hijada
y la cabeza de un reves hendida,
ni por pasalle el pecho una lanzada;

que de espumosa sangre á la salida
vino la media lanza acompañada,
dejando aquel lugar della vacío,
aunque lleno de rabia, furia y brio:
Que á dos manos la maza aprieta fuerte,
y con furia mayor la gobernaba:
bien se puede llamar de triste suerte
aquel que el fiero bárbaro alcanzaba:
con la rabia postrera de la muerte,
una vez el ferrado leño alzaba;
mas faltóle la vida en aquel punto,
cayendo cuerpo y maza todo junto.
Aunque la muerte en medio del camino
le quebrantó el furor con que venia,
un valiente español á tierra vino
del peso y movimiento que traía:
pero luego fue en pie y con desatino,
ácia el lugar del dañador volvia,
y viendo el cuerpo muerto dar en tierra,
pensando que era vivo con él cierra:
Y encima del cadaver arrojado,
de dar la muerte al muerto deseoso,
recio por uno y por el otro lado,
hiere y ofende el cuerpo sanguinoso:
hasta tanto que ya desalentado
se firma recatado y sospechoso,
y vió á aquel que aferrado así tenia
vueltos los ojos y la cara fria.
Traia la espada en esto Diego Cano
tinta de sangre, y con Picol se junta:
haciendo atras la rigurosa mano
el pecho le barrena de una punta:
turbado de la muerte el araucano
cayó en tierra, la cara ya difunta,
bascoso, revolviéndose en el lodo,
hasta que la alma despidió del todo.

De dos golpes Hernando de Alvarado
dió con el suelto Taloo en tierra muerto;
pero fue mal herido por un lado
del gallardo Guacoldo on desoubierto:
estuvo el español algo atronado;
mas del atronamiento ya despierto,
corriendo al fuerte bárbaro derecho
la espada le escondió dentro del pecho.

El viejo Villagran con la sangrienta
espada por los bárbaros rompiendo,
mata, hiere, tropella y atormenta,
á tiempo á todas partes revolviendo:
un golpe á Nico en la cabeza asienta,
el cual los turbios ojos revolviendo
á tierra vino muerto; y de otro á Polo
le deja con el brazo izquierdo solo.

Usadas las espadas al acero,
topando la desnuda carne blanda,
ayudadas de un ímpetu ligero
dan con piernas y brazos á la banda:
no rehusa el segundo ser primero,
antes todos siguiendo una demanda,
como olas, que creciendo van, crecian[1]
y á la muerte animosos se ofrecian.

La gente una con otra así se cierra,
que aun no daban lugar á las espadas;
apenas los mortales van á tierra,
cuando estaban sus plazas ocupadas:
unos por cima de otros se dan guerra
enhiestas las personas y empinadas;
y de modo á las veces se apretaban,
que á meter por la espada se ayudaban.[1]

Las armas con tal rabia y fuerza esgrimen,[1]
que los mas de los golpes son mortales,
y los que no lo son así se imprimen,
que dejan para siempre las señales;

todos al descargar los brazos gimen;
mas salen los efetos desiguáles,
que los unos topaban duro acero,
los otros el desnudo y blando cuero.
Como parten la carne en los tajones
con los corvos cuchillos carniceros,
y cual de fuerte hierro los planchones
baten en dura yunque los herreros;
así es la diferencia de los sones
que forman con sus golpes los guerreros;
quién la carne y los huesos quebrantando;
quién templados arneses abollando.
Pues Juan de Villagran firme en la silla
contra Guarcondo á toda furia parte,
y la lanza le echó por la tetilla
con una braza de asta á la otra parte:
el bárbaro, la cara ya amarilla,
se arrima desmayado al baluarte;
dando en el suelo súbita caida,
el alma gomitó por la herida.
Pero Rengo, su hermano, que en el suelo
el cuerpo vió caer descolorido,
cuajósele la sangre, y hecho un hielo;
del súbito dolor perdió el sentido:
mas vuelto en sí se vuelve contra el cielo,
blasfemando el soberbio y descreido;
y el ñudoso baston alzando en alto,
á Juan de Villagran llegó de un salto.
Mas antes Pon con una flecha presta
hirió al caballo en medio de la frente,
empínase el caballo, el cuello enhiesta,
al freno y á la espuela inobediente;
y entre los brazos la cabeza puesta,
sacude el lomo y piernas impaciente:
rendido Villagran al duro hado,
desocupó el arzon y ocupó el prado.

Apenas en el suelo habia caido
cuando la presta maza decendía
con una extraña fuerza y un ruïdo
que rayo ó terremoto parescia;
del golpe el español quedó adormido,
y el bárbaro con otro revolvía,
bajando á la cabeza de manera,
que sesos, ojos y alma le echó fuera.

Y con venganza tal no satisfecho
del caso desastrado del hermano,
antes con nueva rabia y mas despecho,
hiere de tal manera á Diego Cano,
que, la barba inclinada sobre el pecho,
se le cayó la rienda de la mano;
y sin ningun sentido, casi frio,
el caballo lo lleva á su albedrío.

En medio de la turba embravecido
esgrime en torno la ferrada maza;
á cuál deja contrecho, á cuál tullido,
cuál el pescuezo del caballo abraza;
quién se tiende en las ancas aturdido;
quién, forzado, el arzon desembaraza;
que todo á su pujanza y furia insana
se le bate, derriba y se le allana.

Por partes mas de diez le iba manando
la sangre, de la cual cubierto andaba;
pero no desfallece, antes bramando,
con mas fuerza y rigor los golpes daba:
ligero corre; acá y allá saltando
arneses y celadas abollaba;
hunde las altas crestas, rompe sesos,
muele los nervios, carne y duros huesos.

En esto un gran rumor iba creciendo
de espadas, lanzas, grita y vocería,
al cual confusamente, no sabiendo
la causa, mucha gente allí acudía:

y era un gallardo mozo que esgrimiendo
un fornido cuchillo, discurria
por medio de las bárbaras espadas,
haciendo en armas cosas estremadas.

Venia el valiente mozo belicoso
de una furia diabólica movido,
el rostro fiero, súcio y polvoroso,
lleno de sangre y de sudor teñido.
Como el potente Marte sanguinoso,
cuando de furor bélico encendido,
bate el ferrado escudo de Vulcano,
blandiendo la asta en la derecha mano,

Con un diestro y prestísimo gobierno
el pesado cuchillo rodeaba,
y á Cron, como si fuera junco tierno,
en dos partes de un golpe lo tajaba:
tras éste al diestro Pon envia al infierno,
y tras de Pon á Lauco despachaba:
no hallando defensa en armadura,
descuartiza, desmiembra y desfigura.

Llamábase este Andrea, que en grandeza
y proporcion de cuerpo era gigante,
de estirpe humilde, y su naturaleza
era arriba de Génova al Levante:
pues con aquella fuerza y ligereza
á los robustos miembros semejante,
el gran cuchillo esgrime de tal suerte,
que á todos los que alcanza da la muerte.

De un tiro á Guaticol por la cintura
le divide en dos trozos en la arena,
y de otro al desdichado Quilacura
limpio el derecho muslo le cercena:
pues de golpes asi desta hechura
la gran plaza de muertos deja llena,
que su espada á ninguno alli perdona,
y unos cuerpos sobre otros amontona.

A Colca de los hombros arrebata
la cabeza de un tajo, y luego tiende
la espada ácia Maulen, Señor de Itáta,
y de alto á bajo de un reves le hiende:
lanzas, hachas y mazas desbarata,
que todo el pueblo bárbaro le ofende,
llevando muchos tiros enclavados
en los pechos, espaldas y en los lados.

Como la osa valiente perseguida,
cuando la van monteros dando caza,
que con rabia y dolor de la herida
los ñudosos venablos despedaza:
y furiosa, impaciente, embravecida;
la senda y callejon desembaraza,
que los heridos perros lastimados
le dan ancho lugar escarmentados;

De la misma manera el fiero Audrea,
cercado de los bárbaros venia,
pero de tal manera se rodea,
que gran camino con la espada abria:
crece el hervor, la grita y la pelea
tanto que la mas gente alli acudia.
He aqui á Rengo tambien ensangrentado
que llega á la sazon por aquel lado:

Y como dos mastines rodeados
de gozques importunos, que en llegando
á verse, con los cerros erizados
se van el uno al otro regañando:
asi los dos guerreros señalados,
las inhumanas armas levantando,
se vienen á herir.... Pero el combate
quiero que al otro canto se dilate.

CANTO XV.

En este quinceno y último canto se acaba la batalla, en la cual fueron muertos todos los araucanos sin querer ninguno dellos rendirse. Y se cuenta la navegacion que las naos del Perú hicieron hasta llegar á Chile; y la grande tormenta que entre el rio de Maule y el puerto de la Concepcion pasaron.

¿Qué cosa puede haber sin amor buena?
¿qué verso sin amor dará contento?
¿dónde jamas se ha visto rica vena
que no tenga de amor el nacimiento?
No se puede llamar materia llena
la que de amor no tiene el fundamento:
los contentos, los gustos, los cuidados,
son, si no son de amor, como pintados.

Amor de un juicio rústico y grosero
rompe la dura y áspera corteza;
produce ingenio y gusto verdadero,
y pone cualquier cosa en mas fineza:
Dante, Ariosto, Petrarca y el Ibero *,
amor los trujo á tanta delgadeza:
que la lengua mas rica y mas copiosa,
si no trata de amor es desgustosa.

Pues yo, de amor desnudo y ornamento,
con un inculto ingenio y rudo estilo,
¿ cómo he tenido tanto atrevimiento,
que me ponga al rigor del crudo filo?
Pero mi celo bueno, y sano intento,
esto me hace á mí añudar el hilo
que ya con el temor cortado habia,
pensando remediar esta osadía.

Quíselo aquí dejar, considerado
ser escritura larga y trabajosa,
por ir á la verdad tan arrimado
y haber de tratar siempre de una cosa:
que no hay tan dulce estilo y delicado,
ni pluma tan cortada y sonorosa,
que en un largo discurso no se estrague,
ni gusto que un manjar no lo empalague.

Que si á mi discrecion dado me fuera
salir al campo y escoger las flores,
quizá el cansado gusto removiera
la usada variedad de los sabores:
pues como otros han hecho, yo pudiera
entretejer mil fábulas y amores;
mas, ya que tan adentro estoy metido,
habré de proseguir lo prometido.

Al lombardo dejé y al araucano
donde la guerra andaba mas trabada,
que vienen á juntarse mano á mano,
la espada alta y la maza levantada:

* Garcilaso.

de malla está cubierto el italiano;
el indio la persona desarmada,
y asi como mas suelto y mas ligero,
en descargar el golpe fue el primero.
El membrudo italiano, como vido
la maza y el rigor con que bajaba,
alzó el escudo en alto, y recogido
debajo dél, el golpe reparaba:
por medio el fuerte escudo fue rompido;
y en modo la cabeza le cargaba,
que batiendo los dientes vió en el suelo
las estrellas mas mínimas del cielo.
El brazo descargó, que alto tenia,
sobre el valiente bárbaro el lombardo,
pensando que dos piezas le haría
segun era del ánimo gallardo:
pero Rengo, que punto no perdia,
como una onza ligera y suelto pardo
un presto salto dió á la diestra mano,
de suerte que el cuchillo bajó en vano.
Tras esto el diestro bárbaro rodea
la poderosa maza, de manera
que á acertarle de lleno, no al Andrea;
pero un duro peñasco deshiciera.
Igual andaba entre ellos la pelea,
aunque temo yo á Rengo á la primera
vez que el cuchillo baje, si le halla,
que habrá fin con su muerte la batalla.
Mas con destreza y gran reportamiento,
desnudo de armas y de esfuerzo armado,
entra, sale y revuelve como el viento,
que en maña y ligereza era extremado:
hace siempre su golpe, y al momento
le halla el enemigo asi apartado,
que aunque el cuchillo de dos brazas fuera
alcanzar á herirle no pudiera.

Mil golpes por el aire arroja en vano
el furioso italiano embravecido,
viendo cómo desnudo un araucano
y él armado, le tiene en tal partido:
la izquierda junta á la derecha mano,
y apretando la espada, de corrido
al bárbaro arremete, altos los brazos,
pensando dividirle en dos pedazos.

El araucano con mañoso brio,
baja la maza, firme lo esperaba;
mas el cuerpo hurtó con un desvío
al tiempo que el cuchillo derribaba:
asi que el brazo y golpe dió en vacío,
y de la fuerza inmensa que llevaba,
el gran cuchillo sustentar no pudo,
quedando alli con solo medio escudo.

Pues como tal lo vió, suelta la maza,
cerrando el presto bárbaro de hecho,
y cuerpo á cuerpo asi con él se abraza,
que le imprime las mallas en el pecho;
no por esto el lombardo se embaraza,
mas piensa dél asi haber mas derecho,
y con brazos durísimos lo afierra,
creyendo levantarlo de la tierra.

Lo que el valiente Alcides hizo á Anteo
quiso el nuestro hacer del araucano;
mas no salió fortuna á su deseo,
y asi el deseado efeto salió en vano:
que el esforzado Rengo de un rodeo
lo lleva largo trecho por el llano,
sobre los cuerpos muertos tropezando,
siempre con mas furor sobre él cargando.

Andrea de empacho, ardiendo en rabia viva
sintiéndose de un hombre asi apurado,
firme en el suelo con los pies estriba,
cobrando esfuerzo del honor sacado,

y de manera sobre Rengo arriba
que de tierra lo lleva levantado,
que era de fuerza grande y de gran prueba,
bastante á comportar la carga nueva.

Yo vi entre muchos jóvenes valientes
sobre pruebas de fuerza porfiando,
trabar él una cuerda con los dientes,
asiendo cuatro de ella, y estribando
todos á un tiempo á partes diferentes,
á su pesar llevarlos arrastrando;
y de solos los dientes se valia,
que las manos atras presas tenia;

Y con facilidad y poca pena
la mayor bota ó pipa que hallaba,
capaz de veinte arrobas, de agua llena;
de tierra un codo y mas la levantaba;
y suspendida sin verter, serena,
la sed por largo espacio mitigaba,
bajándola despues al suelo llano
como si fuera un cántaro liviano.

Aconteció otras veces barqueando
rios en esta tierra caudalosos,
ir la corriente el ímpetu esforzando,
á desbravar en riscos peñascosos:
arrebatando el barco, no bastando
la fuerza de los remos presurosos,
y él, cubierto de malla como estaba,
luego animoso al agua se arrojaba;

Y una cuerda en la boca, revolviendo
al furioso raudal el duro pecho,
los pies y fuertes brazos sacudiendo,
rompia por la canal casi derecho
remolcando la barca, y, resistiendo
el ímpetu del agua, del estrecho
la sacaba á la orilla en salvamento,
haciendo otras mil cosas que no cuento.

A Rengo aquí tambien sobrepujaba,
que no fue de su fuerza menor prueba;
pero Rengo que en ira se abrasaba,
viendo que sin firmarse alto lo lleva,
hizo por fuerza pie y sobre él tornaba,
sacando la vergüenza fuerza nueva;
pero al cabo los dos se desasieron,
y otra vez á las armas acudieron:

Y comienzan de nuevo el fiero asalto
como si descansáran todo el dia,
ora presto por bajo, ora por alto,
sin miedo el uno al otro acometía:
Rengo, que de armadura estaba falto,
con tal destreza y maña se regía,
que sostiene en un peso aquella guerra,
no perdiendo una mínima de tierra.

Con presteza una vez tal golpe asienta
al valiente cristiano por un lado,
que toda la persona le atormenta,
segun que fue de fuerza muy cargado:
otro redobla, y otro, y á mi cuenta
al cuarto, que bajaba mas pesado,
el astuto italiano se desvía,
y de una punta al bárbaro hería.

La espada le atraviesa el brazo fuerte
abriéndole en el lado una herida;
mas fue tal su ventura y diestra suerte
que no le privó el golpe de la vida:
el bárbaro en ponzoña se convierte,
y con braveza fuera de medida,
con el fiero enemigo fue en un punto,
descargando la maza todo junto.

El italiano en alto el medio escudo
alzó por recoger el golpe extraño;
pero del todo resistir no pudo,
aunque se reparó parte del daño:

batióle la cabeza el golpe crudo,
y cual si el morrion fuera de estaño,
y no de fuerte pasta bien templado,
así de aquella vez quedó abollado.
Dos ó tres pasos dió desvanecido
del golpe el italiano, vacilando,
perdida la memoria y el sentido,
y anduvo por caer titubeando:
la sangre por el uno y otro oido
le reventó en gran flujo, como cuando
revienta de abundancia alguna fuente,
y en pie se tuvo bien dificilmente.
Pero vuelto en su acuerdo, que se mira
lleno de sangre y puesto en tal estado,
mas furioso que nunca, ardiendo en ira
de verse asi de un bárbaro tratado,
el brazo con el pie diestro retira
para tomar mas fuerza, y el pesado
cuchillo derribó con tal ruido
que revocó en los montes del sonido.
Rengo, que el gran cuchillo bajar siente
y el ímpetu y furor con que venía,
cruzando la alta maza osadamente
al reparo debajo se metia:
no fue la asta defensa suficiente
por mas barras de acero que tenia;
que á tierra vino della una gran pieza,
y el furioso cuchillo á la cabeza.
Fue este golpe terrible y peligroso,
por do una roja fuente manó luego,
y anduvo por caer Rengo dudoso,
atónito y de sangre casi ciego:
el italiano alli no perezoso,
viendo que no era tiempo de sosiego;
baja otra vez el gran cuchillo agudo
con todo aquel vigor que dalle pudo.

En medio de la frente en descubierto
hiere al turbado Rengo el italiano,
y hubiérale de arriba abajo abierto,
si no torciera al descargar la mano:
el golpe fue de llano, y como muerto
vino al suelo tendido el araucano;
y el cuchillo del golpe atormentado
por tres ó cuatro partes fue quebrado.

Crino, que volvió el rostro al gran ruido
del poderoso golpe y la caida,
viendo al valiente Rengo asi tendido,
pensó que era pasado de esta vida:
y, de amistad y deudo conmovido,
la espada de su propio amo homicida,
que en Penco Tucapel ganado habia,
en venganza del bárbaro esgrimia.

Pasa al Andrea de un golpe el estofado,
no reparando en él la cruda espada,
que, rompiendo la malla por el lado,
le penetró hasta el hueso la estocada:
vuelve con un mandoble, y recatado
Andrea viendo venir la cuchillada,
fue tan presto con él por resistirle,
que no le dejó tiempo de herirle.

Sin darle mas lugar con él se afierra,
donde en satisfaccion de la herida,
alzándole bien alto de la tierra,
de espaldas le tendió con gran caida;
y por dar presto fin á aquella guerra
la espada le quitó y luego la vida;
metiéndose tras esto por la parte
que andaba mas sangriento el fiero Marte.

Hiende por do el monton ve mas estrecho;
triste de aquel que allí con él se junta;
uno parte al traves, otro al derecho,
otro al sesgo, otro ensarta de una punta;

otros que tiende, aun no bien satisfecho,
á coces los quebranta y descoyunta:
brazos, cabezas por el aire avienta
sin término, sin número, ni cuenta.
El buen Lasarte con la diestra airada
en medio del furor se desenvuelve,
pasa el pecho á Talcuen de una estocada,
y sobre Titaguan furioso vuelve:
abrióle la cabeza desarmada;
mas el rabioso bárbaro revuelve,
y antes que la alma diese le da un tajo,
que se tuvo al arzon con gran trabajo.
Pacheco á Norpa abrió por el costado,
y á Longoval derriba tras él muerto:
pues Juan Gomez tambien por aquel lado,
de fresca sangre bárbara cubierto,
habia de un golpe á Colca derribado
y á Galvo el desarmado vientre abierto:
el bárbaro mortal, la color vuelta,
dió en el postrer suspiro la alma envuelta.
Gabriel de Villagran no estaba ocioso,
que á Cinga y á Pillolco habia tendido,
y andaba revolviéndose animoso
entre los hierros bárbaros metido.
El rumor de las armas sonoroso,
los varios apellidos y el ruido,
á las aves confusas y turbadas
hacen estar mirándolos paradas.
Crece la rabia y el furor se enciende,
la gente por juntarse se apiñaba,
que ya ninguno mas lugar pretende
del que para morir en pie bastaba:
quién corta, quién barrena, rompe, hiende;
y era el estrecho tal y priesa brava,
que sin caer los muertos de apretados,
quedaban á los vivos arrimados.

La soberbia, furor, desden, denuedo,
la prisa de los golpes y dureza,
figurarla del todo aqui no puedo,
ni la pluma llevar con tal presteza:
de la muerte ninguno tiene miedo,
antes si vuelve el rostro mas tristeza
mostraban, porque claro conocian
que vencidos quedaban si vivian.

Mas aunque de vivir desconfiaban,
perdida de vencer ya la esperanza,
el punto de la muerte dilataban
por morir con alguna mas venganza:
y no por esto el paso retiraban,
ni el pecho rehusaban de la lanza,
si por mover un paso, como digo,
dejasen de ofender al enemigo.

Cuatro aqui, seis alli, por todos lados
vienen sin detenerse á tierra muertos,
unos de mil heridas desangrados,
de la cabeza al pecho otros abiertos;
otros por las espaldas y costados
los bravos corazones descubiertos,
asi dentro en los pechos palpitaban,
que bien el gran corage declaraban.

Quién en sus mismas tripas tropezando
al odioso enemigo arremetia,
quién por veinte heridas resollando
las cubiertas entrañas descubria:
alli se vió la vida estar dudando
por qué puerta de súbito saldria;
al fin salia por todas, y á un momento
faltaba fuerza, vida, sangre, aliento.

Ya pues no estaba en pie la octava parte
de los bárbaros, muertos, no rendidos.
Villagran, que miraba esto de aparte,
viendo los que quedaban tan heridos,

les envió dos indios de su parte
á decir que se entreguen por vencidos
sometiéndose al yugo y obediencia,
y que usará con ellos de clemencia.

Todos los españoles retrujeron
las espadas y el paso en el momento,
y los dos mensageros propusieron
el pacto, condicion y ofrecimiento:
pero los araucanos, cuando oyeron
aquel partido infame, el corrimiento
fue tanto y su corage, que respuesta
no dieron á la plática propuesta.

Los ojos contra el cielo vueltos braman;
¡morir! ¡morir! no dicen otra cosa,
morir quieren, y asi la muerte llaman
gritando: ¡afuera vida vergonzosa!
Esta fue su respuesta y esto claman;
y á dar fin á la guerra sanguinosa
se disponen con ánimo y braveza,
sacando nuevas fuerzas de flaqueza.

Espaldas con espaldas se juntaban,
algunos de rodillas combatiendo,
que las tullidas piernas les faltaban,
sostenerse sobre ellas no pudiendo:
y aun así las espadas rodeaban;
otros, que ya en el suelo retorciendo
se andaban, por dañar lo que podian
á los contrarios pies se revolvian.

Viéranse vivos cuerpos desmembrados
con la furiosa muerte porfiando,
en el lodo y sangraza derribados,
que rabiosos se andaban revolcando:
de la suerte que vemos los pescados
cuando se va algun lago desaguando;
que entre dos elementos se estremecen,
y en ellos revolcándose perecen.

Si el crudo Sila, si Neron sangriento,
(por mas sed que de sangre ellos mostráran)
della vieran aqui el derramamiento,
yo tengo para mí que se hartáran,
pues con mayor rigor, á su contento
en viva sangre humana se bañáran,
que en Campo Marcio Sila carnicero,
y en el foro de Roma el bestial Nero.

Quedaron por igual todos tendidos
aquellos que rendir no se quisieron,
que ya al fin de la vida conducidos
á la forzosa muerte se rindieron:
los lasos españoles mal heridos
de la cercada plaza se salieron,
de armas y cuerpos bárbaros tan llena;
que sobre ellos andaban á gran pena.

Ningun bárbaro en pie quedó en el fuerte,
ni brazo que mover pudiese espada;
solo Mallen, que el punto de la muerte
le dió de vivir gana acelerada:
y rendido al temor y baja suerte,
viéndose de una fiera cuchillada
en el siniestro brazo mal herido,
detras de un paredon se habia escondido.

No sintiendo el rumor que antes se oía,
que en torno retumbaba todo el llano,
que, como dije, ya la muerte habia
puesto silencio con airada mano;
dejó aquel paredon, y á ver salia
si hallaba por allí algun araucano
á quien se encomendar que le salvase,
y la sensible llaga le apretase.

Mas cuando vió la plaza cuál estaba,
y en sus amigos tal carnicería,
que aunque la muerte los desfiguraba,
la envidia conocidos los hacia;

con ira vergonzosa presentaba
la espada al corazon, y asi decía:
¡ cómo ! ¿ yo solo quedo por testigo
de la muerte y valor de tanto amigo ?

Cobarde corazon, por cierto indino
de algun golpe de espada valerosa,
pues fue por eleccion y no destino
perder una sazon tan venturosa:
tú me apartaste ¡ oh flaco ! del camino
de un eterno vivir, y á vergonzosa
muerte he venido ya con mengua tuya,
por mas que la mi diestra lo rehuya.

Si á mi sangre con esta del estado
mezclarse aqui le fuere concedido,
viendo mi cuerpo entre estos arrojado,
aunque de brazo débil ofendido,
quizá seré en el número contado
de los que asi su patría han defendido:
mas ¡ ay triste de mí ! que en la herida
será mi flaca mano conocida.

¿ Qué indicios bastarán, qué recompensa,
qué enmienda puedo dar de parte mia,
que yo satisfacer pueda á la ofensa
hecha á mi honor y patria y compañía ?
yo turbo el claro honor y fama inmensa
de tantos, pues podrán decir que habia
entre ellos quien de miedo, bajamente,
del enemigo apenas vió la frente.

¿ Por qué al temor doy fuerzas dilatando
con prolijas razones mi jornada ?
Arrepentirme ¿ qué aprovecha cuando
ya el arrepentimiento vale nada ?
Aqui cerró la voz, y no dudando
entrega el cuello á la homicida espada:
corriendo con presteza el crudo filo,
sin sazon de la vida cortó el hilo.

Cese el furor del fiero Marte airado;
y descansen un poco las espadas,
entre tanto que vuelvo al comenzado
camino de las naves derramadas:
que contra el recio Noto porfiado,
de Neptuno las olas levantadas,
proejando por fuerza iban rompiendo,
del viento y agua el ímpetu venciendo.

Por entre aquellas islas navegaron,
llamadas Sangallás antiguamente,
y las otras ignotas se dejaron
á la diestra de parte del Poniente;
á Chule á la siniestra, y arribaron
en Arica, y despues dificilmente
vimos á Copiapó, valle primero
del distrito de Chile verdadero.

Allí con libertad soplan los vientos,
de sus cabernas cóncavas saliendo,
y furiosos, indómitos, violentos,
todo aquel ancho mar van discurriendo:
rompiendo la prision y mandamientos
de Eolo su rey, el cual temiendo
que el mundo no arruinen, los encierra
echándoles encima una gran sierra.

No con esto su furia corregida,
viéndose en sus cabernas apremiados,
buscan con gran estruendo la salida
por los huecos y cóncavos cerrados:
y asi la firme tierra removida
tiembla, y hay terremotos tan usados,
derribando en los pueblos y montañas
hombres, ganados, casas y cabañas.

Menguan allí las aguas, crece el dia
al reves de la Europa, porque es cuando
el Sol del Equinoccio se desvía,
y al Capricornio mas se va acercando.

pues desde allí las naves, que á porfía
corren, al mar y al Austro contrastando,
de Boreas ayudadas luego fueron,
y en el puerto Coquímbico surgieron.

Apenas en la deseada arena,
salidos de las naos el pie firmamos,
cuando el prolijo mar, peligro y pena
de tan largos caminos olvidamos:
y á la nueva ciudad de la Serena,
que es dos leguas del puerto, caminamos
en lozanos caballos guarnecidos,
al esperado tiempo prevenidos:

En donde un caricioso acogimiento
á todos nos hicieron y hospedaje,
estimando con grato cumplimiento
el socorro y larguísimo viaje:
y de dulce refresco y bastimento
al punto se aprestó el matalotaje;
con que se reparó la hambrienta armada,
del largo navegar necesitada.

A la gente y caballos aguardaban;
que por áspera tierra y despoblados
rompiendo con esfuerzo caminaban,
de hambres y trabajos fatigados:
pero á cualquier fortuna contrastaban,
y desde poco á la ciudad llegados,
un mes en mucho vicio reposaron
hasta que los caballos reformaron.

Al fin del cual, sin esperar la flota,
reparados del áspero camino,
toman de su demanda la derrota,
llevando á la derecha el mar vecino:
pasan la fértil Ligua, y á Quillota
la dejaron á un lado, que convino
entrar en Mapochó, que es do pararon
las reliquias de Penco que escaparon.

El Sol del comun Géminis salia
trayendo nuevo tiempo á los mortales,
y del Solsticio por Zenit heria
las partes y region septentrionales,
cuando es mayor la sombra al Mediodia
por este apartamiento en las Australes,
y los vientos en mas libre ejercicio
soplan con gran rigor del Austral quicio.

Nosotros, sin temor de los airados
vientos, que entonces con mayor licencia
andan en esta parte derramados
mostrando mas entera su violencia,
á las usadas naves retirados
con un alegre alarde y aparencia
las aferradas áncoras alzamos,
y al Noroeste las velas entregamos.

La mar era bonanza, el tiempo bueno,
el viento largo, fresco y favorable,
desocupado el cielo y muy sereno,
con muestra y parecer de ser durable:
seis dias fuimos asi; pero al seteno,
Fortuna, que en el bien jamas fue estable,
turbó el cielo de nubes, mudó el viento,
revolviendo la mar desde el asiento.

Bóreas furioso aqui tomó la mano
con presurosos soplos esforzados,
y súbito en el mar tranquilo y llano
se alzaron grandes montes y collados:
los españoles, que el furor insano
vieron del agua y viento, atribulados,
tomáran por partido estar en tierra,
aunque del todo hubiera fin la guerra.

De mi nave podré solo dar cuenta,
que era la capitana de la armada,
que arrojada de la áspera tormenta
andaba sin gobierno derramada:

pero ¿quién será aquel que en tal afrenta
estará tan en sí que falte en nada?
que el general temor apoderado
no me dejó aun para esto reservado.
Con tal furia á la nave el viento asalta,
y fue tan recio y presto el terremoto,
que la cogió la vela mayor alta,
y estaba en punto el mástil de ser roto:
mas viendo el tiempo asi turbado, salta
diciendo á grandes voces el piloto:
¡larga la triza en banda! larga! larga!
larga presto ¡ay de mí! que el viento carga!
La braveza del mar, el recio viento,
el clamor, alboroto, las promesas,
el cerrarse la noche en un momento
de negras nubes lóbregas y espesas;
los truenos, los relámpagos sin cuento,
las voces de pilotos y las priesas,
hacen un son tan triste y armonía,
que parece que el mundo perecía.
Amaina! amaina! gritan marineros,
¡amaina la mayor! iza trinquete!
esfuerzan esta voz los pasageros,
y á la triza un gran número arremete:
los otros de tropel corren ligeros
á la escota, á la braza, al chafaldete;
mas del viento la fuerza era tan brava,
que ningun aparejo gobernaba.
Abrese el cielo, el mar brama alterado,
gime el soberbio viento embravecido;
en esto un monte de agua levantado
sobre las nubes con un gran ruido
embistió el galeon por un costado,
llevándolo un gran rato sumergido,
y la gente tragó del temor fuerte
á vueltas de agua la esperada muerte.

Mas quiso Dios que de la suerte como
la gran ballena, el cuerpo sacudiendo
rompe con el furioso hocico romo,
de las olas el ímpetu venciendo,
descubre y saca el espacioso lomo,
en anchos cercos la agua revolviendo;
asi debajo el mar salió el navío,
vertiendo á cada banda un grueso rio.

El proceloso Bóreas mas crecido
la mar hasta los cielos levantaba,
y aunque era un mangle el mástil muy fornido
sobre la proa la alta gabia estaba:
la gente con gran fuerza y alarido,
en amainar la vela porfiaba;
que en forma de arco al mástil oprimia,
y así la racamenta no corria.

Eolo, ó ya fue acaso, ó se doliendo
del afligido pueblo castellano,
iba al valiente Bóreas recogiendo,
queriendo él encerrarle por su mano:
y abriendo la caberna, no advirtiendo
al Céfiro que estaba mas cercano,
rotas ya las cadenas á la puerta
salió bramando al mar, viéndola abierta.

Y con violento soplo, arrebatando
cuantas nubes halló por el camino,
se arroja al levantado mar, cerrando
mas la noche con negro torbellino:
y las valientes olas reparando,
que del furioso Cierzo repentino
iban la via siguiendo, las airaba,
y el removido mar mas alteraba.

Súbito la borrasca y travesía,
y un turbion de granizo sacudieron
por un lado á la nao, y asi pendia,
que al mar las altas gabias descendieron.

Fue la furia tan presta, que aun no habia
amainado la gente; y cuando vieron
los pilotos la costa y viento airado,
rindieron la esperanza al duro Hado.
La nao, del mar y viento contrastada,
andaba con la quilla descubierta,
ya sobre sierras de agua levantada,
ya debajo del mar toda cubierta:
vino en esto de viento una grupada,
que abrió á la agua furiosa una ancha puerta,
rompiendo del trinquete la una escota,
y la mura mayor fue casi rota.
Alzóse un alarido entre la gente,
pensando haber del todo zozobrado,
miran al gran piloto atentamente,
que no sabe mandar de atribulado:
unos dicen ¡zaborda! otros ¡detente;
cierra el timon en banda! y cuál turbado
buscaba escotillon, tabla ó madero,
para tentar el medio postrimero.
Crece el miedo, el clamor se multiplica,
uno dice ¡á la mar! otro ¡arribemos!
otro da grita ¡amaina! otro replica
¡á orza, no amainar, que nos perdemos!
otro dice ¡herramientas, pica, pica,
mástiles y obras muertas derribemos!
atónita de acá y de allá la gente,
corre en monton confuso diligente.
Las gúmenas y jarcias rechinaban
del turbulento Céfiro estiradas,
y las hinchadas olas rebramaban
en las vecinas rocas quebrantadas
que la escura tiniebla penetraban,
y cerrazon de nubes intricadas;
y asi en las peñas ásperas batian,
que blancas hasta el cielo resurtían.

Travesía era el viento, y por vecina
la brava costa de arrecifes llena,
que del grande reflujo en la marina
hervia la agua mezclada con la arena:
rota la escota, larga la bolina,
suelto el trinquete, sin calar la entena,
y la poca esperanza quebrantada
por el furioso viento arrebatada,

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SUMARIO

DE LOS CANTOS

DE ESTA PRIMERA PARTE.

LA

ARAUCANA.

PARTE PRIMERA.

Williamina M Martin

Williamina McMartin.







